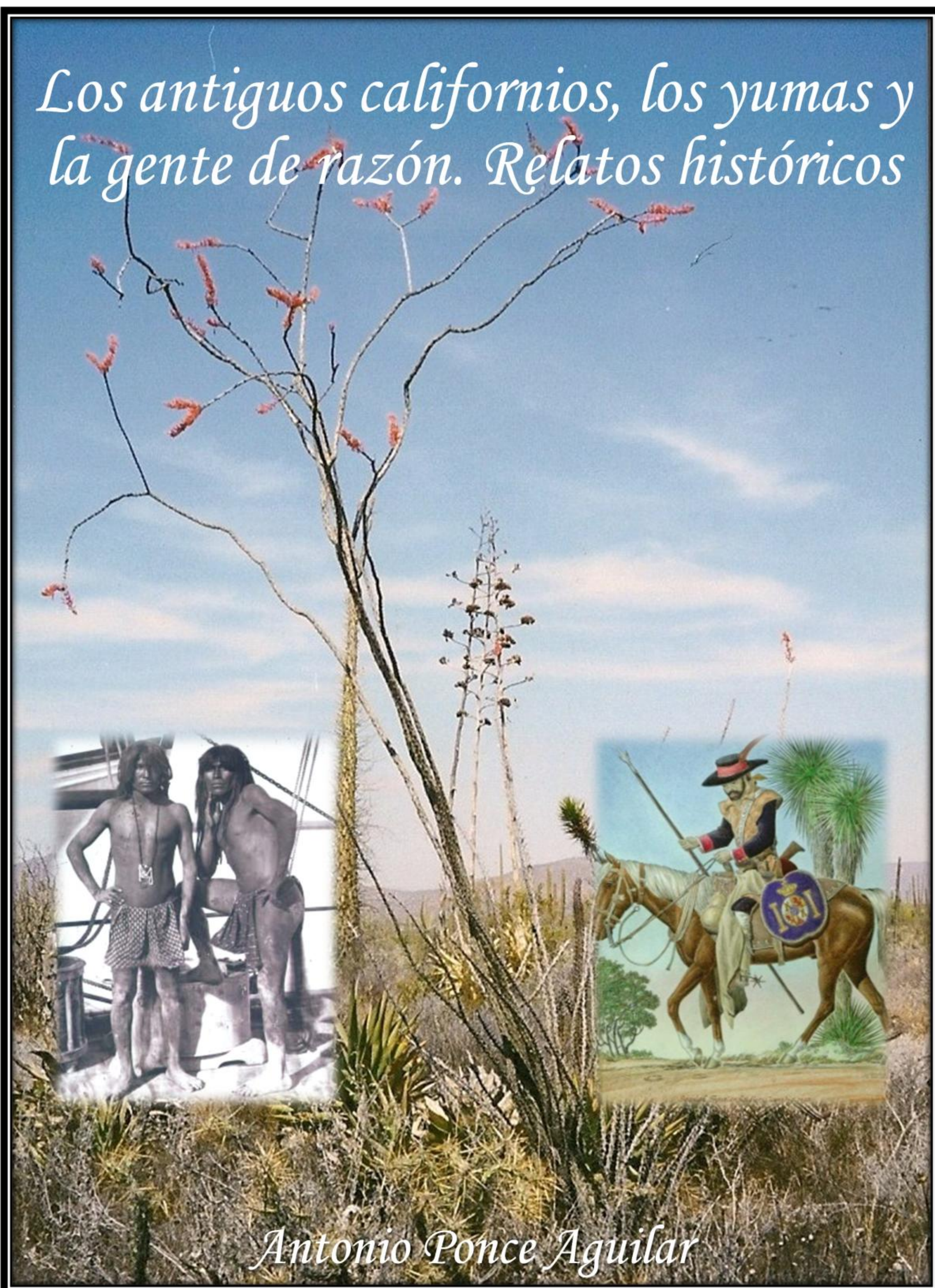

Los antiguos californios, los yumas y la gente de razón. Relatos históricos
Antonio Ponce Aguilar

Los antiguos californios, los yumas y la gente de razón

Índice General

Prólogo

La imagen estereotipada que de los primitivos californios han transmitido casi todos los historiadores, antiguos y modernos, es la de individuos que más se parecían a las bestias que a los seres humanos. La obra del misionero jesuita alemán Juan Jacobo Baegert, su famoso *Nachrichten ...*, publicado primero en Mannheim, Alemania, en 1771, es un informe de las experiencias que vivió con los indios de Baja California de 1751 a 1768, y representa un ejemplo de la visión degradante que, en general, tuvieron los europeos de los aborígenes peninsulares y de su tierra. Como ejemplo de esa percepción transcribo a continuación algunos párrafos de la obra mencionada[1]:

Todo lo concerniente a California es de tan poca importancia, que difícilmente vale el trabajo de tomar una pluma y escribir sobre ella. De pobres ramajos, inútiles matorrales espinosos y rocas desnudas, de montones de piedras y arena sin agua o madera, de un puñado de gente que, aparte de su cuerpo físico y habilidad para pensar, no tienen nada que los distinga de los animales, ¿qué podré reportar?....[2]

Como regla general, puede decirse que los indios californios son estúpidos, difíciles, rudos, sucios, insolentes, ingratos, falsos, ladrones, abominablemente perezosos, muy parlanchines, e ingenuos e infantiles en lo que a inteligencia y acciones concierne. Son una gente sin reflexión, sin preocupaciones, una gente que no posee autocontrol sino que siguen, como animales en todos los sentidos, sus instintos naturales.... Este comentario lo termina Baegert con una expresión un tanto contradictoria respecto a lo dicho antes: *...Están dotados de razón y comprensión, como otra gente, y pienso que, si en su temprana niñez fueran enviados a Europa, los muchachos a seminarios y colegios, y las muchachas a conventos, llegarían tan lejos como cualquier europeo en buenas costumbres, virtudes,* [y] *en todas las artes y ciencias...*[3].

El concepto que Baegert se formó de los indios en sus diecisiete años de convivencia con ellos, puede explicarse tomando en cuenta que, a pesar de su reconocida erudición, cierto rezago oscurantista propio de la edad media pesaba aun en su mente y en la de otros europeos, que les impedía una percepción más clara de la cultura de aquellos pueblos. Sin embargo, es difícil de entender la calcada repetición que de esas ideas han hecho algunos historiadores modernos, como Fernando Jordán, quien dice en "El otro México": *....Los indios californios permanecieron siempre, hasta la llegada de los blancos, en el mismo estado evolutivo, víctimas de un primitivismo que les hizo esclavos del medio geográfico. En el esquema de las culturas del mundo, estos aborígenes ocupan uno de los últimos lugares entre los recolectores, cazadores y pescadores*[4].

---

[1] "Observations in Lower California", traducción directa del original en alemán de Jacobo Baegert, *Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien...*, por M. M. Brandenburg y Carl L. Baumann, The University of California Press.

[2] Ibíd., inicio del capítulo II.

[3] Ibíd.., inicio del capítulo VIII.

[4] Jordán, Fernando; El otro México. Biografía de Baja California. SEP-UABC, 1997; p. 99.

Es verdad que a la llegada de los españoles, las diversas etnias de los californios vivían una cultura correspondiente al paleolítico, período que en otras partes del mundo se dio hace 27000 años. Además, debe admitirse que por siglos, tal parece que en aquellos pueblos no se registraron avances que les permitieran mejorar de manera importante sus formas de vida. Pero el historiador de hoy que habla sobre la cultura de los aborígenes peninsulares, debe intentar primero, formular una explicación sobre su estancamiento o retraso en relación con los europeos, tomando en consideración que la influencia del medio fija límites a las potencialidades de los pueblos; y segundo, hacer entender al lector la abismal diferencia que había entre las percepciones que tenían indígenas y españoles sobre el universo, el tiempo, lo que consideraban valioso, lo que debían evitar y lo que debían procurar para asegurar su existencia.

De conformidad con lo expresado en el párrafo anterior, los indios yumas que vivían en las márgenes de los ríos Gila y Colorado pudieron desarrollar una cultura superior a la de los nativos peninsulares, sobre todo porque aprovechando el agua de los grandes ríos, practicaron la agricultura sembrando en las tierras que se anegaban por el desbordamiento de la corriente, lo que les permitió obtener buenas cosechas de frijol, maíz, calabazas y melones, aunque conservaban las tradiciones de recolectar semillas comestibles y la cacería. Como parecería lógico, los españoles que primero entablaron contactos con estos aborígenes establecieron con ellos una relación cordial y hasta afectuosa con más facilidad que los europeos que conocieron a los antiguos californios, y basta citar la amistad entre Juan Bautista de Anza y el jefe Salvador Palma, o la del padre Francisco Hermenegildo Garcés con muchos indios del desierto del Colorado para confirmar lo dicho, aunque al final, el compromiso social entre estos nativos y la gente de razón se destruiría en 1781, en una sangrienta rebelión.

Pero si la incapacidad que mostraron los misioneros de hace trescientos años para comprender y llegar a conocer realmente a los indios es explicable, no se comprende que aún se encuentren historiadores contemporáneos a quienes se les dificulte percibir en las culturas aborígenes valores humanos y una particular concepción del universo, por el hecho de ser distintos a los que tradicionalmente se reconocen en nuestra civilización. Enseguida se mencionan algunas de las principales diferencias conceptuales del mundo y de la sociedad entre indios y europeos, que dificultaron grandemente la conversión de aquellos en gente civilizada, o gente de razón, como decían los españoles.

Al igual que en casi todos los pueblos primitivos, en el cosmos de los antiguos californios y de los yumas, ellos, los humanos, formaban parte de un todo, en un mismo plano o nivel, junto con los demás seres de la creación como animales y plantas, en quienes reconocían la existencia de un espíritu o alma, lo que frecuentemente se hacía extensivo a montañas, arroyos o mares, al cielo, al sol y a las estrellas. Cierto que no siempre se daba una hermandad idílica entre los seres creados; el *chimbiká*[5] o león de montaña devoraba al venado, éste se alimentaba del pasto y frutos del monte, y el hombre mataba a cualquier animal que le sirviera de alimento. Pero aun así, creían en la existencia de un espíritu que animaba a todos esos seres. Quizá por eso, en las pinturas rupestres de la Sierra de San Francisco y otros lugares de la península, se mezclan figuras humanas y de animales, estos

[5] Los cochimíes llamaban al gato montés *chimbi*, y al puma o león de montaña *chimbicá*.

últimos pintados aparentemente con más esmero que las figuras antropomórficas, al grado de que al contemplar algunos venados y borregos cimarrones, se percibe en ellos una angustia casi humana, cuando aparentemente huyen de cazadores que están a punto de



Los ancestros de los indios californios, los "sin razón", dejaron cientos de pinturas rupestres como ésta de Cueva Pintada, en la Sierra de San Francisco, casi a la mitad de la península.

alcanzarlos.

A diferencia de los indios americanos, para los europeos el alma existía sólo en los seres humanos, y aunque el mismo Francisco de Asís llamaba *hermanos* a los animales, éstos carecían de alma y no estaban hechos a la imagen de Dios. Los indios californios se percibían a ellos mismos y a todos los demás seres dentro de un gran espíritu universal, mientras que para los blancos, los hombres estaban dotados de razón, lo que los situaba en un plano claramente superior y les permitía, *mandar en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra*[6]. Por eso, uno de los principales objetivos de todo el esfuerzo civilizador de los misioneros, era dotar de *razón* a los nativos, con lo cual podrían gobernar la naturaleza y se diferenciarían de los animales de manera definitiva. Sólo así, pensaban los españoles, sería posible que los indios dominaran sus instintos en lugar de esclavizarse a ellos, y se facilitaría la salvación de su alma y su triunfo sobre el demonio.

Los primitivos californios, a diferencia de otras etnias prehispánica que se desenvolvieron en regiones más favorables para el desarrollo de la vida humana, pudieron adaptarse a un medio cuyas características generales eran la escasez de agua, la infertilidad del suelo, el

[6] En Génesis 1:28.

predominio de la vegetación del desierto, y la casi incomunicación con el resto del mundo, como si se tratara de una isla.

Después de muchos años de ensayos, los aborígenes peninsulares establecieron una red de veredas que les permitieron tener acceso a lugares clave para su existencia, como aguajes y arroyos, sitios de la costa en donde había abundancia de moluscos para alimentarse, serranías en las que podían encontrar obsidiana para las puntas de sus proyectiles, los bosques de encinos o pinos de los que obtenían las bellotas y piñones, y montes de jojoba que aun en lugares semidesérticos, les daban su sabrosa semilla. Aprendieron a hacer balsas para adentrarse en el mar y efectuar la pesca, mejoraron la calidad de sus arcos y otras armas, como el bumerang de no retorno y en algunas partes el atl-atl[7], e hicieron fuertes cordeles con las fibras retorcidas de agaves. Estas y otras muchas experiencias fueron formando un bagaje de costumbres vital para los californios, que les permitió sobrevivir, tal como lo habían hecho sus remotos ancestros.

Salirse de las reglas establecidas por ellos y empeñarse en buscar nuevas formas de vida, era arriesgar la existencia de su raza[8]. Por ejemplo, si después de siglos de ensayos, los más antiguos habitantes de la península habían descubierto que, la mejor cuerda para hacer sus arcos era la que se fabricaba con nervios retorcidos de venado[9], los jóvenes guerreros no tenían que preocuparse en buscar algo mejor, la información ya la tenían, les llegaba desde siglos atrás retransmitida por sus ancestros, y ellos, a su vez, la pasarían a sus descendientes.

Entre los aborígenes, era frecuente la recurrencia de los hechos en los mitos cosmogónicos y shamánicos en general. Un ejemplo es el siguiente: entre los pai pai, los gemelos eran seres especiales que provenían de otro mundo, donde residían sus espíritus, y cuando morían regresaban a su lugar original; sin embargo, cuando así lo deseaban, volvían a la tierra naciendo en el vientre de otra mujer, para regresar nuevamente a su mundo al momento de su muerte. Lo anterior se repetía indefinidamente[10].

Al igual que en este y otros mitos, el tiempo y las principales acciones de sus vidas eran cíclicos, tenían que repetir lo que habían hecho sus ancestros para poder sobrevivir, y se relacionaban con el universo por medio de danzas y cantos que habían sido practicadas por sus abuelos y los padres de sus abuelos. El simbolismo de algunas de estas danzas, les ayudaba a mantener viva la memoria de reglas y costumbres que formaban el código de su existencia. Era, pues, indispensable repetir determinadas acciones para que el universo siguiera perpetuándose.

---

[7] Atl-atl es una voz náhuatl que designa un lanzador de proyectiles como dardos, empleado por los nativos prehispánicos de México, que llegó a emplearse en Baja California. Consistía esencialmente en un palo de dimensión variable, 40 y 70 centímetros aproximadamente, con una pequeña punta perpendicular cerca del extremo. En esta punta se apoyaba un dardo o flecha encimado paralelamente sobre el atl-atl, que se podía lanzar a gran velocidad y distancia.
[8] Cornford, Daniel, editor de "Workers in California Before 1900", p. 32. Berkeley, University of California Press, 1995.
[9] *El arco es sencillo, de madera elástica endurecida al fuego...y armado con una cuerda de nervios de ciervo retorcidos*..Historia de la Antigua o Baja California, de Francisco Xavier Clavijero, Editorial Porrúa S.A., 1990; p. 58
[10] Gifford, Edward W. y Lowie, Robert H.. Vol. 23, p. 343, de University of California Publications in American Archaeology and Etnology, 1928.

Desde la perspectiva moderna, casi todas esas reglas podrían parecer infantiles e innecesarias, y muchas quizá lo eran, pero seguramente algunas sí ayudaban a la supervivencia de los nativos, y no es casualidad que, cuando los hechos históricos de los siglos XVII, XVIII y XIX promovidos por los europeos, los obligaron a cambiar sus formas de vida dejando de practicar muchas de sus costumbres, empezaron a extinguirse. No deja de ser triste paradoja que los españoles, en lo general, tratando sinceramente de mejorar la vida de los indios, al arremeter contra sus tradiciones aceleraron su fin, además del efecto devastador que les causaron diversas enfermedades traídas por los blancos, para las cuales, los naturales de la península tenían pocas defensas. Los mismos indios yumas soportaron muchos abusos de los colonos blancos, pero cuando los caballos de éstos pisotearon sus siembras y se comieron las vainas de sus mezquitales que les servían de alimento, lo cual era una práctica milenaria en la tribu, estallaron en una violenta rebelión, y a la postre pudieron sobrevivir sólo en una reservación establecida por el gobierno norteamericano.

Las actividades de los blancos o gente de razón, su trabajo, su vida cotidiana, estaban sujetos a horarios elaborados por ellos mismos, mientras que el horario y la dinámica de las acciones diarias que realizaban los californios, eran dictados por la naturaleza. Si su actividad principal era la búsqueda de alimentos, y éstos se daban en determinadas épocas y lugares, no podían estar "trabajando" en esto continuamente, pues, o no encontrarían la comida buscada por no ser el tiempo adecuado, o ésta se acabaría, por ser finito el número de vegetales o animales que les servían para alimentarse. A su modo, aplicaban principios tendientes a preservar el equilibrio ecológico. Lógicamente, esta percepción del tiempo por parte de los indios, fortaleció la idea entre los españoles de que se trataba de una raza indolente, y sin ambición para superarse.

Identificados con la naturaleza, según los relatos hechos por los misioneros, los californios aborígenes practicaban la sexualidad con la frecuencia que sus impulsos les dictaban. Aunque acostumbraban acciones análogas a lo que hoy conocemos como casamiento o matrimonio, generalmente la unión de una pareja estaba muy lejos de ser indisoluble, y la fidelidad entre marido y mujer no se conceptuaba como un deber permanente, aunque, como dice Clavijero refiriéndose a los pueblos del sur, *...El adulterio cometido sin consentimiento del marido se tenía por grave delito y por una injuria que jamás se dejaba sin venganza...*[11]

Algunos relatos de los misioneros que convivieron en el extremo sur de la península, y de los franciscanos de la Alta California, mencionan una y otra vez en sus informes sobre los nativos, que la poligamia y el libertinaje en general, eran los dos problemas más serios a los que se enfrentaban para transformarlos en gente de razón. Por todos los medios posibles, se esforzaban en que la mente, "el pensamiento cristiano", gobernara los instintos naturales de los nativos, lo que alejaría para siempre al demonio de sus almas. Esto les fue extremadamente difícil porque, a pesar de sus diarios discursos y pinturas que mostraban a los nativos imágenes del cielo y del infierno, con objeto de lograr en ellos el rechazo a la vida "licenciosa" que llevaban, muy poco conseguían en la práctica. Era generalmente como hablar a oídos sordos.

[11] Clavijero, op.cit., p. 61.

Lo relatado antes no implica que los indios californios y los yumas vivieran en una permanente orgía. En primer lugar, la poligamia se hallaba generalizada sólo entre los pericúes, y en cierto grado en los yumas del desierto del Colorado. Por otra parte, había algunas tradiciones que hoy generalmente se consideran valiosas, como la fidelidad en el matrimonio y la facultad de las mujeres para aceptar o no como marido a un pretendiente. La tradición matrimonial entre los pai-pai del norte de Baja California, era muy parecida a la que seguían los cochimíes del centro y guaycuras del sur[12].

Lo dicho anteriormente se sabe gracias a que en 1921 y 1922, Edward W. Gifford y Robert H. Lowie, del Departamento de Antropología de la Universidad de Berkeley[13], llevaron a cabo investigaciones en comunidades indígenas de Baja California en las que todavía se practicaban muchos de sus ritos antiguos, sin estar deformados por costumbres modernas. Para casarse, los pai pai organizaban una danza a la que asistía toda la comunidad; los jóvenes pretendientes escogían a una de las muchachas para danzar con ella, y si se confirmaba el deseo de casarse, el varón se llevaba a su pareja a su casa, y poco después visitaba a sus suegros para llevarles alguna comida como obsequio; si no tenía nada que dar, cazaba un venado y ése era el regalo. Las mujeres estaban facultadas para rechazar a un pretendiente que no quisieran, y las viudas podían de inmediato buscar otro marido. Los indios californios eran generalmente monógamos, aunque, como ya se mencionó, cierta forma de poligamia sí se dio entre los pericúes del extremo sur de la península lo que constituyó una permanente mortificación para los misioneros.

Contrario a lo dicho en el párrafo anterior, en las dos Californias de la época misional se practicaba, con más o menos rigor[14], el encierro bajo llave de las mujeres solteras y de las casadas cuyos esposos estuvieran ausentes, incluyendo en tales encierros, frecuentemente, a niñas desde los nueve años de edad[15], y en el día, eran vigiladas por una mujer indígena cuyo encargo era impedir cualquier relación con los hombres. *Todas estas precauciones*, expresó La Perousse después de su visita a California, *son todavía inadecuadas, y hemos visto hombres en el cepo y a mujeres encadenadas, por haber eludido la vigilancia de estas Argos*[16] *femeninas, cuyos ojos no son suficientes para el cabal cumplimiento de su oficio*[17].

La represión de la sexualidad que se ejerció sobre los indios californios llegó a tener respuestas violentas contra los españoles, desde el extremo sur de la península, hasta la Alta California. Basta recordar que en 1734, los nativos Boton y Chicori organizaron una

---

[12] *Entre los guaycuras, el que pretendía casarse enviaba a la joven una batea de aquellas que se usaban para tostar y limpiar las semillas...si ella aceptaba, correspondía el obsequio con una red...Entre las otras naciones se hacía el convenio después de un gran baile, al que era convidada toda la tribu del que quería casarse...*Clavijero, op.cit., p. 61.

[13] Los antropólogos Gifford y Lowie viajaron en 1921 y 22 a varias comunidades indígenas de Baja California, y entrevistaron, entre otros, a un viejo shamán de los pai pai conocido como "Liebre", pero llamado en su lengua nativa Mezquite Joven o Nalwaxaú. Los testimonios de Mezquite Joven tienen el valor de ser de los más antiguos, hechos por un auténtico shamán a un antropólogo moderno. Los trabajos de estos investigadores se publicaron en el Vol. 23, pp. 338-352 de University of California Publications in American Archaeology and Etnology, en 1928.

[14] Los relatos de los misioneros hacen pensar que los jesuitas no fueron tan severos como los franciscanos y dominicos en la aplicación de encierros y castigos.

[15] La Pérousse, Jean-Francois de Galoup, Comte de. Voyage Round the World, p. 201. Wisconsin Historical Society, 2003. Doc. AJ-131.

[16] Argos es personaje de la mitología griega, gigante hijo de Aréstor y Gea, tenía cien ojos de los que la mitad estaban siempre abiertos.

[17]La Pérousse, op.cit., p. 201.

rebelión de los pericúes contra los misioneros jesuitas y los soldados, debido, entre varias causas, a que se les exigió renunciar a las costumbres sexuales que habían practicado por siglos. La rebelión duró tres años, y aunque finalmente los alzados fueron dominados, mataron a los padres jesuitas Lorenzo Carranco de la misión de Santiago, y Nicolás Tamaral de San José del Cabo, así como a varios soldados y a muchos neófitos partidarios de los misioneros, habiendo además saqueado e incendiado cuatro misiones del sur.

En 1803 fueron asesinados en Santo Tomás los padres dominicos Miguel López y Eudaldo Surroca. Según las investigaciones realizadas, y por los testimonios de los indios involucrados en los crímenes, la responsable intelectual en los dos casos fue una mujer de nombre Bárbara Gandiaga, quien instigó a varios hombres para que le ayudaran a matar a los misioneros, a López el 13 de enero, y a Surroca el 17 de mayo en el mismo año de 1803. Sobre la muerte de Surroca se realizó una investigación cuidadosa que condujo a la aprehensión de los culpables, y de cuyos testimonios, se sabe que Gandiaga se encargaba de los quehaceres domésticos al servicio del padre, quien por las noches la mantenía encerrada bajo llave en un aposento contiguo al suyo. Según parte de la versión de Manuel Clemente Rojo,...*al pasar los soldados por la cocina rumbo al cuartel, aseguraban que se escuchaban indicios de que Bárbara se defendía de alguien dentro de aquella despensa...*[18] El testimonio de varios indígenas coincidió en el hecho de que Bárbara Gandiaga había participado en el asesinato del padre *agarrándolo de sus partes*[19] .

El padre Andrés Quintana, de la misión de Santa Cruz, en Alta California, se dirigía en 1816 a administrar los últimos auxilios al jardinero, que se encontraba moribundo, cuando un grupo de indios lo tomó por la fuerza, lo encerraron en un cuarto, intentaron asfixiarlo y le trituraron un testículo. Dejaron por muerto al misionero, abrieron las puertas a las mujeres que estaban encerradas bajo llave en el monjerío[20], y algunos dieron rienda suelta a su gusto por poderse reunir libremente con ellas. Uno de los rebeldes llamado Lino, dejó momentáneamente la diversión para cerciorarse de que el padre estaba muerto, y al encontrarlo aun con vida, le hizo estallar el otro testículo y acabó de rematarlo. Quintana se había granjeado el odio de los nativos por los crueles castigos que ejercía en su contra, como azotarlos con un látigo que tenía en la punta un alambre, tormentos de los cuales, a veces, no escapaban ni los niños ni las mujeres que violaban las reglas. Ese mismo año, algunos de los asesinos fueron arrestados y sentenciados a doscientos latigazos y a prisión que iba de dos a diez años de confinamiento[21].

Los casos narrados sobre la rebelión de los pericúes, lo ocurrido en Santo Tomás y el crimen en Santa Cruz, aun tratándose de hechos que sucedieron a grandes distancias y en tiempos distintos, muestran, como elemento común entre los factores que causaron los asesinatos perpetrados por los indios, una agresión a sus costumbres sexuales por parte de

---

[18] Revista Noticia de la California, No. 5, septiembre-noviembre 1995, Museo de Historia de Ensenada. Historia de un pueblo misional, Santo Tomás, por José Luis González López y Berta Paredes Acevedo p. 17. Aunque en sus relatos don Manuel Clemente Rojo parece ser un recogedor imparcial de testimonios y datos que se refieren a los indios de la región de La Frontera, hay que tomar su dicho con las debidas reservas, ya que es frecuente la exaltación desmedida de defectos o virtudes cuando se refiere a la vida de algunos protagonistas en la historia de Baja California.

[19]Testimonios de Santo Tomás: La Muerte del Padre Eudaldo Surroca, 1803, X Simpósium de Historia regional, Bicentenario de Santo Tomás, 1791-1991, UABC, p. 17.

[20] Nombre que se daba al lugar en que permanecían encerradas las indias para impedir su contacto con los hombres.

[21] Cornford, op.cit. , pp. 49-50.

los europeos. Tómese en cuenta, además, que los soldados que residían en las Californias no eran castos ni monógamos, y llegaron a cometer múltiples abusos y crímenes sexuales contra mujeres y niñas indias. La violenta forma de emasculación efectuada en los dos últimos casos, y que posiblemente se llevó a cabo también en los asesinatos de los misioneros del sur de la península, parecen indicar una venganza de las etnias indígenas, que simbólicamente parecían expresar a los blancos: *así te devolvemos un daño como el que nos has causado a nosotros.*

Basta considerar las anteriores diferencias, para entender por qué eran incompatibles los universos que percibían los antiguos californios, los yumas y los europeos, y por qué éstos, para diferenciarse de los nativos, se autonombraban gente de razón, sin aceptar que los indios tenían *su propia razón.*

Pero, ¿quiénes fueron los californios? Originalmente la palabra fue usada por los europeos del siglo XVI al XVIII para designar a los aborígenes peninsulares, aunque después se empleó para nombrar a los mestizos y blancos que habitaban la Alta California. Los primitivos californios deben haber llegado a la península hace unos ocho o diez mil años, o tal vez más, con las oleadas de cazadores que provenientes de Siberia[22], se habían adentrado en el Continente Americano pasando por el Estrecho de Bering. A diferencia de otros grupos, quienes cruzaron el umbral de la Baja California rumbo al sur, no tuvieron espacios geográficos hacia el este u oeste para explorar en busca de lugares más propicios para la vida, y por razones no muy claras[23], cuando llegaron al extremo meridional no pudieron regresar hacia el norte.

Habían penetrado a una verdadera trampa geográfica, que los obligaría a usar toda su capacidad de adaptación para sobrevivir en uno de los medios geográficos más impropios para el desarrollo humano. Los mismos europeos, con toda su tecnología y una cultura muy superior a la de los nativos, lo comprobarían "en carne propia" muchos siglos después.

Prueba de que en el siglo XVII y XVIII no era tan fácil el desarrollo autónomo de una civilización tipo europeo en Baja California, es el hecho de que las comunidades misionales que llegaron a establecerse en la península, siempre tuvieron que depender en mayor o menor grado de la asistencia que en víveres, provisiones y equipo diverso, tenían que recibirse constantemente desde la Nueva España continental, y que en varias ocasiones los misioneros tuvieron que recurrir al sistema empleado por los nativos para sobrevivir, cuando la sequía y las plagas se sucedieron varios años seguidos afectando severamente la vida en la misión.

[22] De los antiguos aborígenes californios, sólo los pericúes que habitaban en el extremo sur de la península, tuvieron una conformación craneana hiperdolicocéfala, diferente a las del resto de las etnias que habitaron en la Baja California. Esto ha sido suficiente para que algunos investigadores hayan formulado la hipótesis de que cuando menos este grupo provenía no del norte, sino del oeste, probablemente de Oceanía. Faltan investigaciones suficientes para confirmar lo anterior.

[23] Se han formulado varias hipótesis para explicar por qué razón, los grupos que ingresaron a la península no se devolvieron hacia el norte a las regiones más propicias para la vida arriba de los 32 grados. Las que se proponen con más frecuencia son: que etnias con un mayor desarrollo cultural establecidas en lo que después fue la Alta California les impidieron el regreso; o que el proceso de desertización se acentuó en buena parte de la península, al grado de que el regreso fue prácticamente imposible.

Por otra parte, los mismos religiosos que tan parcos eran en sus elogios a los indios, llegaron a expresar frecuentemente cierta admiración por la armonía corporal y el vigor físico de los californios, lo que es un reconocimiento tácito de aspectos valiosos en su crianza, costumbres o alimentación[24]. Un ejemplo son los siguientes párrafos de la obra de Baegert:

Los indios californios son corredores extremadamente buenos...pueden caminar veinte horas hoy y regresar mañana al lugar de donde comenzaron sin mostrar mucha fatiga...Era el final de diciembre al amanecer, (esto es como a las siete de la mañana en California), mandé un muchacho de 14 años a la misión cercana, situada a seis horas de la mía. Como a una hora y media de distancia de su lugar de destino, el muchacho se encontró con el misionero a quien debía entregar una carta y que entonces iba en camino a hacerme una visita. De inmediato, el muchacho se regresó y como al medio día llegó a mi casa con el misionero, quien iba cabalgando una buena mula. Había cubierto a pie en cinco horas, una distancia de más de nueve horas...[25] *Los indios son gente de buen cuerpo y bien proporcionada, ágiles y flexibles...*[26].

...uno podría considerar a los nativos californios como los más pobres y más dignos de piedad entre los hijos de Adán; sin embargo, deseo establecer con absoluta seguridad y sin temor de contradicción que, en lo que concierne a esta vida terrenal, son incomparablemente más felices que aquéllos que viven en Europa y sobre la bendita tierra de Alemania. Aún aquellos que parecen estar viviendo en el mismo pináculo de una temporal felicidad…

…Él no teme perder su propiedad, ni [tiene] ambición para incrementarla. No hay prestamista que le cobre deudas, ni oficial que le demande tributo y otros cientos de clases de impuestos. No hay esposa a la que haya que adornar el cuerpo con más de lo que el ingreso permite, ni esposo que gaste en el juego o en el vino el dinero con el que debería alimentar y vestir a su familia. No hay preocupación por la educación de los niños, ni hija a la que haya que casar, ni hijo depravado que traiga el deshonor y la ruina sobre su casa. En una palabra, en California no hay "mío y vuestro", dos palabras que, como dice San Gregorio, llenan los pocos días de nuestras vidas con amargura y maldad....Por lo tanto, no es milagro que difícilmente uno entre ellos tenga canas, y ya muy entrado en años; que ellos siempre estén de buen humor y que bromeen y rían continuamente...Aquellos que viven en Europa pueden envidiar la felicidad de los californios, pero nunca la lograrán excepto con una completa indiferencia hacia las posesiones mundanas, grandes o pequeñas, y a través de una completa aceptación de la voluntad de Dios en todos los azares de la vida...[27]

---

[24] *...El retirarse a los montes no es por aversión que tengan a vivir en pueblos, sino ya por la innata propensión a su territorio y ya por tantos ejemplares como tienen en los muchos compatriotas y parientes que murieron y en el detrimento de su salud propia que ellos mismos han sufrido. Lo cierto es que del monte vienen robustos y fuertes y que, perseverando algún tiempo en Todos Santos, luego se enferman....* Las fundaciones misionales dominicas en Baja California. 1769-1822. UABC, Albert Bertrand Nieser, O.P., p.
[25] Baegert, op.cit., p. 85.
[26] Ibíd., p. 50.
[27] Baegert, op.cit., pp. 49-50.

En la última década del siglo XX y primeros años del XXI, se han realizado investigaciones arqueológicas en varias partes de la península, sobre todo en las islas Espíritu Santo y La Partida, zona cercana a Bahía de los Ángeles, región cercana a Bahía de las Palmas y Los Cabos, y en donde se asientan actualmente algunas comunidades indígenas en el norte de Baja California. Quienes más han destacado en dichas investigaciones son William Massey, Michael Mathes, Eric W. Ritter, Joe D. Stewart, J. Eldon Molto, Pula J. Reimer, Harumi Fujita, Gema Poyatos de Paz, Kathleen D. Tyree, Bruce Pinkston, Michael Wilken, y Alfonso Rosales López, entre otros, y gracias a estos trabajos, se empiezan a admitir dos hechos: que las sociedades de los californios primitivos no eran tan elementales en su organización y desarrollo como hasta hace poco se creía, y que su adaptación a tan difícil medio geográfico fue una verdadera proeza. Algo semejante puede decirse de los nativos de la Alta California, y los yumas que vivían al oriente del extremo sureste de California, aunque éstos desarrollaron sociedades más complejas gracias a un medio geográfico más pródigo que el del sur peninsular.



Fotografía de indios de la etnia cucapá tomada en 1870. Hombres parecidos a éstos debe haber encontrado Ulloa en el noreste de la península de Baja California.

Uno de los problemas al que se han enfrentado los historiadores de las Californias, es que sus fuentes originales fueron elaboradas por los europeos o la “gente de razón”, como se auto nombraban todos aquellos que no eran indios, y es que los aborígenes antiguos no sabían escribir, casi todos se extinguieron, y los que quedaron en las reservaciones norteamericanas de California, así como los sobrevivientes de las etnias kumiay, kiliwa, pai-pai y cucapá en el norte de la península, han perdido mucho de su identidad cultural, y

sólo conservan unas cuantas tradiciones. El resultado de esto es que, para conocer la cultura de los primitivos californios, se tiene que depender en buena parte de las versiones de los blancos y mestizos, quienes rara vez admiten la existencia en los indios de rasgos merecedores de la memoria histórica, aunque algunos de éstos empiezan a ser rescatados por los investigadores que ya se han mencionado. A propósito de lo dicho en el párrafo anterior, en el último relato de este libro se menciona un documentos dictado por el jefe yuma Salvador Palma a un escriba español, solicitando el bautizo y la presencia de misioneros, y claramente se advierte un estilo que seguramente no pudo haber tenido el lenguaje del capitán yuma, quien por ser analfabeta, en lugar de su nombre plantó una tosca cruz al final del escrito, de manera que el escriba pudo haberle dado una interpretación personal a lo dictado por Palma.

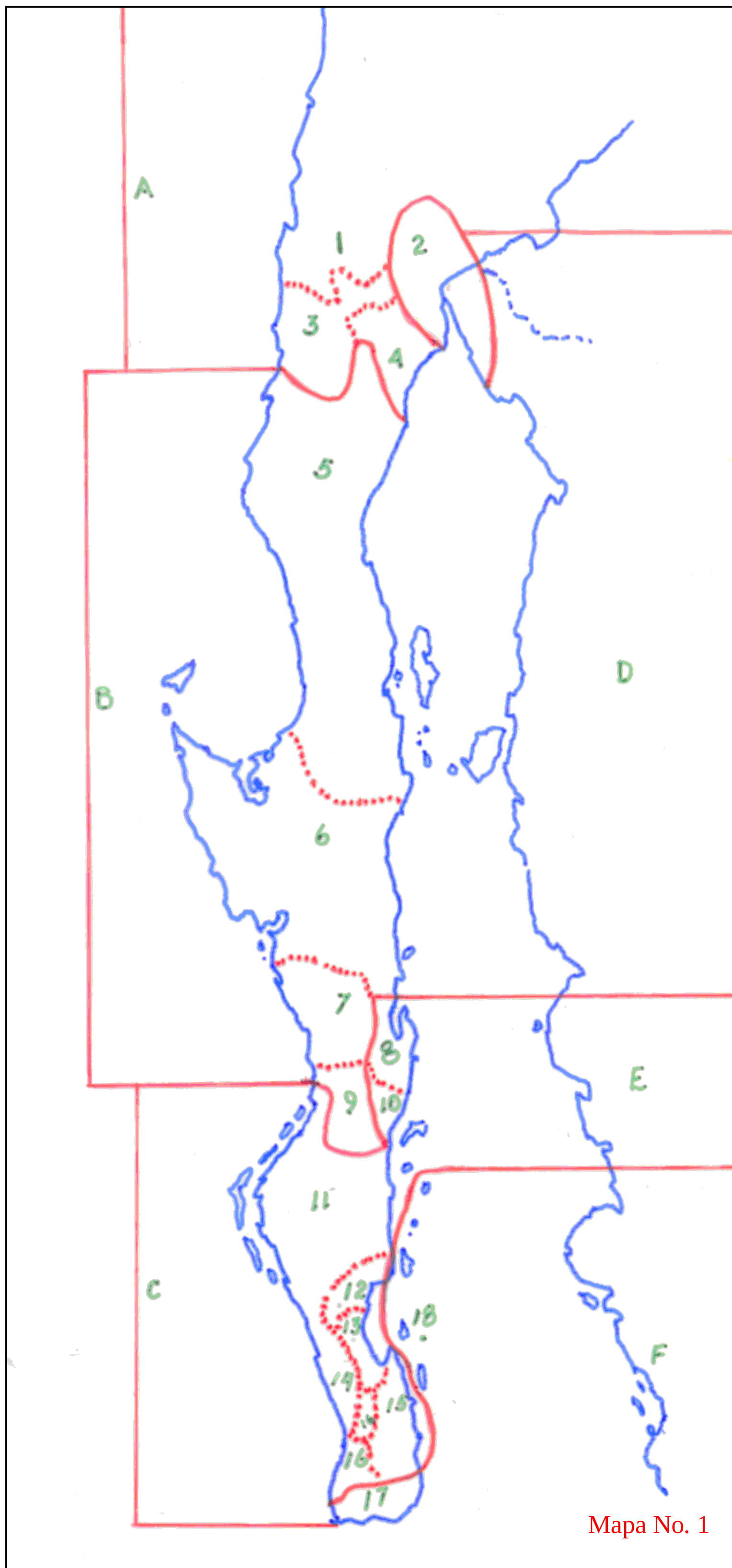
Este libro está formado por relatos de acontecimientos históricos protagonizados por españoles, indios de lo que hoy es el Estado de Baja California y los yumas del Gila y el Colorado.

"¡Belén!, ¡Belén! El encuentro de dos mundos" es la historia de un indio cochimí que en 1539, tuvo un inesperado encuentro en el Golfo de California con un grupo de marineros españoles, encabezados por el navegante español Francisco de Ulloa, los que a pesar de su número no pudieron capturarlo. "Jatiñil y las rebeliones indígenas en La Frontera", es una narración de las principales revueltas que se dieron en la zona donde se unen las dos Californias, incluyendo el rancho Ti-Juan, y el papel destacado del indio kumiay Jatñil o Jatiñil, quien junto con el alférez Macedonio Gonzáles, de San Vicente, de alguna forma ayudaron a salvar al poblado de San Diego cuando estuvo en peligro de ser asaltado por los nativos en 1836 ó 1837. "Taraval, el gran explorador cochimí", se refiere al indio californio que, según opinión del coronel español Felipe de Neve, merecía tanto honor como Juan Bautista Anza por el establecimiento de una ruta terrestre de Sonora a California en 1783. En este relato se incluyen temas relacionados con la presencia de los indios peninsulares en la Alta California, como los primeros trabajadores emigrantes que viajaron hacia el norte. Como una narración que podría ser un capítulo aparte, se incluye en la anterior el episodio de la llamada masacre de los yumas, en las misiones de La Purísima Concepción, cerca de lo que hoy es Yuma, y San Pedro y San Pablo de Bicuñer, próxima al poblado de Los Algodones.

Finalmente, debo expresar que mi mayor gratificación será que este trabajo contribuya a que el tema de la cultura de los antiguos californios, que permaneció cerrado por muchos años dentro de un expediente que degradaba y agraviaba a nuestros ancestros, se abra nuevamente, como de hecho ya acontece gracias a la investigación histórica, arqueológica y antropológica de Baja California, para contemplar con objetividad y el respeto que merecen a los indios californios y a los yumas, en sus relaciones con los que se llamaban "gente de razón".

Antonio Ponce Aguilar

Mapa étnico lingüístico de Baja California



1. Kumiai y cochimí
2. Cucapá
3. Pai-Pai
4. Kiliwa
5. Borjeño
6. Ignacieño
7. Cadegomeño
8. Didiu
9. Laimón
10. Monqui Las lenguas monqui y guaycura tienen una relación mucho más distante de la cochimí-yumana.
11. Guaycura
12. Periue
13. Aripe
14. Calleje
15. Cora
16. Huchití
17. Pericú. Su origen o relación con otras lenguas es un enigma.
18. Isleño

- **A. Tronco lingüístico yumano del norte.**
- **B. Yumano peninsular.**
- **C. Guaycuriano**
- **D. Etnias cochimíes**
- **E. Guaycuras**
- **F. Pericúes.**

NOTA: Entre los grupos aborígenes del área marcada con 1, se encuentran algunos hablantes del cochimí, (Dr. Héctor Benjamín Trujillo, "Las lenguas hokanas de Baja California) el cual debe ser muy diferente al que empleaban los primitivos californios.

I

¡Belén!, ¡Belén! El encuentro de dos mundos

Índice del capítulo

EL VIAJE DE FRANCISCO DE ULLOA

El dos de octubre de 1539, los barcos españoles "Santa Águeda" con el capitán Francisco de Ulloa a bordo, y el "Trinidad"[28], volvían de la desembocadura del Río Colorado, a donde habían arribado el 27 de septiembre de 1539 como parte de un viaje de circunnavegación por el Mar de Cortés, con lo cual se demostraría al mundo que California no era una isla, sino un largo brazo que se separaba del continente en forma de península. El domingo 28, el capitán de la expedición, Francisco de Ulloa[29], había tomado posesión del territorio cercano a la desembocadura del río Colorado al cual llamó Ancón de San Andrés, por la fecha en que se celebra ese santo, y al Golfo de California Mar Bermejo, por el color rojizo que tomaban las aguas en las cercanías de las bocas del gran río. Los barcos habían zarpado de regreso hacia el sur el mismo veintiocho, y ya se hallaban muy cerca de la actual bahía de San Luis Gonzaga, después de unas 36 leguas de navegación tranquila.

Ulloa y sus hombres estaban ansiosos de encontrar señales de seres humanos en aquellas tierras que desde las embarcaciones se contemplaban como lugares inhóspitos y desiertos. Desde el diecinueve de septiembre, fecha de su salida hacia el norte del Puerto de los Puertos, hoy Guaymas, prácticamente no habían visto a ningún ser humano en los diversos lugares en los que habían desembarcado. El desierto característico de las regiones costeras al norte del Golfo de California, con sus montañas en las que parece no existir la forma más elemental de vida, causaban inquietud en los navegantes expedicionarios, lo que hizo que Ulloa registrara en su diario: *No creo que estas tierras puedan ser habitadas*[30].

Esa tarde del jueves 2 de octubre, a unas cuatro leguas de donde estaban, los marineros vieron claramente una columna que parecía de humo, la cual se desprendía verticalmente en un lugar de la playa; el piloto fijó cuidadosamente su posición y dirigió el rumbo hacia el lugar; navegaron por la noche, y al amanecer entraron a la bahía que hoy se conoce como San Luis Gonzaga, anclando cerca de una isleta arenosa que hay a la entrada.

Ulloa y algunos marineros se dirigieron a tierra en un pequeño bote, hacia el lugar en el que supuestamente habían visto la columna de humo, desembarcaron, y no llegaban aun al sitio cuando, a lo lejos, percibieron ahora con más claridad otra columna semejante a la del día anterior, pero para su decepción, comprobaron que era un remolino de polvo que el viento había levantado, al rodar la arena desde lo alto sobre una duna cercana a la playa. Sin darse por vencidos, los exploradores buscaron afanosamente durante todo el día alguna muestra o señal de seres humanos, pero tuvieron que regresar al barco sin haber encontrado nada, salvo algunos trozos de obsidiana; lo que sí vieron en la playa fueron millares de lobos marinos[31]; por esta razón, el primer nombre que se dio a Bahía de San Luis Gonzaga fue Puerto de los Lobos.

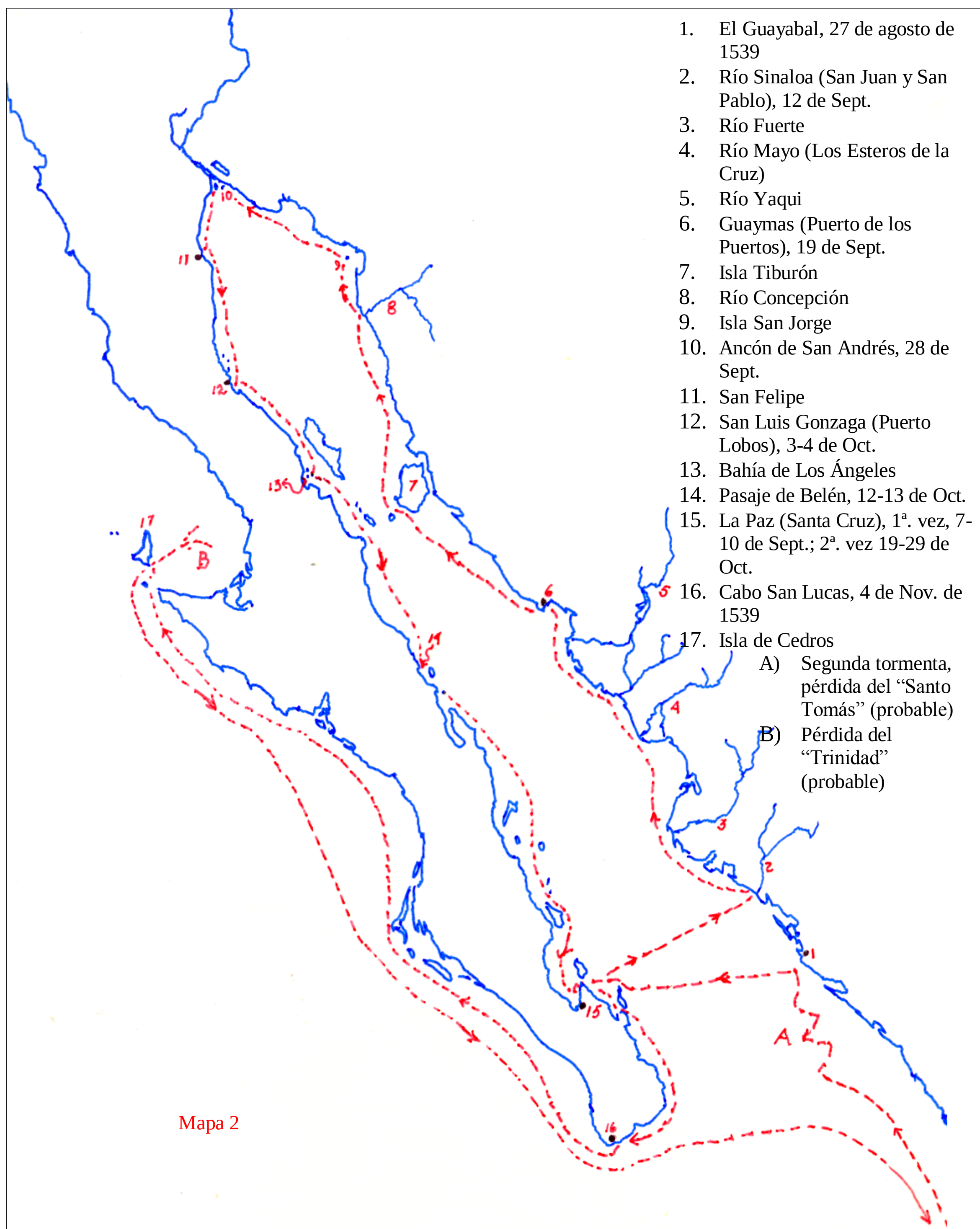
---

[28] La flotilla que zarpó de Acapulco el 8 de julio de 1539 estaba formada por tres embarcaciones: el "Santa Águeda" y el "Trinidad" ya mencionados, y el "Santo Tomás", que se hundió probablemente frente a las costas de Sinaloa.

[29] Francisco de Ulloa había acompañado a Hernán Cortés en 1535 en la expedición que éste realizó a la región que hoy ocupa La Paz, y que entonces recibió el nombre de Santa Cruz, en donde desembarcó el tres de mayo de ese año. Cuando Cortés tuvo que regresar a México, Ulloa se quedó al mando en la nueva colonia por el breve tiempo que perduró.

[30] Ulloa, Fancisco de. "The Voyage of Francisco de Ulloa, 1539", "Spanish Voyages to the Northwest Coast of America in the Sixteenth Century". Raup Wagner, Henry; editor, San Francisco Calif. Historical Society, 1929, pp. 11-50.

[31] Ibíd., p. 21. *Hallamos tantas focas, que si dijera que eran cien mil creo que no estaría exagerando*.



MAPA DEL VIAJE DE FRANCISCO DE ULLOA EFECTUADO EN 1539-1540, según datos de su diario

Estando el “Santa Agueda” anclado, en espera de un viento favorable que permitiera iniciar el viaje hacia el sureste, al oscurecer, el vigía vio lo que parecía una fogata en una playa distante de la embarcación unas dos leguas, pero ya no era posible desembarcar porque estaba anocheciendo; los del “Trinidad” ignoraron estos hechos. Al siguiente día, viernes 3 de octubre, después de bajar el bote, Ulloa y algunos marineros se dirigieron muy temprano nuevamente a tierra, en donde ahora sí, antes de desembarcar, vieron a un grupo de indios cochimíes desnudos, con el pelo muy corto. En total eran cinco hombres: uno muy viejo, otro joven y fuerte, y tres muchachos adolescentes. Al ver a los forasteros, el indio joven pidió a uno de los muchachos que le diera sus armas, empuñó el arco[32] y se aprestó a defender a sus compañeros, lo cual hizo que los españoles emprendieran una retirada momentánea, pues temieron que se tratara de una emboscada al ver tan seguros de ellos mismos a los aborígenes. Los españoles entonces aparentaron huir en el bote, pero sólo para desembarcar en un lugar cercano un poco al sur. Dando un rodeo, regresaron cubriéndose entre unos matorrales espinosos, por detrás de donde tenían su campamento los nativos, a quienes lograron sorprender. Cuando estaban a unos 20 pasos de ellos y se dieron cuenta de su llegada, el más viejo se encaminó hacia los extranjeros, poniéndose la mano frente a los ojos, como quien trata de proteger su vista del sol[33]; los demás se levantaron rápidamente y aprovecharon el momento para escapar por una colina, en tanto que los españoles pudieron atrapar al anciano sin gran dificultad[34].

Ulloa traía en su barco a un indio como intérprete, originario de La Paz, que debe haber pertenecido a la etnia guaycura[35], y aunque trató de comunicarse con el viejo cochimí, no pudieron entenderse entre sí dada la diferencia entre las dos lenguas[36], por lo que el capitán determinó que se le dejara en libertad, después de haberle hecho algunos obsequios.

Cerca del lugar, los españoles localizaron el campamento provisional de los indios; había una cabaña de ramas entrelazadas, sin techo, a unos diez pasos del mar, en donde hallaron algo de pescado, hilos bien retorcidos de fibras vegetales, anzuelos fabricados de caparazón de tortuga, los cuales habían sido doblados al calentarse al fuego, otra variedad de anzuelos formados por espinas vegetales, y contenedores de agua potable. Lo enumerado es sólo una muestra de la capacidad de manufactura que tenían los californios en general, ya que faltarían de mencionar las redes hechas con cordeles de fibras de mezcal retorcido, a las cuales daban múltiples usos, sobre todo para cargar sus pertenencias y a los niños pequeños, bateas de delgadas varas de sauz o de madera, una especie de sandalias hechas de piel de venado o de la fibra mencionada, etc. Respecto a los contenedores de agua, Ulloa pensó que eran bolsas hechas con estómagos de focas. También había una balsa fabricada

---

[32] Ulloa señala en su diario que el indio joven, al recibir el arco, lo probó, asegurándose que estaba listo para usarse.

[33] En su registro del 3 de octubre Ulloa escribió: *...Viéndonos tan cerca, se levantaron y el viejo se dirigió hacia nosotros, poniendo su mano delante de sus ojos, como quien protege su vista del sol*....Ibid. p. 22.

[34] Pudiera ser que el anciano indígena, incapaz de correr como sus compañeros, haya pensado mejor acercarse a los marineros en actitud pacífica, pero dando así oportunidad a que los demás huyeran.

[35] Los guaycuras habitaban aproximadamente desde los 25° de latitud norte, unos 50 Km. arriba de Bahía Magdalena, hasta un poco al sur de los 23°, poco antes de llegar a Los Cabos.

[36] El guaycuriano, en el que se incluía el pericú del extremo sur de la península, se diferenciaba bastante del yumano peninsular, que hablaban los cochimíes, pero aun dentro de la misma filiación lingüística, las diversas etnias, aunque vecinas en ocasiones, tenían diferencias en su idioma lo que dificultaba su comunicación.

con tres haces de cañas de tule amarrados entre sí, que debieron haberla impulsado con un remo delgado de aproximadamente un metro de largo, y dos especies de timones. En las vecindades del campamento observaron numerosas huellas de coyotes, liebres y conejos. Un tanto decepcionados, Ulloa y sus hombres se reembarcaron en el "Santa Águeda", desde donde vieron, a lo lejos, que dos de los jóvenes indígenas habían regresado para jalar su balsa hasta un lugar seguro de la playa. El sábado 4 de octubre, la nave capitana reinició sola su viaje, ya que el "Trinidad" había zarpado antes, sin que su tripulación se hubiera percatado del desembarco hecho por Ulloa y sus hombres.

El 7 de octubre, las embarcaciones llegaron a la altura de la isla Ángel de la Guarda y anclaron en la bahía de Los Ángeles, a la que llamaron San Marcos por el santo que ese día se celebra; esperaban un viento favorable que les ayudara a proseguir su viaje hacia el sur, ya que el capitán sabía de la dificultad que siempre había para la navegación por el canal de Salsipuedes, que se encuentra enseguida, y donde los vientos contrarios siempre han sido un obstáculo serio para la navegación de veleros[37]. Las dos naves se habían reencontrado después de la separación involuntaria desde el 3 de octubre, que ya se mencionó, y ahora los pilotos extremaban sus precauciones; Ulloa hizo las advertencias necesarias para que no ocurriera otra vez lo mismo.

Estando anclados los barcos en la bahía, algunos marineros avistaron en la playa dos lumbradas, a unas dos leguas una de la otra, por lo que en el "Santa Águeda" Ulloa ordenó que bajaran la lancha, y él, junto con varios marineros, remaron hacia el lugar de las

Perspectiva de tierra firme vista hacia el oeste desde la isla de San Marcos, en el Golfo de California. Ulloa y sus hombres deben haber contemplado algo semejante el domingo 12 de octubre de 1539, cuando intentaron, sin éxito, capturar a un



[37] El Canal de Salsipuedes se forma entre tierra firme y las pequeñas islas Salsipuedes, Roca Blanca y San Lorenzo, y puede considerarse como una continuación del Canal de Ballenas, entre la isla Ángel de la Guarda y tierra firme.

fogatas. Al llegar a unos 60 metros del sitio, desde el bote, vieron a dos indios de elevada estatura, desnudos según la costumbre, y armados con arcos y flechas, aquellos de gran tamaño[38]; pero además, había también varias mujeres y niños. Al ver a los españoles, los nativos tomaron sus armas y se aprestaron a pelear. Ante la actitud decidida de aquellos hombres, los españoles se detuvieron unos minutos, discutiendo cuál sería el mejor proceder, lo cual dio a los californios tiempo para escapar, primero las mujeres y los niños, y cuando éstos estuvieron a salvo, los dos hombres jóvenes hicieron lo mismo[39]. Aquí debe señalarse que todo el alto mando español, incluyendo al virrey, tenían prohibido a los expedicionarios que usaran las armas de fuego contra los indios, excepto en caso de que fueran atacados y peligraran sus vidas, lo que explica porqué los marineros no procedieron con violencia.

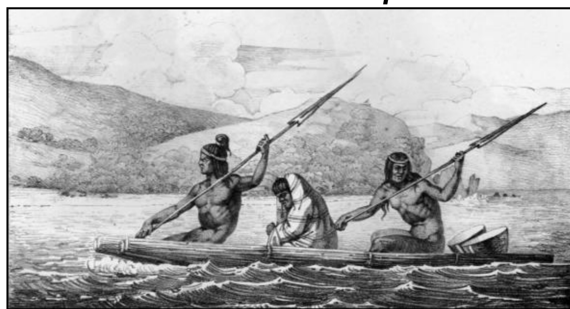
Al revisar el área, en una colina cercana los españoles encontraron dos enramadas parecidas a las que ya habían visto antes, así como huellas de diez o doce personas, incluyendo las de algunos niños. También encontraron agua en vejigas de focas, lo que puede significar que aquellos grupos planeaban en ocasiones su actividad pesquera acompañados de sus familias, que en muchas formas deben haber ayudado para la realización del vital trabajo.

El encuentro de dos mundos

Ulloa y su gente se reembarcaron, pensando que ya no tendrían oportunidad de establecer un contacto más directo con los indios, y al siguiente día, miércoles ocho de octubre, al cambiar favorablemente el viento, los barcos pudieron seguir su curso hacia el sureste, navegando por los canales que se forman entre varias islas deshabitadas y tierra firme. Continuaron la navegación sin contratiempos, pero al amanecer del domingo 12 de octubre, encontrándose entre la península y la isla que llamaron San Marcos[40], un poco al sur de



Abajo, pintura hecha por Louis Choris (1816), y a la izquierda, dibujo de un indio con su balsa, como las que debieron usar los californios.



[38] Los arcos de los antiguos californios, salvo pequeñas variantes, eran generalmente de una longitud semejante a la estatura de un hombre.

[39] Ulloa tuvo el cuidado de mencionar este hecho aparentemente sin importancia, pero que es indicador de una cualidad que debe valorarse en aquellos hombres: su preocupación por salvar primero la vida de mujeres y niños, y después la de ellos.

[40] Actualmente, en la isla de San Marcos se encuentra una de las explotaciones de yeso más grandes del mundo.

Santa Rosalía, la calma se rompió por algo inesperado; el vigía en turno avisó con voz estentórea que se acercaba al barco un hombre, remando en una balsa[41] de cañas de tule.

El indio se veía con toda claridad porque la luz matinal empezaba a darle de frente, se trataba de un sujeto alto, moreno, bien proporcionado y con el pelo casi hasta los hombros, desnudo, e impulsaba su pequeña embarcación con un rústico remo. No parecía venir armado, y en su rostro no se mostraban temor o nerviosismo, casi parecía sonreír, y su audacia lo llevó a acercarse hasta unos ochenta metros de los barcos, *a tiro de ballesta de la playa*. Llegado a esa distancia se puso de pie en su barquichelo y se estuvo allí, contemplando los barcos por un buen rato. Terminado su examen, viendo directamente a los marineros españoles que desde las naves observaban con curiosidad las maniobras del indio, gritó algunas palabras ininteligibles y se regresó a tierra remando en su balsa.

Quienes sí se hallaban sorprendidos por el atrevimiento del cochimí, etnia a la que pertenecían todos los aborígenes de esta región, eran los españoles, acostumbrados hasta ahora a que los pocos nativos que habían encontrado siempre huían sin dejarse ver, pero ahora, éste había estado allí, entre desafiante, curioso o burlón, quizá sintiéndose amparado por las aguas del mar que tan bien conocía.

Lo que ignoraban los marineros del “Santa Águeda” y del “Trinidad” era que, siguiendo la costumbre de aquellos grupos seminómadas, los indios que los españoles habían encontrado el siete de octubre cerca de Bahía de los Ángeles, seguramente habían avisado a las rancherías del sur del inesperado encuentro.

Lo que debió suceder fue lo siguiente: cuando aquel día los pescadores cochimíes, huyendo de los marineros españoles llegaron a su ranchería, situada unos kilómetros al suroeste, provocaron gran algarabía entre familiares y amigos al narrar su encuentro con los extraños forasteros. Ninguno de ellos había visto hombres como los que describían los pescadores, y todos querían saber cómo eran y qué querían aquellos viajeros, de piel blanca y barba rojiza o amarillenta, cubiertos del cuerpo con raros materiales, y que habían descendido de unas gigantescas embarcaciones, que les habían parecido enormes casas flotantes.

Tal vez, por haber sido un acontecimiento tan extraño e importante, después de conferenciar con los ancianos y el guama del grupo, el capitán de la ranchería ordenó que un corredor mensajero saliera de inmediato, para comunicar la noticia a las comunidades y campamentos del sur. Aunque de Bahía de Los Ángeles hasta la latitud de isla San Marcos hay unos trescientos kilómetros, quizá unos cuantos corredores, empleando un sistema de relevos, corriendo unas diez horas por día, sólo habían necesitado si acaso de tres días, para llevar la noticia hasta este lugar[42].

---

[41]Los españoles llamaron indistintamente balsa o lancha a las pequeñas embarcaciones de los nativos californios, aunque la última denominación, o “bote”, sean las más adecuadas, tomando en cuenta que con los haces de cañas, atados entre sí, los californios hacían sus barquichuelos no como una balsa plana, sino como lancha o bote, aunque de costados verticales de muy poca altura.

[42] *...Los indios californios son corredores extremadamente buenos*...p. 85, cap. VIII de “Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien” de Jacobo Baegert, traducido al inglés del alemán original por M.M. Brandenburg y Carl L. Bauman, The University of California Press.

Pero volviendo al indio de la balsa, después de gritar aquellas palabras que nadie entendió, pronto desembarcó en la playa, y tan luego como habló brevemente con algunos de sus compañeros que repentinamente habían aparecido, sobre los cuales parecía tener cierta autoridad, se reembarcó con otros cuatro, cada quien en su pequeño bote, se acercaron a los barcos hasta la distancia acostumbrada, se acomodaron medio sentados o hincados en sus balsas, las cuales se mantenían cerca unas de las otras, y comenzaron una animada charla que, aunque no podía ser entendida por el intérprete indígena que iba a bordo, obviamente se refería a ellos, a los españoles, a quienes ocasionalmente gritaban algo[43].

Debe mencionarse que, aunque los objetivos del viaje de Ulloa eran conocer el Golfo de California, encontrar de ser posible el legendario Estrecho de Anián[44], y reclamar a nombre de Hernán Cortés para su soberano todas las tierras descubiertas, el capitán español consideró importante destinar tiempo para capturar a aquel hombre, con objeto de interrogarlo y obtener informaciones sobre los naturales del país, su número y forma de vivir, las potenciales riquezas que podrían existir en su territorio, y demás datos que serían de gran utilidad para que su señor, el conquistador, se cubriera de gloria ante el rey ganando en su confianza un punto importante respecto a su eterno enemigo, Nuño de Guzmán, que siempre competía con él por el poder y los territorios conquistados[45]. Hasta había la posibilidad de que Cortés decidiera llevarse a aquel aborigen hasta España, para mostrarlo al rey y su corte como trofeo de sus conquistas y exploraciones.

Personalmente, Francisco de Ulloa seleccionó a diez hombres para que se aproximaran hasta el indio que parecía ser el jefe o capitán, que aun se encontraba en su bote a unos setenta metros del "Santa Águeda"; la orden era que lo capturaran a como diera lugar. Pero después de pensarlo un momento, el capitán decidió ir él mismo por el indígena. Los marineros, sintiéndose comprometidos a lograr el objetivo por habérseles seleccionado para tan importante encomienda, bajaron en el bote junto con su capitán, y empezaron a remar, decididos, hacia el jefe cochimí que parecía esperarlos tranquilamente, mientras que sus compañeros se retiraron hacia la playa.

La distancia se fue acortando, y cuando los confiados españoles casi hacían contacto con la pequeña balsa del indígena y se aprestaban a capturarlo, éste se irguió repentinamente y se lanzó al mar, zambulléndose con extraordinaria rapidez. El capitán y los sorprendidos marineros no salían aun de su asombro, cuando el cuerpo moreno del indio surgió por el lado opuesto, a unos cinco metros del bote y empezó a nadar en su derredor con gran rapidez, y cada vez que los españoles trataban de alcanzarlo, se hundía nuevamente en el agua para reaparecer repentinamente donde menos se le esperaba.

---

[43] Ulloa menciona en su diario que *...permanecieron mucho tiempo sin querer acercarse más, aunque los llamamos con señas y les enseñamos cosas para dárselas, a lo cual no hicieron caso...*Ulloa, op.cit., p. 24.

[44] El estrecho de Anián era un hipotético paso marítimo que comunicaba los océanos Pacífico o Mar del Sur y el Atlántico, y se basaba en la supuesta simetría geográfica del globo terrestre, de manera que al descubrirse el estrecho de Magallanes, se pronosticó que pronto se encontraría un paso semejante en el hemisferio norte. Visión histórica de la frontera norte de México, El Septentrión Novohispano, p. 222. Coordinador David Piñera Ramírez. UABC, Mexicali, B.C., 1994.

[45] Nuño de Guzmán y sus soldados siempre hicieron todo lo posible por impedir o dificultar las exploraciones de Hernán Cortés en el Golfo de California, ya fuera negándoles agua para las embarcaciones, secuestrando sus buques, o capturando a los marineros del conquistador que llegaron a naufragar en las costas de Jalisco o Nayarit.

Ulloa dice textualmente en su diario: …*Alcancé al que parecía más importante que los demás, porque era el que se había acercado más y más hablaba, el que había venido primero en la primer balsa, y cuando llegamos hasta él, dejó su balsa, y se zambulló en el mar. Lo seguí por más de media hora pero no lo pude capturar, porque cada vez que la lancha lo alcanzaba, se zambullía bajo la proa, y después de un buen rato salía más allá de la popa…*[46]

El mar pareció tomar parte en aquella especie de juego, y las olas empezaron a elevarse, lo que afectó más a los marineros de la embarcación. Tan fatigante persecución siguió por algo más de treinta minutos, los maldicientes remeros españoles, a cada instante se sentían más cansados, incapaces de continuar con aquello; algunos marineros, desacatando las órdenes de Ulloa en el sentido de no causar daño alguno al aborigen, desesperados, intentaban inútilmente golpear con el extremo de los remos al cochimí, mientras que éste parecía divertirse y no conocer el cansancio.

Finalmente, Ulloa admitió la imposibilidad de capturar al indígena, ya que sus hombres no tenían fuerza en los brazos para seguir remando, ni el valor para lanzarse al agua y perseguirlo a nado; además, las órdenes estrictas del propio monarca español eran no agredir a los indios ni usar arma alguna en su contra, excepto en casos de verse atacados y estar en peligro sus vidas. Fue así que el capitán tuvo que dar la orden de regresar al "Santa Águeda", desde donde el resto de los marineros habían contemplado todo lo sucedido, y con sus exclamaciones intentaban dar ánimo a sus compañeros.

Ulloa no increpó a nadie por el fracaso, había vivido personalmente aquella interesante experiencia, y sabía que por esfuerzo de sus marineros no había quedado, pero la agilidad y fortaleza física del jefe cochimí habían salido triunfantes en aquella extraña confrontación, casi deportiva, entre indios y europeos. Cuando Ulloa y los marinos empezaron a remar cansadamente hacia su barco, el jefe cochimí se mantuvo flotando sobre el mar, de cara al cielo azul, como disfrutando de un merecido descanso después de su proeza, y cuando vio que los agotados españoles habían subido el bote y abordado nuevamente el Santa Águeda, dio unas cuantas brazadas hacia tierra, se dejó levantar por el oleaje, irguiéndose lo más que pudo, y con un brazo en alto, viendo alternadamente a sus compañeros y a los barcos, rompió el extraño silencio que reinaba en el ambiente, y gritó con toda su fuerza: *¡Belén!, ¡Belén!, ¡Belén!*. Desde el "Santa Águeda"y el "Trinidad", los marineros vieron entonces cómo los amigos del indígena remaban rápidamente hacia él, y cuando uno de los botes de cañas estuvo a su alcance, ágilmente subió, prácticamente sin ayuda, y calmadamente remaron todos hacia tierra.

De nada valió que los españoles, con gritos desesperados, invitaran a los indios para que se detuvieran y se acercaran a los barcos, y que les mostraran, a manera de ofrecimiento, diversos objetos para obsequiárselos.

El contacto se estaba perdiendo. Ulloa preguntó al intérprete guaycura que venía en el barco si sabía el significado de la palabra "Belén", pero el término era desconocido por el indio sureño, aunque en el diario del navegante se considera que la exclamación era quizá

[46] Ulloa, op.cit., p. 24.

una solicitud de ayuda del indio a sus compañeros. El capitán español dirigió, por última vez, una profunda mirada a los indios que ya habían llegado a la playa; moviendo la cabeza, esbozó una sonrisa y, obedeciendo a un impulso, levantó sus brazos y los agitó en señal de despedida; luego, ordenó a su piloto que se prepararan para zarpar rumbo al sureste, acción que se demoraría por falta de viento. Había que seguir navegando y dar cumplimiento a las órdenes de Cortés; Ulloa no imaginó en ese extraño momento de paz que sólo le quedaban unos días de vida.

Sobre la apariencia de los nativos, Ulloa hizo la siguiente descripción: *…él y los otros a quienes este día vimos en las balsas y en tierra, ocho o diez hombres, era gente desnuda de buena apariencia. Su cabello arreglado de dos o tres dedos de largo. En total tenían dos o tres arcos con flechas. Las balsas de cañas en las que vinieron eran más grandes que la primera que describí antes, pero de la misma hechura y estilo*[47]*. Remaban con la misma clase de palitos y remos. Este día permanecimos en las cercanías, porque no teníamos el viento para proceder. Los indios caminaban en la playa. Nos hicieron una señal de humo y una lumbrada en la noche*[48].

Aquella noche, cuando los indígenas regresaron a su ranchería y contaron a sus familiares y amigos lo acontecido, el anciano principal de la tribu quizá ordenó que se tatemaran suficientes cabezas de mezcal en los pozos ya destinados para ese fin, y que se danzara toda la noche, mientras que los viejos fumarían sus pipas y comentarían aquel extraño encuentro de representantes de dos culturas tan distintas.



Arriba, embarcaciones semejantes a éstas, aunque más pequeñas, formaron la flotilla de Francisco de Ulloa cuando hizo su viaje alrededor de la península de Baja California en 1539. (Cort. Museo Naval de Madrid).

¿Qué quiso decir el indio cochimí con aquel grito, que parecía surgir no de su pecho, sino de las dunas de arena que se continuaban en la playa, o del viento y de las montañas lejanas?

Algunos españoles pensaron que la palabra era un requerimiento de ayuda para regresar a tierra; varios creyeron que se trataba de un insulto; otros, que se trataba de una

[47] Las “balsas” de los indios californios eran casi iguales en toda las costas de la península y aun de la Alta California: unos tres ases de cañas de tule bien amarrados entre sí con cordeles retorcidos de agave (ver ilustraciones de p. 20).
[48] Ibíd., p. 25.

despedida, o quizá una exclamación indicadora de triunfo que el jefe californio dirigía a sus compañeros. El significado nunca se sabrá, pero Francisco de Ulloa, impresionado, quiso perpetuar aquel hecho bautizando ese estrecho canal del Mar de Cortés, que está entre la isla de San Marcos y tierra firme como Paso de Belén, nombre que aun suele encontrarse en algunos mapas, pero que debería ser constante en la toponimia californiana.

El final del capitán Francisco de Ulloa se desconoce. Se sabe que, después de reabastecerse en Santa Cruz, o La Paz, los barcos siguieron su viaje y llegaron a isla de Cedros, antes Cerros, de la cual tomó posesión el 20 de enero de 1540. Desde este lugar, envió los valiosos informes sobre sus descubrimientos a Hernán Cortés, y poniendo en riesgo su propia seguridad, con el fin de aumentar la posibilidad de que el relato del viaje llegara a su destino, mandó a su piloto Francisco Preciado en el "Santa Águeda", el barco más grande y seguro, y él continuó en el "Trinidad" hacia el norte.

Lo que sucedió después nunca se sabrá con certeza, pero la mayor parte de los historiadores señalan que el "Trinidad" debe haber naufragado y perecido toda la tripulación, incluyendo Ulloa[49]. Otras versiones[50] dicen que Ulloa sí volvió a la Nueva España pero que murió asesinado por uno de sus marineros en la costa de Nueva Galicia. Por otra parte, se sabe que Cortés, en un interrogatorio que le hicieron las autoridades españolas en 1543, al investigar el paradero de la hija de uno de sus pilotos, les dijo que le preguntaran a Ulloa, pues él se había llevado a la muchacha, lo que significa que el conquistador, en ese tiempo, cuando menos debe haber tenido la idea de que Ulloa se encontraba vivo, lo que no excluye la posibilidad de que ignorara los hechos sobre el hundimiento del "Trinidad", aunque ya habían transcurrido tres años. Esto último quizá es lo más probable, tomando en cuenta que las noticias procedentes de América tardaban en ocasiones años en difundirse en Europa.

Respecto al indio cochimí que no mostró temor ante los marineros españoles, nunca se sabrá cuál fue su final. Sin embargo, si se toma en cuenta que entre los antiguos californios los eventos que salían de lo ordinario, o los hechos que incidían con fuerza en su vida, como la caza y la pesca, las guerras, o la existencia de los animales que eran respetados y temidos, se representaban en danzas-escenificaciones, o se perpetuaban en la memoria de la tribu por medio de relatos de padres a hijos, es casi seguro que, por generaciones, los adultos de aquellos grupos seminómadas del centro y noreste peninsular, al término de sus constantes, diarias peregrinaciones por las costas y desiertos de Baja California en busca de agua y alimentos, cuando al oscurecer podían reposar sentados alrededor de una fogata, debieron haber narrado con orgullo, la historia fantástica de su ancestro, que al toparse con hombres tan extraños que parecían venir de otro mundo, los encaró sin temor y no permitió que lo capturaran. Por esa razón, en su primitiva mitología probablemente lo elevaron al rango de héroe inmortal.

---

[49] Si acaso el "Trinidad" naufragó o se varó en la costa peninsular a la altura o al norte de Isla de Cedros, la muerte de todos los tripulantes debe haber sido un hecho, tomando en consideración lo desértico de esa zona y la falta de agua.
[50] Bernal Díaz del Castillo.

Notas finales

Los hechos de este relato son históricos y corresponden a la narración que el capitán Francisco de Ulloa hace en su diario, excepto el contenido de dos párrafos: el que se refiere a hipotéticos corredores que informaron a las rancherías del sur sobre la presencia de las embarcaciones españolas y sus marineros, y en donde se habla de la fiesta con danzas y mezcal tatemado que se llevó a cabo en la ranchería de los indios.

Sin embargo, aun con el rango de hipótesis, lo dicho antes tiene una base real si se considera que el sistema de comunicación empleando corredores de relevo fue practicado por los antiguos californios, lo cual comprobaron diversos navegantes que al tocar la costa occidental de la península, fueron informados de acontecimientos ocurridos a cientos de kilómetros tierra adentro, por mensajeros que habían recibido la información de otros corredores.

Respecto al mezcal tatemado y las danzas que duraban toda la noche, hay que señalar que los californios utilizaron las cabezas de mezcal, cocidas durante muchas horas en hoyos, en los que ponían piedras y leños ardiendo, de lo que resultaba un alimento no alcohólico de muy agradable sabor, según lo dicho por los propios misioneros jesuitas, y que todavía se usa como sabrosa comida en muchas partes del país; también fumaban un tabaco silvestre, aunque lo hacían sólo en ocasiones especiales, y la danza, aunque monótona en su ritmo y cánticos con que la acompañaban, según lo dicho por Baegert, era práctica frecuente en las fiestas que frecuentemente y por diversos motivos organizaban.

Se ha debatido con frecuencia sobre lo que significaron los primeros contactos entre los europeos y los aborígenes americanos prehispánicos, así como las consecuencias de los encuentros posteriores. Quizá sí sea justo llamar a aquellos encuentros “choque de dos culturas”, “guerras de conquista o de dominio”, “la conquista de la Cruz”, o “fusión de razas”, y es que el ánimo de los europeos que llegaron a América no siempre fue pacifista, sino que buscó en una u otra forma la dominación de los aborígenes y la imposición de su cultura por las buenas o por las malas.

Pero cualesquiera que sean las interpretaciones que se hagan de estos encuentros y aunque los desenlaces no siempre fueron pacíficos y felices, cuando ocasionalmente, en igualdad de condiciones y por breve tiempo se llegaron a ver por primera vez frente a frente españoles e indios, debieron suceder cosas semejantes a las que se han mencionado en este relato, cuya síntesis podría ser la siguiente: los seres humanos que han poblado la tierra desde los tiempos más antiguos, por muy diversos que sean su desarrollo cultural, costumbres y lenguajes, independientemente de las guerras y conquistas de los pueblos, se han podido comunicar en lo particular unos con otros por medio del idioma universal de los sentimientos y las emociones, y aunque las palabras empleadas sean ininteligibles, la mirada, la actitud y el gesto, han sido suficientes para decir al interlocutor: “Tú y yo somos seres humanos, somos microcosmos del mismo universo sólo con diferencias de forma, porque nuestra esencia es la misma, en ella somos iguales, sigamos nuestro camino en paz.”

II

Jatñil y las rebeliones indígenas de La Frontera

Introducción

Por la mañana de un día de agosto de 1839, después de desayunar unas tortillas de harina con queso y café, dos vaqueros del rancho Ti-Juan[51] de don Santiago Argüello se encontraban bajo una enramada pegada a un corral improvisado, a unos doscientos metros de la casa grande, dispuestos a montar nuevamente sus caballos que estaban amarrados muy cerca del arroyo, con la intención de seguir campeando en busca de algunos becerros que no habían regresado desde el día anterior. Ya el sol se despegaba del horizonte, se les había hecho tarde buscando los animales entre las montosas colinas que había al noreste del rancho, así es que después de apagar las últimas brasas del fuego en que habían calentado su frugal almuerzo, se disponían a seguir la búsqueda cuando oyeron, junto con los acostumbrados bramidos de las vacas llamando a sus crías y el ruido que hacían algunas codornices que alzaban el vuelo, otros sonidos provenientes del rancho, que les causaron extrañeza por saber que en esos días el lugar estaba deshabitado. La casa del capitán Argüello no se distinguía bien por el fuerte contraste del sol que despuntaba y las sombras que proyectaban las lomas del oriente ocultando la luz directa del sol, cuando los vaqueros vieron de pronto que los corrales y cobertizos estaban ardiendo, al mismo tiempo que escucharon los gritos de guerra de un numeroso grupo de indios, tal vez 300, que aparentemente se disponían a asaltar la casa.

Los peones de Ti-Juan y demás ranchos vecinos, sabían de lo que eran capaces los guerreros kumiay cuando se alzaban contra la gente de razón, unidos con los yumas del río Colorado, por lo que haciendo el menor ruido posible, bajaron sigilosamente hasta donde estaban los caballos, ensillaron rápidamente, y salieron a toda carrera, disparados por la vereda que subía a Otay, hacia el norte, tratando de situarse lo más lejos que se pudiera de aquel peligroso escenario.

En la casa del Rancho de Otay perteneciente a don José Antonio Estudillo[52], muy cerca de la actual frontera con Tijuana y al norte del lugar en que se desarrollaban los hechos que se acaban de narrar, se encontraba el europeo nacionalizado mexicano Agustín Janssens[53] acompañado sólo por el indio Antonio, mientras en el campo, algunos peones a caballo se disponían a sacar de los trigales casi maduros, algunas reses que pisoteaban la siembra. Entrando apenas la tarde, los dos hombres oyeron el ruido de jinetes que se aproximaban, y al asomarse, vieron por el cañón sobre el camino que venía de Ti-Juan, los dos jinetes que a toda carrera, llegaron hasta las puertas de la casa en donde se detuvieron, y sin apearse de los sudorosos caballos relataron a Janssens, sin preámbulos, cómo los indios alzados habían quemado los corrales y pastura del rancho de don Santiago[54].

[51] Es muy probable que de Ti-Juan, palabra kumiay, se derivó Tía Juana, y finalmente Tijuana. Se han propuesto diversos significados para el nombre original, pero no se encuentran debidamente documentados.

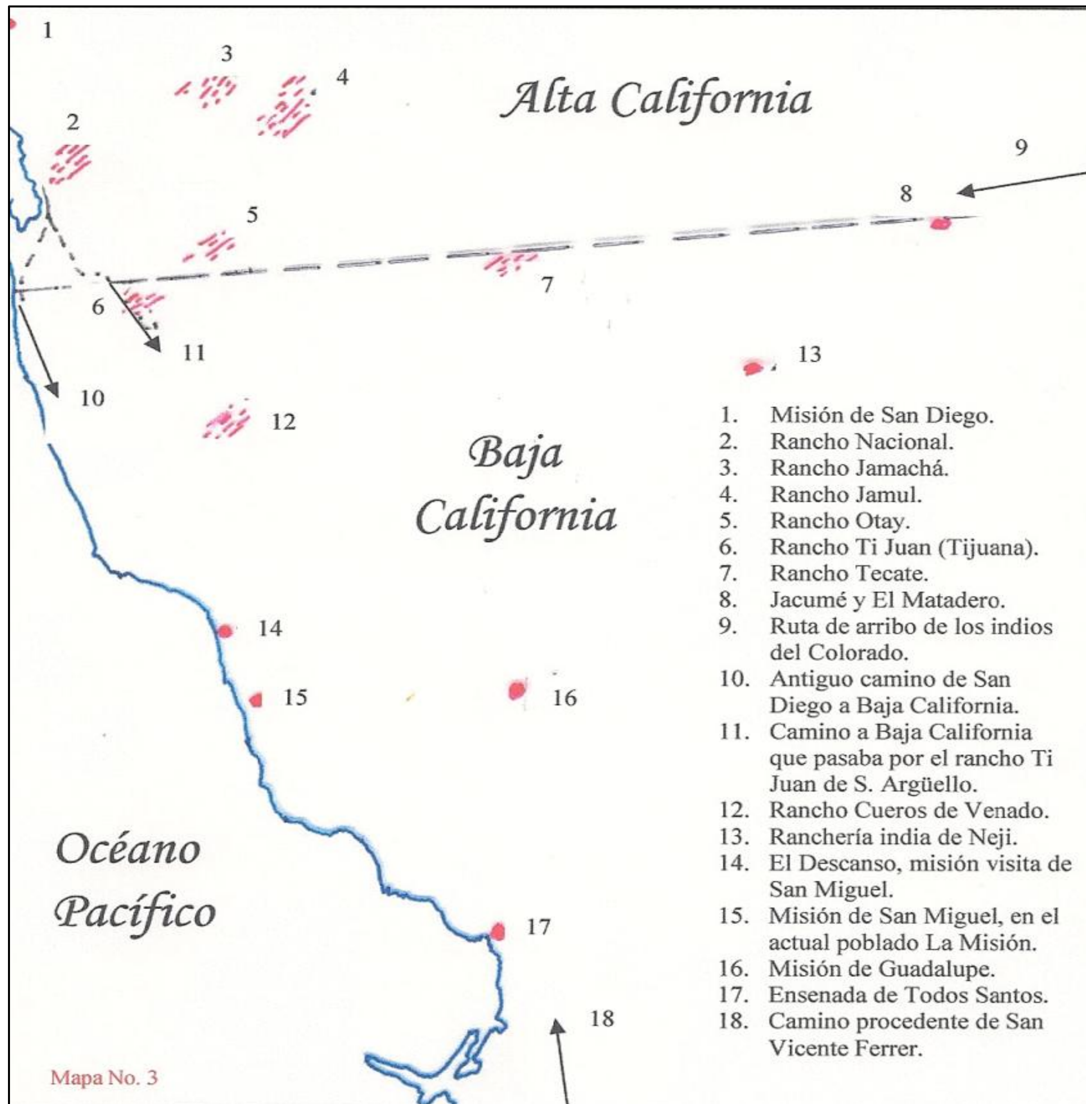
[52] José Antonio Estudillo nació en 1805 en Monterrey, el gobierno le entregó en concesión las tierras de los ranchos Otay y Temécula, en 1829 y 1835, respectivamente. Murió en 1852.

[53] Agustín Janssens nació en Bruselas, Bélgica en 1817. Por razones políticas su padre emigró a México invitado por el General Mariano Michelena a fines de 1825. Tomado de *The Life and Adventures in California of Don Agustín Jansens, 1834-1856.* Edit. Por William H. Ellison y Francis Price, p. xi.

[54] Los corrales se hacían con palos del monte muy juntos uno del otro, lo que hace verosímil la descripción que hace Janssens de *corrales ardiendo,* aunque lo que inicialmente deben haber incendiado los indios fue la pastura que se guardaba protegida por cobertizos anexos a los corrales.

Janssens comprendió que había que actuar de inmediato para prevenir y ayudar a las familias que se hallaban muy cerca de allí, sobre todo al noroeste en el Rancho Nacional, así es que pidió a los dos hombres que le ensillaran su caballo que estaba en la huerta para irse con ellos. Sin embargo, cuando los vaqueros apenas desmontaban para cumplir la orden de Agustín, vieron en lo alto de la loma que estaba atrás de la casa a muchos indios que ya habían llegado, por lo que prefirieron huir a toda prisa con rumbo a San Diego. Janssens y su compañero el indio Antonio comprendieron lo que sucedía, y alcanzaron a ver por una ventana a los vaqueros que pronto se perdieron entre el monte, por lo que de inmediato prepararon las armas que siempre tenían en el rancho, y se aprestaron a defenderse. Casi en ese momento ambos oyeron los alaridos de los nativos insurrectos que habían rodeado la casa y disparaban flechas al aire, al tiempo que algunos golpearon la

Mapa con algunos ranchos de La Frontera y la Alta California que fueron atacados por los indios kumiay y algunos del río Colorado, de 1836 a 1838. La ubicación de los ranchos se tomó de mapas modernos, así como los de Andrew B. Gray, de 1850. También se emplearon datos que aparecen en las pp. 137 y 144 del libro del Ing. Antonio Padilla Corona "Inicios Urbanos del Norte de Baja California"



puerta con la intención de derribarla. Janssens sabía que la única forma de calmar las intenciones belicosas de aquellos hombres era mostrar serenidad y confianza ante ellos; ya conocía a Martín, Cartucho y Pedro Pablo, los tres jefes guerreros que habían logrado el alzamiento de cientos de nativos en contra de la "gente de razón", como se llamaban en aquel tiempo a los descendientes de europeos y mestizos, y sus relaciones con ellos habían sido relativamente cordiales.

Por sus ocupaciones políticas y de comercio, sobre todo en la compra venta de caballada, Jansens había aprendido en su trato con los indios, que lo que éstos más despreciaban en los blancos eran la cobardía y la falsedad de sus palabras. En el apuro en que se encontraba, sin tener mejor alternativa, abrió la puerta y vio frente a él a los tres jefes mencionados acompañados por un indio gileño[55] muy alto, que no quiso entrar a la casa. Los nativos preguntaron a Janssens por el paradero de Juanito Alvarado y Andrés Fontes,[56] a lo que el ranchero les dijo que sí habían estado en la casa, pero que poco antes se habían ido. Cuando Cartucho le peguntó la razón por la que no había escapado junto con los demás, contestó que habiendo sido siempre su amigo, no temía por su vida, además, deseaba obsequiarles algunas reses para que las mataran y todo el trigo que quisieran para hacer pinole[57]. Por otra parte, las chozas de los trabajadores estaban casi todas desocupadas, por lo que podían quedarse allí mientras descansaban.

Durante el tiempo que duró esta conversación, los indios rebeldes habían encerrado en el corral toda la caballada de Janssens, y su actitud seguía siendo amenazante. Fue entonces que el jefe Martín dijo al ranchero: "No te preocupes, tu vida será respetada y tus caballos no serán tocados, pero debes quedarte aquí y no mandar por nadie mientras permanecemos en el rancho." Agustín, después de reiterar su amistad a los tres jefes, fingió aceptar de buen grado las órdenes recibidas y los nativos salieron.

La tropa de indios alzados estaba formada por guerreros del Gila y del Colorado, así como por los de la sierra Jacumé; usaban el pelo casi hasta los hombros; su diversa vestimenta, si es que portaban alguna, le daba al conjunto un aspecto abigarrado, algunos de los insurrectos andaban casi desnudos, muchos usaban trozos rectangulares de lienzo a manera de taparrabo, y otros se cubrían con un pantalón de manta hasta las rodillas, casi todos iban sin camisa, y ocasionalmente usaban un rudimentario calzado, mientras que en sus rostros y cuerpos se apreciaban líneas de pintura generalmente de color rojo, negro y blanco, sus armas eran el arco, flechas, piedras, escudos de piel[58] y palos o mazos para golpear a sus enemigos[59]; los jefes y algunos de los guerreros iban montados a caballo, pero la mayoría se desplazaba a pie.

---

[55] Los gileños eran indios yumas o parientes cercanos de ellos que vivían cerca del río Gila, afluente del Colorado.

[56] Juanito Alvarado y Andrés Fontes eran gente de Sonora radicados en San Diego que debieron haber tenido algún pendiente con los jefes rebeldes Martín, Cartucho y Pedro Pablo. The life and adventures in California of Don Agustín Janssens, 1834-1856. Edit. William H. Ellison y F. Price. Huntington Library, 1953, p. 97.

[57] El pinole de trigo aun se hace moliendo el grano tostado de trigo, que puede endulzarse con piloncillo y tomarse con leche o agua.

[58] Pablo L. Martínez, Historia de la Alta California, pp. 95-96.

[59] Esta descripción de los indios rebeldes corresponde a la que han hecho diversos escritores norteamericanos del siglo XIX, y a las imágenes de pintores y después de fotógrafos que se hicieron de los aborígenes, especialmente del Colorado.

Acababan de ganar una batalla a una tribu del desierto, por lo que esa noche realizarían una "danza de las cabelleras"[60], con los cueros cabelludos de sus víctimas que traían como trofeos desde el gran río. Entrada la noche, Janssens se acercó al campamento de los indios, vio cómo iniciaban la danza y se regresó a la casa con el indio José Antonio. Su preocupación era que doña Victoria, esposa del señor Estudillo, se hallaba con algunas mujeres de la familia en el rancho Nacional[61], por lo que decidió mandar a José Antonio para advertirles del peligro y se fueran de inmediato a San Diego. El nativo estaba muy asustado y se negó terminantemente a salir de la casa, por lo que Agustín no tuvo más remedio que ir él, salió quedamente, ensilló su caballo y se alejó, primero al paso, y luego galopando rumbo al rancho Nacional.

Como suele suceder en los meses veraniegos en el noroeste de Baja California y en el área de San Diego, esa noche había una cerrada niebla que impedía la vista a unos pasos de distancia, lo que al principio dio mayor confianza a Janssens porque así disminuían las probabilidades de que lo descubrieran los alzados, aunque después estuvo a punto de perder la vereda al rancho Nacional. Éste se hallaba a unos 15 kilómetros de distancia, por lo que en poco tiempo llegó a su destino; allí encontró a doña Victoria y a las demás mujeres tratando de esconderse en un sauzal espeso que había cerca del arroyo, ya que en su huida, a su paso por el rancho, los dos vaqueros de don Santiago Argüello les habían avisado sobre la presencia de los indios, que seguramente vendrían en esa dirección.

Algo reconfortadas con la momentánea presencia de Agustín, las mujeres, escuchando su consejo, se prepararon para irse de inmediato a San Diego, ya con cierta tranquilidad, al saber que los nativos insurrectos se ocuparían el resto de esa noche en la danza de las cabelleras.

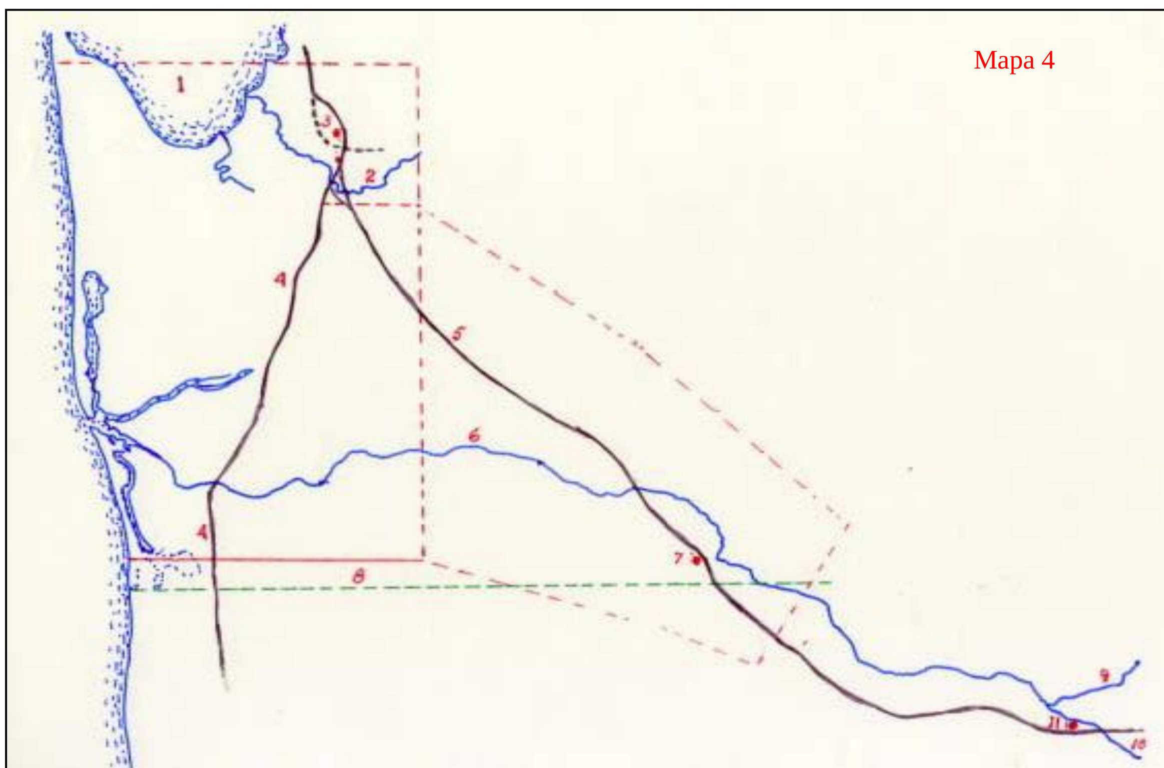
Cumplido su propósito, Janssens regresó rápidamente al rancho de Otay y penetró sigilosamente a la casa, al poco tiempo amaneció y los indios, terminada su danza, pasaron casi todo el día durmiendo excepto los centinelas que permanecieron vigilantes. Por la tarde, unos 50 indios apartaron algunos de los mejores potros del corral, montaron y partieron a explorar hacia los ranchos cercanos, cuando regresaron otros los relevaron y volvieron a salir, como si buscaran o esperaran a alguien[62].

---

[60] Aunque las "Danzas de las Cabelleras" fueron practicadas generalmente por los indios de las llanuras meridionales de los Estados Unidos, es posible que Janssens haya dicho la verdad al señalar que se llevó a cabo una de esas danzas por los indios de filiación kumiay procedentes de Jacumé, en el rancho de Otay, pegado casi a la actual frontera con México, pues los indios de la sierra mencionada siempre tuvieron contacto con los del desierto del Colorado, que a su vez eran influenciados por los nativos que se ubicaban más al oriente, en donde las referidas danzas eran frecuentes. El motivo para llevarlas a cabo era el triunfo en alguna confrontación guerrera, los vencedores cortaban los cueros cabelludos de sus enemigos muertos y se los llevaban como trofeos a su ranchería. La danza era una serie de saltos y cánticos a gritos, monótona por la repetición de los movimientos, que duraba toda la noche generalmente en derredor de una hoguera, y rodeados los guerreros que bailaban por toda la tribu. Los danzantes llevaban sus armas acostumbradas en sus manos, y los cueros cabelludos eran frecuentemente ensartados en la punta de palos largos y agitados como trofeos. Los indios sioux y otros habitantes de las llanuras empleaban tamboriles de cuero y madera, y cuernos de borrego atados a un palo con los que hacían un sonido rítmico. [Descripción con datos de Lewis y Clark, 26 de Sept. 1804]. Don Pablo L. Martínez, en su Historia de la Alta California, p. 95, señala que estas danzas sí eran practicadas por los indios del sur de la Alta California.

[61] El rancho Nacional se ubicaba muy cerca de lo que hoy es National City, California.

[62] No se sabe con certeza el propósito de los movimientos de exploración que realizaron los sublevados por los alrededores, aunque es probable que buscaran ranchos abandonados para saquearlos, al mismo tiempo que se mantenían vigilantes por si se aproximara alguna tropa de la gente de razón.



Dibujo elaborado con datos de los mapas de Andrew B. Gray (1849) y Charles H. Poole (1854), así como de informaciones que aparecen en "Inicios Urbanos del Norte de Baja California, 1821, 1906", del Arquitecto Antonio Padilla Corona.

1Bahía de San Diego. 2 Río Otay. 3 Casa de Santiago Emigdio Argüello. 4 y 5 Caminos a Baja California. 6 Río Tijuana. 7 Ruinas de una casa del rancho de Argüello en la actual línea fronteriza. 8 Dirección aproximada de la frontera, por lo cual el punto 7 aparece indebidamente al norte de ella. 9 Río Alamar. 10 Río Las Palmas. 11 Una de las casas del Rancho Ti-Juan o Tía Juana de don Santiago Argüello.

Aunque las líneas rojas delimitan el rancho Melijó , y al sureste del polígono que forman esas líneas estaría el rancho Ti Juan, lo más probable es que éste se haya confundido prácticamente Con Melijo hacia el oeste.

Mientras tanto, Agustín habló con Pedro Pablo, el que hablaba mejor español de los tres jefes, y le expresó su deseo de que los nativos se llevaran el trigo y le ayudaran a limpiar el maizal, así se hizo y el ambiente se tranquilizó notablemente. Al poco tiempo, lo rebeldes se retiraron del rancho sin haber hecho ningún destrozo, se llevaron algunos costales de trigo y maíz, y tiempo después, Janssens pudo continuar sus actividades políticas y de intercambio comercial en que se ocupaba. En realidad, este era uno de muchos ataques que los indios kumiay, unidos a veces con los del río Colorado, habían realizado desde 1836 sobre los ranchos del norte de La Frontera y el sur de la Alta California, así como algunas misiones dominicas[63], cometiendo asesinatos, incendiando las casas y hasta secuestrando

[63] Guadalupe fue destruida en 1839, y Santa Catarina en 1840, por indios kumiay y del Colorado.

PATRIARCAS DE LA FAMILIA ARGÜELLO, EJEMPLO DE LA "GENTE DE RAZÓN"

A la derecha, Santiago Argüello, hijo de don José Darío Argüello[64], nació en Monterrey, Alta California, en 1791, ocupó diversos cargos algunos de los cuales fueron pagador, teniente y después comandante de la guarnición de San Diego; alcalde del poblado en 1830 y recaudador de rentas. Posiblemente ayudó a los norteamericanos en la guerra con México al facilitarles su casa como cuartel, y en 1847 llegó a ser miembro del consejo legislativo de la ciudad. Aparte de la concesión del rancho Ti-Juan o Tía Juana efectuada en 1829, recibió en 1841 El Trabujo, y en 1846 tierras de la misión de San Diego, murió el 9 de noviembre de 1862 en su rancho Ti-Juan.



Santiago Argüello, **(**Cort. ***The Journal of San Diego History)***

Casado con doña Pilar Ortega tuvo 22 hijos, uno de los cuales fue Santiago Emigdio, cuya imagen aparece abajo. Éste nació el 18 de agosto de 1813 y también ocupó diversos cargos en la administración pública de San Diego. Al igual que su padre y otros muchos californios de la época, se benefició con concesiones de tierras después de la secularización de las misiones; logró posesiones en San Juan Capistrano y tuvo a su cargo los ranchos de San Antonio Abad y Otay; además, se le concedió el rancho Melijó o Milijó, que colindaba y se confundía al este-sureste con el predio Ti-Juan de su padre. Se casó con Guadalupe Estudillo, hija de don José Antonio Estudillo, y su hijo Francisco fijó su residencia en Tijuana. Santiago Emigdió murió el 20 de octubre de 1857 en su rancho La Punta, muy cerca de la bahía de San Diego. Toda la descendencia Argüello se derivó del matrimonio formado por José Darío Argüello y doña Ygnacia Lugo, quienes en 1781 venían a California en el contingente que encabezaba el Capitán Fernando Javier de Rivera y Moncada procedente de Sonora; el matrimonio fue afortunado al ser parte del grupo de personas que fueron enviadas a California por el Capitán Rivera, y conducidas a salvo por el Sargento Robles hasta su destino en la misión de San Gabriel, ya que quienes permanecieron en el Colorado murieron en la llamada masacre de los yumas en julio de 1781, incluyendo al capitán Fernando Javier de Rivera y Moncada.[65]



Santiago Emigdio Argüello
(Cort. de ***The Journal of San Diego History)***

[64] José Darío Argüello nació en Querétaro en 1753, sirvió en el Regimiento de Dragones de México, a los seis años fue sargento en la Compañía Presidial de Altar, Sonora, y a los dos años y medio ascendió al grado de alférez en el grupo que iría a California conducido por el capitán Rivera y Moncada. Argüello escapó de la masacre de los yumas en 1781 en el paso del Colorado porque se le ordenó adelantarse a San Gabriel, y no se encontraba allí al ocurrir el ataque de los yumas a las misiones de San Pedro y San Pablo Bicuñer y La Purísima Concepción. Después de servir en diversos cargos, llegó a ser gobernador de la Alta California. En 1815 se le nombró gobernador de Baja California, puesto que ocupó hasta 1822. Murió en Guadalajara en 1828 a los 75 años de edad. (Bancroft, The History of California, Vol. II, pp. 358-360).

[65] Los indios yumas del río Colorado habían sido aliados de los españoles por algunos años, principalmente debido a la amistad de su jefe Palma con el padre Francisco Garcés y el capitán Juan Bautista Anza. Sin embargo, en julio de 1781 se rebelaron contra los colonos y los misioneros de San Pedro y San Pablo Bicuñer y La Purísima Concepción de María

mujeres.

Que lo anterior sirva como introducción al siguiente relato que se refiere a esa etapa histórica, especialmente a las acciones de los indios Martín, Cartucho y Pedro Pablo, que por 3 años tuvieron en jaque a los ranchos de toda la región, y las de aquellos pocos hombres que los combatieron, como fue el caso de Macedonio González, que tenía a su cargo la Compañía Presidial de Loreto, radicada en San Vicente Ferrer, Baja California, y Jatiñil o Jatñil, cuya intervención en aquellas contiendas llegó a ser decisiva[66].



Cort. de la National Gallery of Art

"Danza sioux de las cabelleras", obra del norteamericano George Catlin. En una carta que se publicó en 1844, el pintor escribió lo siguiente: ....La danza de las cabelleras se da como una celebración de victoria, y según lo que aprendí al vivir con ellos, se baila en la noche, a la luz de sus antorchas... Aunque los sioux vivieron muy al oeste de California, la pintura da una idea del baile ceremonial que llevaron a cabo los jacumeños kumiay. El historiador Pablo L. Martínez afirma en su obra "Historia de la Alta California" que los indios diegueños de filiación kumiay, y debe inferirse que con más razón los de Jacumé, sí practicaban este baile ceremonial .

Santísima, ambas misiones muy cerca de Yuma, Arizona, Mataron a todos los hombres y secuestraron a mujeres y niños, por los cuales se tuvo que pagar rescate.

[66] Parte de lo relatado se apoya en las informaciones de Agustín Janssens que aparecen en su libro citado antes.

El contexto social y político en las Californias

El 7 de abril de 1772, cuatro años después de que los jesuitas salieron de Baja California, se firmó un concordato entre los representantes de las órdenes de los misioneros franciscanos y dominicos, por el cual éstos recibieron poco después las empobrecidas misiones peninsulares, mientras que los fernandinos[67] se trasladaban a la Nueva o Alta California, en donde llegaron a fundar 21 establecimientos que hasta ahora se conservan. Los dominicos no se conformaron con las reducciones del sur, sino que dirigieron su vista hacia el norte, y a pesar de la escasa ayuda del gobierno virreinal llegaron a plantar 9 misiones en el noroeste de Baja California, en la región que se llamó La Frontera, desde El Rosario hasta la región de Rosarito, incluyendo las dos misiones de la sierra, San Pedro Mártir de Verona y Santa Catarina.

En aquella época, de 1773 a mediados del siglo XIX, la vida de los indios kumiay, pai pai y kiliwas que habitaban La Frontera, no fue muy diferente a la que llevaban sus hermanos de raza en la Alta California con los franciscanos. Autores hay, como Bancroft, que han resaltado la severidad en el trato que los religiosos daban a los indios, a quienes llegaron a utilizar casi como esclavos. En apoyo a esa opinión están los testimonios de visitantes europeos a las misiones de la Alta California[68], y los relatos que indios como Janitín hicieron a don Manuel Clemente Rojo, sobre los abusos que los soldados y el mismo padre Félix Caballero llegaron a cometer en su contra.

Sin embargo, también deben reconocerse las acciones que los misioneros hicieron a favor de los indios, muchas veces con riesgo de sus vidas y siempre alejados de las comodidades de sus conventos en México, desde enseñarles oficios y artes diversas, hasta curarlos y atenderlos en sus enfermedades. Además, los padres dominicos de los cuales Félix Caballero es el mejor ejemplo, mostraron siempre una gran capacidad administrativa, sus misiones tuvieron épocas de autosuficiencia y hasta de cierta bonanza, y algunos hicieron o promovieron exploraciones que mucho sirvieron para el establecimiento de caminos, ranchos y poblados[69].

Después de 1821, al terminar la guerra de independencia, la situación de las reducciones peninsulares no tuvo cambios importantes, y aunque desde el 17 de agosto de 1833 don Valentín Gómez Farías decretó la secularización de las misiones de Baja California, la medida no se llevó a la práctica, quizá porque el gobierno no podía ejercer cabalmente su autoridad en la lejana provincia, y reconocía la difícil acción civilizadora que llevaban a cabo los misioneros[70].

---

[67] Los misioneros franciscanos también se denominaban “fernandinos”, por el Colegio de San Fernando en el que residían en la ciudad de México.

[68] El francés Auguste Bernard Duhaut-Cilly en 1827-1828 y antes el inglés George Vancouver en 1792 fueron dos de estos visitantes. También el navegante Jean-Francois de Galoup Comte de La Perouse, tocó California en 1786 y en el capítulo XI de la obra que dejó escrita hace una severa crítica de las condiciones en que vivían los indios de las misiones de la Alta California.

[69] Félix Caballero viajó en 1823 hacia el Colorado con la intención de establecer una ruta de Sonora a Baja California, y casi lo logró. Llegó en junio a Tucson, pero una banda de indios asaltó su comitiva y perdió su ropa y equipo. (Más adelante esta nota se repite ampliada).

[70] La mayor parte de los testimonios y relatos de misioneros, gobernantes y visitantes europeos a las Californias que conocieron en su inicio el efecto de la secularización de las misiones decretada por el nuevo gobierno, resaltan las

En la Alta California, mientras tanto, las constantes confrontaciones de diversas facciones políticas agobiaban a la población, unas veces como reflejo de lo que ocurría en el interior del país, y otras obedeciendo a causas locales, como las que generaban los colonos norteamericanos, muchos de los cuales, aunque con la ciudadanía mexicana obtenida sólo por conveniencia[71], mantenían fuertes lazos con su nación de origen. A fines de 1836, Juan Bautista Alvarado encabezó un movimiento separatista que pretendía independizar a la Alta California del supremo gobierno de México, y aunque tuvo el apoyo decidido del norte de la provincia, los líderes que representaban a la población de Los Ángeles hacia el sur, en lo general, mantuvieron una posición de fidelidad a la nación.

Algunas de las destacadas familias de Alta California que se opusieron al movimiento secesionista de Alvarado fueron Argüello, Osuna y Estudillo, pero además, entre los patriotas fieles al gobierno central estaba un ciudadano mexicano de origen europeo[72] llamado Agustín Janssens, que además de participar en la política, se dedicaba a la agricultura y al intercambio comercial, sobre todo de caballos y ganado.

Jansens y otros hombres que no estaban de acuerdo con Alvarado decidieron trasladarse a la misión de El Descanso[73], en lo que hoy es el ejido Primo Tapia, en Playas de Rosarito, Baja California, pensando que allí podrían establecer una base de operaciones, viajar con más facilidad a la ciudad de México, o encontrar más adeptos a su causa para hacer frente a los intentos separatistas de los californianos norteños.

Un afamado guerrero kumiay de nombre Jatñil o Jatiñil, "El Perro Negro"[74], que supo ser amigo de los blancos pero también temido por todos, tendría en 1836 entre 24 y 30 años de edad, estaba en su plenitud física, y representaba a todas las rancherías desde la Mesa Redonda del actual Rosarito, hasta Jacumé y La Rumorosa, en el extremo norte de la Sierra de Juárez, en Baja California.

Jatñil colaboró con los soldados mexicanos cuando en varias ocasiones, tuvieron que sofocar brotes de descontento entre los indios que se manifestaron en ataques u hostigamiento a las misiones. Pero además de lo dicho, heredero de las tradiciones y enseñanzas de su abuelo y su padre, el líder kumiay había aceptado, sin renunciar a la

---

consecuencias negativas de esa medida, sobre todo en los indios, que supuestamente empeoraron sus condiciones de vida al regresarse a vivir a sus serranías, desatendidos por el gobierno y explotados por la *gente de razón*, sobre todo al perder las pocas tierras que algunos tenían. Un estudio más a fondo de esta situación demuestra que, cuando menos por algún tiempo y en ciertas administraciones, hubo indios que se beneficiaron al recibir tierras del gobierno, aunque fueron muy pocos, o al establecerse de manera independiente en terrenos de la nación.

[71] Los colonos norteamericanos y de otras nacionalidades, con toda facilidad, se hacían ciudadanos mexicanos con el fin de obtener concesiones de tierras, aunque no escondían su deseo de independizar a la provincia y más adelante anexarla a los Estados Unidos.

[72] Víctor Eugene August Janssens, llamado comúnmente Agustín Janssens, nació en 1817 en Bruselas, Bélgica, habiendo sido sus padres Jean Pierre Gabriel Janssens y María Teresa Deheuqueville, nativos de París y Bruselas, respectivamente. En 1825, a los 8 años de edad, Agustín y su familia se embarcaron para México por una invitación del gobierno de este país.

[73] El Descanso era una misión de visita sin misionero residente, ubicada cerca del actual ejido Primo Tapia, que dependía de la misión de San Miguel en lo que hoy es La Misión, por la carretera libre de Tijuana a Ensenada. Las ruinas de El Descanso se encuentran a un lado de la pequeña iglesia que hoy existe en el lugar.

[74] Según el juez Benjamin Hayes, *Jatñil* significa Perro Negro. "Pioneer Notes from the Diaries of Judge Benjamin Hayes. 1849-1875". The McBride Printing Conmpany, 1929, Los Angeles, California; p. 198.

dignidad que caracterizaba a los de su raza, que los misioneros dominicos establecieran sus misiones en la región costera del noroeste de la península, y hasta contribuyó con su gente a levantar el edificio principal de la misión de Guadalupe[75], situada entre lo que hoy es Tecate y Ensenada, así como al trabajo que se requería en la agricultura y ganadería de los ranchos misionales. La verdad es que en el aspecto religioso, Jatñil demostraba más tolerancia y amplitud de criterio que la gente de razón.

Quizá la intervención más importante de Jatñil se dio poco después de que los indios Martín[76], Cartucho y Pedro Pablo, apoyados por un gran número de jacumeños y yumas[77], saquearon e incendiaron varios ranchos de La Frontera y del sur de Alta California, acampándose en las cercanías de San Diego, cuya población estaba prácticamente sitiada.



Fotografía de 1893 de doña Juana Machado, autora de "Los tiempos pasados de la Alta California", una de las pocas fuentes de información para conocer la intervención del alférez Macedonio González para salvar a la población de San Diego de una masacre por parte de los indios. La historia fue narrada por el propio González a doña Juana. (Cort. de San Diego Historical Society).

Los hechos acaecidos entonces, aunque poco conocidos por mencionarse apenas o nada en las obras clásicas de la historia de las Californias, sí fueron referidos por autores que, o participaron en ellos, o escucharon y registraron testimonios de sus protagonistas, como Manuel Clemente Rojo en sus "Apuntes históricos de la Baja California, 1879"[78], Agustín Janssens en "The Life and Adventures in California of Don Agustín Janssens, 1834-1856", Juana Machado Alipás, autora de "Los tiempos pasados de la Alta California", William H. Davis en "Seventy-five years in California", Apolinaria Lorenzana[79] en sus "Memorias", y Vicente Romero, en "Notes of the Past", documentos manuscritos casi todos, otros dictados y algunos impresos, que se encuentran en la Biblioteca Bancroft de Berkeley, California.

[75] La misión de Nuestra Señora de Guadalupe fue fundada por el padre Félix Caballero en 1834. Hoy quedan algunas ruinas de la misión en el Valle de Guadalupe, en la carretera Ensenada-Tecate.
[76] Algunos autores le llaman Martínez.
[77] Los jacumeños eran indios kumiay de la sierra Jacumé, y los yumas del río Colorado.
[78] El manuscrito con los "Apuntes históricos de Baja California con algunos relativos a la Alta California", de don Manuel Clemente Rojo fueron entregados por él a la Biblioteca Bancroft en 1879.
[79] Apolinaria Lorenzana llegó de México a California con un grupo de niños expósitos, ya adulta le apodaron "La Beata" por sus virtudes filantrópicas. Se le concedió el rancho Jamacha en 1840. En 1843, el gobernador Micheltorena le dio el rancho Los Coches.

Tantas aportaciones sobre el tema han dado como resultado discrepancias sobre las fechas, la secuencia de los hechos y el número y nombres de las personas que participaron en los eventos, pero todos coinciden en lo esencial. En este trabajo, cuando se presentan diferencias en los nombres de personas, lugares y fechas, se mencionan los autores respectivos cuando es posible, pero las dos fuentes principales que se han tomado en consideración son los testimonios de Agustín Hanssens y Manuel Clemente Rojo.

Jatñil y Macedonio González, salvadores de San Diego.

El rancho ganadero Cueros de Venado pertenecía a don Juan María Marrón, y estaba cerca del que tenía don Santiago Argüello, cuyo casco se ubicaba cerca de lo que hoy es la escuela preparatoria Lázaro Cárdenas de Tijuana, Baja California. Los dueños, especialmente las mujeres de la familia, poco asistían en el lugar, ya que pasaban la mayor parte del tiempo en San Diego o visitando a vecinos como a Argüello en su rancho Ti-Juan, o José Antonio Estudillo, en Otay, y en el rancho sólo se hallaban de ordinario los sirvientes y vaqueros que cuidaban del ganado[80].

Uno de los criados indios que trabajaba para Marrón apodado "El Cachora", había sido convencido por los líderes kumiay Martín, Cartucho y Pedro Pablo, para que se unieran a una conspiración fraguada contra la gente de razón, que de tener éxito, devolvería a los indios de La Frontera y el sur de Alta California, todas las tierras de que habían sido despojados por blancos y mestizos, llamados "gente de razón".

En realidad, sorprende la astucia y cuidado con que los nativos insurrectos se organizaron para que no se descubriera su plan, en el cual participaban de manera importante, los espías que estaban colocados en las casas de los principales vecinos de San Diego y los ranchos cercanos. Su papel era mantener informados a los cabecillas de la revuelta sobre todo lo que ocurriera, especialmente el movimiento de personas que salieran o llegaran, lugares en que se guardaban las armas, así como las posibilidades de que los de razón tuvieran auxilio procedente del norte. Esto último era difícil y lo sabían los líderes rebeldes, ya que las diferencias políticas entre quienes pretendían independizarse del gobierno mexicano en el norte de California, y los leales a México en el sur, hacían que las relaciones entre las poblaciones de ambas regiones fueran no sólo tensas, sino con frecuencia, de un antagonismo tal que en ocasiones llegaron a convertirse en choques armados, aunque nunca de consecuencias graves.

Los espías de la conjura, todos ellos criados de la mayor confianza de sus amos, eran los siguientes[81]: Juan Antonio, cocinero en la casa de San Diego de don José Antonio Estudillo; Miguel, cocinero en la casa de don Juan Bandini, también en San Diego; Pedro Zacarías y su padre, en el rancho Jesús María; Salvador, en el rancho de Tía Juana o Ti Juan; "Capitancillo", en rancho Santo Domingo; "Cachora", en rancho Cueros de Venado; y otros 4 indios más en San Diego, uno de ellos llamado Carranza.

[80] Todos los testigos que vivieron los hechos que se narran coinciden en señalar que en la casa de los Marrón, en una pequeña elevación del terreno en el rancho Cueros de Venado, estaban cuatro o cinco hombres y ninguna mujer o niños.
[81] Rojo, "Apuntes…", op.cit., pp. 108, 109.

Quizá el error que cometieron los indios alzados, fue subestimar la capacidad de combate que tenían los rancheros de La Frontera y los soldados que formaban la Escolta de la Compañía Presidial de Loreto, que se encontraban acantonados originalmente en San Vicente Ferrer bajo el mando del alférez Macedonio González. En lo que sí acertaron fue en la imposibilidad de que se recibiera en San Diego ayuda militar procedente del norte del estado, por los rencores políticos de que ya se ha hablado.



Cortesía de Yuma County Historical Society

Fotografía tomada en 1873 en la que aparecen seis indios kumiay de Tecate, cuatro varones atrás y dos mujeres al frente. Esta era la etnia más avanzada culturalmente que habitaba la región norte de la península cuando llegaron los españoles. Nativos parecidos a éstos llevaron a cabo los ataques a los ranchos de toda la zona, y manifestaron siempre un carácter indómito.

Un antecedente de lo que se avecinaba ocurrió durante la primavera del año de 1836, cuando los indios insurrectos se lanzaron contra el rancho Cueros de Venado mencionado en renglones anteriores, con la intención de quemarlo y matar a sus ocupantes, y sólo gracias a que la casa se hallaba en un lugar alto, y en su interior se encontraban cuatro o cinco hombres bien armados y municionados, los asaltantes fueron repelidos con la pérdida de algunas vidas, mientras que los hombres del rancho salieron indemnes del ataque. Otro asalto se dio en el valle de El Cajón, en donde los misioneros de San Diego tenían una ordeña en la cual varios trabajadores elaboraban queso. Sabiendo los indios que los ordeñadores y vaqueros no tenían protección alguna, realizaron un ataque del cual resultaron muertos tres nativos cristianos que allí trabajaban.

Sin duda, el más importante ataque hecho por los nativos fue el que se efectuó a fines de 1836 o en abril[82] de 1837 sobre el rancho Jamul, situado a unos 40 kilómetros al sureste de San Diego, al noreste de Otay. El predio era propiedad de don Pío Pico, quien llegó a ser el último gobernador mexicano de la Alta California antes de la invasión de los norteamericanos, y por entonces se encontraba en San Diego ocupado en sus actividades políticas. Sin embargo, sí estaban en la casa la madre de Pío, doña Eustaquia López, y sus hermanas solteras Feliciana, Jacinta e Ysidora; además, se encontraban en el rancho el mayordomo Juan o José Antonio Leiva[83], pariente de doña Eustaquia, su esposa doña María, sus hijos Antonio, Tomasa y María, éstas de 15 y 12 años de edad[84] respectivamente, y el pequeño Claro[85]; un muchacho apellidado Molina, Diego Camacho de Baja California, y según Clemente Rojo un señor de apellido Escolla[86].

Poco después del medio día, doña Eustaquia se hallaba sentada frente a la puerta de la casa, cuando una india que conocía llamada Cesárea, llegó hasta ella, pidiéndole en voz alta una poca de sal, pero cuando la señora ordenó a una sirvienta que se le trajera lo que necesitaba, Cesárea le hizo señas para que ella se la entregara personalmente. Eustaquia se paró, y seguida por la india se dirigió al interior de la casa, sabía que aquella mujer de toda su confianza, quería decirle algo secreto o en privado, y cuando las dos estuvieron solas, en la lengua indígena de los kumiay que ambas entendían, escuchó una grave advertencia de Cesárea: los indios alzados por esos días llegarían al rancho, matarían a todos los hombres y se llevarían cautivas a las mujeres.

Disimulando su preocupación, doña Eustaquia se encaminó al cuarto donde sus hijas se ocupaban en bordar, sin muchas explicaciones les ordenó que dejaran las costuras, tomaran

---

[82] Don Manuel Clemente Rojo señala como fecha del ataque *a fines del año de mil ochocientos treinta y seis,* pero la mayor parte de los testimonios de las personas que participaron en los hechos o estuvieron cerca de ellos refieren la indicada de abril de 1837. Rojo, op.cit., (103).

[83] En sus "Apuntes Históricos", Clemente Rojo da el nombre José Antonio Leiva, mientras que en "Los Tiempos Pasados de la Alta California", Juana Machado llama Juan Leiva al mayordomo del rancho. Doña Juana dictó el relato a Thomas Savage para la Biblioteca Bancroft, en 1870. William H. Davis, en la p. 167 de su obra *Seventy-Five Years in California* da el apellido Ybarra al mayordomo del rancho al cual, en lugar de Jamul, lo llama San Ysidro.

[84] Doña Apolinaria Lorenzana, en sus "Memorias", asigna a Tomasa 18 ó 19 años de edad, y a Ramona 10 ó 12. Las Memorias fueron dictadas por la autora a Thomas Savage, para la Biblioteca Bancroft, 1870.

[85] Algunas versiones dicen que era niña: Clara.

[86] En el relato de doña Juana Machado sobre los hechos (Machado, op.cit.) no se menciona al de apellido Escolla, pero en sus Apuntes Históricos, según testimonio de José Luciano Espinosa, Lino López y Juan Machado, Rojo lo incluye (Rojo, op.cit., 104).

sus rebozos y salieran caminando por la orilla del maizal, y que ella pronto las alcanzaría. Las muchachas obedecieron a su madre, mientras que ésta llamaba sigilosamente al mayordomo Leiva (o Leyva); cuando éste llegó, le contó todo lo dicho por la india Cesárea, agregando además, que ella misma ya había notado algunas conductas fuera de lo normal entre los peones indios y la servidumbre. El caporal creyó que se trataba de exageraciones de su patrona, a quien trató de calmar con el argumento de que todo estaba bien, y que aun en el caso de que surgiera un problema con los indios, él tenía gente suficiente a su disposición, y doce armas con las que podrían repeler cualquier acción ofensiva de los nativos.

De nada valió la insistencia de doña Eustaquia, quien ya desesperadamente le pedía a Leiva que pusiera a salvo a su propia familia y a ella, por lo que le ordenó con tono autoritario que le trajera la carreta tirada por bueyes. El caporal no tuvo más remedio que obedecer, la señora subió al rudimentario carro, siguió por el camino hasta alcanzar a sus hijas, que todavía sin saber exactamente qué pasaba, treparon a la carreta, y apurando todo lo posible a los pausados bueyes, las mujeres prosiguieron hacia el oeste, rumbo al rancho Jamachá de su vecina doña Apolinaria Lorenzana, a donde llegaron casi a la media noche. Las afligidas mujeres, después de narrar lo sucedido a Apolinaria, reanudaron su viaje y por fin llegaron a San Diego, en donde reportaron todo al alcalde José Antonio Estudillo.

Después de la huída de doña Eustaquia y sus hijas, de momento no sucedió nada fuera de lo normal en el rancho Jamul, lo que robusteció en la mente de José Antonio Leiva la idea de que todo eran exageraciones de su ama. Al igual que casi todos los hombres de campo en aquella época, el caporal no era persona que se amilanara ante las situaciones adversas o de peligro, su experiencia con bestias y ganado, y su capacidad de mando le habían granjeado el respeto de los peones del rancho. A pesar de los temores y advertencias de la señora, había preferido quedarse a seguir con las faenas cotidianas que debía realizar; se sentía tranquilo, y estaba muy lejos de pensar que sólo le quedaban unas cuantas horas de vida.

En la noche siguiente a la salida de Eustaquia y sus hijas, los indios atacaron el rancho Jamul, todos los hombres fueron asesinados en o cerca del maizal, aunque José Antonio pudo correr a su casa, con la intención de defender a su familia. Al entrar, Leiva se dirigió al cuarto en que estaban las armas, pero una india que se encargaba de la limpieza lo había cerrado, y burlándose, le enseñó la llave al mayordomo al tiempo que le decía que perdiera toda esperanza de entrar. Para entonces ya los indios atacantes llegaban a la casa, Leiva supo que estaba perdido, pero aun así, corrió a la cocina y con los tizones ardiendo de la estufa logró, por unos instantes, mantener a raya a los asaltantes, pero al final todo fue inútil, los aborígenes insurrectos lo ultimaron a flechazos y golpes, después de lo cual, arrojaron su cuerpo exánime en la sala. Después de tantos años transcurridos, hoy es fácil pensar que el caporal pudo haber tomado precauciones para evitar la masacre que se avecinaba, como poner centinelas y tener las armas al acceso inmediato, pero hay que considerar que sólo quienes estuvieron en el lugar de los hechos y participaron en ellos, sabrían si hubo o no alguna justificación para la conducta de Leiva, aparentemente despreocupada.

Doña María, la esposa de Leiva, y su pequeño hijo Claro iban a ser asesinados por los enardecidos indígenas, pero con sus súplicas, unidas a las de Tomasa, la hija mayor, logró que les perdonaran la vida. Dueños de la situación, los nativos se apoderaron de ganado, caballada y todo lo de valor que encontraron en el rancho, desnudaron a la madre y al niño, prendieron fuego a las casas y se llevaron a las dos muchachas secuestradas, rumbo a la sierra. Doña María, casi perdida la razón, cubrió en parte su desnudez con ramas del monte, vagó sin rumbo fijo hacia el oeste, hasta que fue encontrada con su hijo por unas personas que se apiadaron de ellos y los llevaron a San Diego. Casi desquiciada por la terrible experiencia, la desdichada mujer murió al poco tiempo en el puerto, a pesar de las atenciones que los vecinos le proporcionaron[87]. Los ataques mencionados fueron algunos con los que se iniciaron desde el año de 1836 los hechos sangrientos que, como ya se ha dicho, llevaron a cabo los indios locales aliados con los del Colorado al incendiar y saquear casi todos los ranchos de la región, con el objetivo final de destruir vidas y bienes de la gente de razón para recuperar todo el territorio.

En agosto de 1837, Santiago Argüello, dueño del rancho Ti-Juan o Tía Juana[88], escribió una carta a su hermano Gervasio, que residía en México, en la cual le refirió cuál era la situación política del momento y que Pío Pico[89] le había ayudado a Alvarado, advirtiendo que a menos que el Supremo Gobierno enviara ayuda, California caería en manos de los americanos[90]. En esta misiva, don Santiago le relató a su hermano los acontecimientos del rancho Jamul, y acusó a los rebeldes de Monterrey de haber dado a los indios sediciosos el plan para el ataque, *...no hay duda, mi hermano, los mismos indios lo han declarado así...*, expresó Argüello. Nunca se ha comprobado que la gente de Alvarado, desde su bastión en el norte de California, haya incitado a los indígenas para que hicieran todo el daño que se ha mencionado, pero debe tomarse en cuenta que don Santiago siempre fue una persona de reconocida seriedad, por lo que no sería remoto que su acusación tuviera fundamento.

Ya se ha dicho que don Agustín Janssens y otros patriotas, se encontraba en la misión de El Descanso, en lo que hoy es Playas de Rosarito, Baja California, tratando de organizarse para resistir a los separatistas del norte de California que deseaban la independencia del estado. Mientras resolvían qué hacer en definitiva, aquellos hombres se ocupaban en fabricar lanzas, realizar ejercicios militares y atraer simpatizantes a su causa. Cuenta Janssens en su obra ya citada que, provenientes de Mesa Redonda al este de Rosarito, les llegaron las noticias de los asesinatos y saqueo sucedidos en el rancho Jamul, pero que

---

[87] En su libro "Seventy-five years in California", William H., Davis escribió en la p. 168 que una mujer que se encontró en el camino le proporcionó ropa y ayuda.

[88] Don Santiago Argüello fue hijo de don José Darío Argüello, quien formó parte del grupo de colonos y soldados que condujo el capitán Fernando Javier de Rivera y Moncada al paso del Colorado en 1781, y que escapó a la masacre de los yumas gracias a que fue enviado adelante con otras personas a San Gabriel. Santiago nació en Monterrey Alta California en 1791, ocupó diversos cargos públicos, como pagador, teniente y comandante de la guarnición de San Diego, alcalde del pueblo en 1830 y recaudador de rentas. Se le otorgó la concesión del rancho Ti-Juan en 1829, en lo que hoy es Tijuana, en donde murió el 9 de noviembre de 1862.

[89] Pío Pico, último gobernador de California antes de que esta provincia fuera tomada por los norteamericanos, juntó dinero para defenderse de la inminente invasión, pero ya que tuvo los fondos en su poder, huyó al sur de la Baja California. Muy diferente a su hermano, Andrés Pico se quedó y peleó contra los americanos en San Pascual, cerca de San Diego, derrotando al general Kearny.

[90] *...California será extranjera, pues el personal militar norteamericano ya es numeroso, y más está arribando, de Cabo Mendocino al Río Columbia. Debes dar esta información al gobierno, y ten en mente que me temo que California seguirá el ejemplo de Tejas....*Pourade, Richard F., "The History of San Diego", capítulo II, "The Lash of the Greed", de *The Explorers.*

además, se preparaba un asalto similar sobre el rancho de Don Santiago en Tía Juana[91], así como el de los Alvarado, de Estudillo y otros más. Al llegar a este punto, en el libro de Janssens se menciona que todo esto *se hizo saber a los comandantes de La Frontera,* el sargento Armenta y el alférez Macedonio González, quienes antes ya los habían visitado. Atendiendo de inmediato el llamado, Armenta y González llegaron con 25 hombres, los de El Descanso eran otros tantos, por lo que apresuradamente salieron en buenos caballos y con guías de la región, cabalgando rumbo a Tía Juana con la mayor rapidez que se pudo. Según Janssens, poco después de la media noche llegaron a su destino justo cuando los indios se disponían al asalto de la casa; los hombres al mando de González lanzaron una descarga contra los nativos insurrectos, quienes sólo alcanzaron a incendiar sus propios jacales antes de escapar por el monte hacia el este[92].

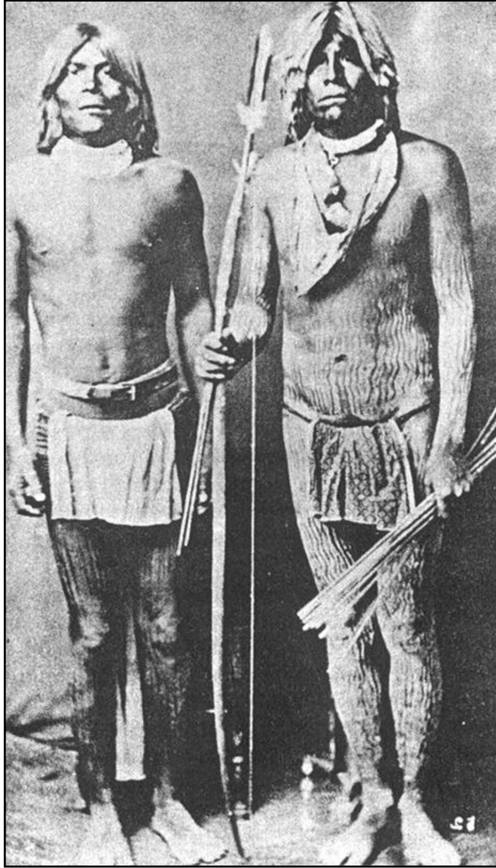
Esta versión de Janssens es importante porque menciona un dato que poco o nada se ha referido en las obras de historia sobre las Californias: el peligro en que estuvo el rancho de Ti-Juan de ser destruido por los indios rebeldes, y el mismo Clemente Rojo omite tal hecho, pues sólo se concreta a mencionar que en su expedición hacia San Diego se encontró en Tía Juana con su sargento Narciso Franco que se había adelantado para ejecutar a los espías indios que estaban en Cueros de Venado, y *sin perder un momento de tiempo continuaron hasta San Diego a donde llegaron a mediados del mes de noviembre de aquel año* [1836]....[93], de lo que se hablará con más detalle en párrafos adelante.

La amenaza de los indios rebeldes fue percibida por los habitantes de San Diego desde que ocurrieron los asesinatos del rancho Jamul; se reconocía la imposibilidad de recibir ayuda de Monterrey por la rivalidad política entre el norte y el sur de California, y el alcalde del poblado, don José Antonio Estudillo, estaba consciente de que podía ocurrir una masacre si se daba el ataque de los nativos, ya que sólo había unos cuantos soldados bajo las órdenes del alférez Juan Salazar. Fue en estas condiciones que, según la versión de don Manuel Clemente Rojo, se envió un mensaje urgente a San Vicente, Baja California, en donde residía la Compañía Presidial de Loreto, bajo las órdenes de Macedonio González, solicitando ayuda por el grave peligro en que se encontraba la población, que prácticamente estaba sitiada por los indios[94]. Según versión de doña Juana Machado, los únicos hombres que había en San Diego eran Bandini, Argüello, Estudillo, y don Rafael, un español al que apodaban “El Gachupín”; sin embargo, la pequeña población del puerto se había incrementado con la gente de los ranchos vecinos que, al no sentirse segura, había abandonado sus casas para buscar refugio en San Diego; cabe mencionar que en la bahía se encontraba anclado un barco ballenero, algunos de cuyos tripulantes desembarcaron para ayudar a los aterrorizados pobladores. Tratando de proteger a las mujeres, se decidió que todas deberían irse a “La Playa”, a las cabañas o “casas de piel” usadas por algunos barcos, en donde 8 o 10 extranjeros estuvieron por un tiempo brindando cierta seguridad a las señoras y niños que allí se guarecieron[95].

---

[91] The Life and Adventures in California of don Agustín Janssens, 1834-1856, op.cit., p. 65.
[92] El número de rebeldes indios que cita rojo de 3 000 guerreros armados con arco y flechas parecería exagerado, pero sí es posible que hayan sido varios centenares. Rojo, op.cit., 104.
[93] Rojo, Apuntes históricos…, op.cit., 112.

[95] Uno de los hombres que desembarcaron para apoyar a la gente que estaba en la playa fue Juan Minter. Rojo, op.cit., p. 105.



Cortesía Archivo Huntington Library

A la izquierda, fotografías de indios yumas o cucapás, de fines del siglo XIX. Abajo, indios cucapás en la Feria Mundial de 1904. En las dos imágenes, pero quizá con mayor claridad en la inferior, se notan las características físicas de los indios que habitaron la región fronteriza de las dos Californias, entendiendo que no hay diferencias antropomórficas significativas entre las diversas etnias de la región. La elevada estatura de los indios se aprecia al comparar a los hombres nativos que están de pie con dos norteamericanos que los acompaña.



"The Book of the Fair 1904"

De acuerdo con la versión de Hanssens, Macedonio González y sus 25 soldados llegaron a El Descanso, y junto con otros 25 hombres que estaban allí[96], salieron hacia San Diego, aunque de acuerdo con lo expresado por Clemente Rojo, González se habría desviado hacia la sierra a la altura de La Grulla, pasando por San Rafael, San Faustino Neji y Las Juntas, no sólo para obtener más información de su amigo, el jefe Jatiñil, sobre los nombres y ubicación exacta de los indios sediciosos que estaban en San Diego, sino para cerciorarse qué tanto se habría extendido la revuelta por aquel rumbo. Fue entonces que obtuvo la relación de los espías que tenían los rebeldes en las principales casas de San Diego y ranchos cercanos, la cual se ha mencionado antes.

Aunque sólo Rojo se refiere a esa desviación que tomó Macedonio hacia el este antes de ir a San Diego, lo que parecería ilógico si se toma en cuenta el asedio que sufría San Diego, y la urgencia con la que sus pobladores requerían ayuda, es muy probable que así haya sido, tomando en cuenta que una tropa tan ligera como la que comandaba González, en dos o tres días pudo haber completado ese movimiento exploratorio.

Macedonio mandó a su sargento Narciso Franco[97] al rancho Cueros de Venado y Santo Domingo[98], con la orden de capturar y ejecutar de inmediato a los indios apodados Capitancillo y Cachora, para después encontrarse con él en Tía Juana. Franco dio cumplimiento exacto a la orden recibida, mientras que Macedonio fusiló a Pedro Zacarías y a su padre en Jesús María, y a Salvador en Tía Juana. Ya juntos, se dirigieron a San Diego a donde arribaron, según Rojo, una mañana del mes de noviembre de 1836, mientras que Janssens y demás autores están de acuerdo en que fue en el año de 1837[99].

Ya acampados en las afueras y al sureste del poblado, González y Franco se repartieron la pequeña tropa, el sargento fue sacando de las casas en que se hallaban a cada uno de los indios conspiradores, los llevó a donde esperaba Macedonio, y sin juicio alguno de inmediato fueron fusilados y sus cadáveres sepultados. Según lo dicho por doña Felipa Osuna y otros testigos, los indios asesinados fueron sepultados en donde los cuerpos de los norteamericanos muertos en la batalla de San Pascual también fueron enterrados en diciembre de 1846.

La persecución de Macedonio González y sus hombres sobre los indios fue, desde la perspectiva moderna, inhumana y fuera de la ley, ya que si hubo juicios, fueron sumarios, y muchos nativos fueron perseguidos a caballo por los soldados de Baja California, lazados y luego ejecutados sin misericordia. La señora Felipa Osuna, testigo de los hechos, relató en sus *Recuerdos* que le fue doloroso presenciar la cruel persecución que se hizo de los indios, que corrían desesperados buscando algún escondrijo en las casas del pueblo, y se llegó a sentir culpable por haber informado a los hombres de Macedonio sobre los lugares en donde algunos se habían refugiado. Sin embargo, ella misma expresó después: *¿Qué otra*

[96] Según Vicente Romero, la fuerza se constituía por 18 soldados regulares y 30 indios de Jatiñil, todos bajo las órdenes de Macedonio González. "Notes of the Past", por Vicente Romero, escritas por Benjamin Hayes, Bancroft Library, 1872) The Journal of San Diego History, Jan. 1967, Vol. 13, N. 1,
[97] En otra parte de su relato, Rojo llama al sargento Ignacio Franco.
[98] Según testimonio del profesor Ramón Quiñónez Sosa, Santo Domingo debe haber estado muy cerca de lo que era el Ejido Matamoros, en Tijuana, en las proximidades del punto llamado Cerro de las Abejas.
[99] Jansens es confuso en su obra al referirse a los asaltos al rancho Tía Juana por los indios, ya que señala dos ataques aparentemente diferentes, pp. 65 y 96 en Janssens, op.cit..

cosa podía haber hecho?...¿Qué hubiera sido de las mujeres de San Diego si los indios las hubieran secuestrado?[100]

William Heath Davis escribió sobre el tema en su obra ya citada, que algunos de los indios capturados expresaron su deseo de morir como cristianos, por lo que se les dio la oportunidad de confesarse antes de ser asesinados y sus cuerpos enterrados en fosas ya preparadas. Uno de ellos fue torturado para que dijera todo lo que supiera sobre el plan sedicioso, los soldados le cortaron una oreja y le advirtieron que lo seguirían mutilando si no les informaba todo lo que supiera, así lo hizo y luego fue fusilado.

Macedonio González y sus hombres acabaron pronto con los espías de la conspiración, excepto uno de ellos, según don Clemente Rojo, que pudo escapar e informar a sus compañeros de todo lo sucedido. Lo más probable es que casi todos los rebeldes, desde la noche en que atacaron el rancho Jamul, capitaneados por Martín, Cartucho y Pedro Pablo, hayan huido hacia las montañas del este procurando alejarse de sus enemigos, y al mismo tiempo, ubicarse en terrenos que dificultaran a la caballería de sus perseguidores una acción fácil, pues la tropa tenía fama por las matanzas de indios alzados que ya había hecho en otras ocasiones, lanzándose en su contra, atropellándolos con las bestias y matándolos a lanzazos y descargas de fusil.

Casi todas las versiones de los hechos indican que los hombres bajo el mando de Macedonio González fueron en su persecución[101], desoyendo los consejos del capitán Argüello, que recomendó al alférez esperar alguna ayuda que podría conseguirse poco después[102]. Ninguno de los relatos lo especifica, pero es probable que algunos de los indios hayan ido a caballo, sin embargo, la mayoría seguramente se movilizaban a pie, con un rumbo bien definido: la sierra a la altura de Jacumé, que se halla casi en la frontera, a la mitad de la distancia que hay entre Tecate y el cerro del Centinela. Los indios rebeldes sabían que a pesar de su gran capacidad como caminantes y corredores, la caballería de González podría darles alcance, por lo que deben haber planeado sacrificar parte de su retaguardia, con objeto de que el grueso de sus fuerzas pudieran llegar a Jacumé, en donde el terreno les favorecería, lo que explicaría que algunos fueran alcanzados en Tecate y Las Juntas.

En los lugares mencionados la tropa de González dio muerte a muchos indios, pero de aquí en adelante las cosas empezaron a cambiar. En terreno abrupto, con agua y alimentos limitados, los indios llevaban ventaja a los soldados, y fue en estas condiciones que llegaron por un estrecho cañón a las alturas de la sierra de Jacumé, a un punto llamado El Matadero (o Matadera), al que sólo se tenía acceso fácil desde el este, viniendo del río Colorado. Aquí los rebeldes se hicieron fuertes, armados con sus arcos y flechas, haciendo acopio de rocas para lanzarlas contra sus enemigos. Algunos participantes en estos acontecimientos afirman que Macedonio era tío de las muchachas secuestradas, lo que le

[100] "Testimonios", Rose Marie Beebe, Robert M. Senkewicz, Heyday Books, 2006, p. 163.

[101] En lo que hay diferencias respecto a este hecho es en la fecha en que se dio, si fue antes o después de la matanza de indios en San Diego, y si el encuentro fue una verdadera batalla o una simple discusión en la que los de razón trataron de que las mujeres prisioneras les fueran entregadas.

[102] Según Clemente Rojo, la conversación entre Macedonio y don Santiago fue escuchada por su hijo Ignacio Argüello, quien dio el testimonio mencionado.

daba mayor ánimo para ir a su rescate; y según Janssens, además de las muchachas Leiva, estaba una señora que las acompañaba en el momento del ataque a Jamul[103].

Los indios situaron a las mujeres en lo más alto, de manera que pudieran ser vistas desde lejos, como señuelo para que los hombres que venían entrando en el fondo del barranco siguieran avanzando, pero esa única ruta se fue haciendo a cada momento más escabrosa y difícil, después de adentrarse unos tres kilómetros por la cañada, todos tuvieron que desmontar y cabrestear las bestias, el tupido monte hacía muy lenta la marcha, y lo estrecho del camino obligó a los soldados a moverse en una columna sencilla. Para colmo, los hombres de Macedonio se dieron cuenta que en lo alto no sólo estaban los indios alzados de la etnia kumiay, sino que se habían reforzado con gran número de guerreros provenientes del río Colorado que habían llegado a las cumbres de El Matadero para ayudar a sus amigos, y participar en el botín que pudieran quitar a los soldados.

Repentinamente, como obedeciendo una orden, dando los alaridos que acostumbraban en sus batallas, los indios empezaron a lanzar desde los flancos altos de la barranca, flechas y rocas de todos los tamaños contra los hombres de Macedonio. Los soldados llevaban un escudo circular de cuero grueso con los que se defendían con bastante efectividad, pero algunos rancheros civiles voluntarios que habían sido provistos con ellos no sabían usarlos, y más que ayudarles les estorbaban; además, por consejo de los militares, algunos hombres se habían cubierto las partes vulnerables del cuerpo con tiras de cuero para protegerse de las flechas[104], pero la mayoría no tuvo tiempo de hacerlo adecuadamente.

Cuando apenas los de la tropa comenzaban a disparar sus armas contra los indios ya había varios heridos, siendo uno el mismo Macedonio González, a quien una flecha le pegó en la boca y le impidió el habla por algún tiempo. Los pocos soldados que permanecían sobre sus monturas fueron derribados al espantarse o resultar heridos sus caballos, y los hombres de la retaguardia que cuidaban las mulas con equipo y municiones tuvieron que huir dejando todo en poder de los rebeldes. La situación era tan crítica que aquellos hombres, acostumbrados a pelear contra los indios en las condiciones más difíciles y que muchas veces habían estado en grave peligro, esta vez vieron muy de cerca la posibilidad de perder la vida en aquel barranco que se había convertido en trampa mortal. Ante tal situación, todos, a gritos, acordaron retroceder para salvar la vida. Un caballo muerto por las flechas enemigas quedó atravesado en la parte más estrecha de la cañada, lo que dificultó la retirada, además de que los indios intentaban cerrar con rocas y material derrumbado la única ruta de escape por el angosto camino, varios hombres perdieron su cabalgadura por las flechas enemigas y tuvieron que montar en ancas con algún compañero, y otros más se movían a pie.

En estas condiciones de peligro extremo, repentinamente se oyó, opacando los ruidos del combate, el grito “Jatñil”, “Jatñil”, lanzado por centenares de gargantas y que se repitió por

---

[103] Janssens dice que e*ra la esposa del licenciado Cosme Peña. Ella se había escapado de Monterrey con un músico, un arpista apellidado Arias. Primero los indios del Colorado se la llevaron, y después Cartucho y Martín se la quitaron...* “La vida y aventuras de Agustín Janssens...”, op.cit., p. 66.

[104] Los soldados de la escolta de la Compañía Presidial de Loreto, desde tiempos antiguos, empleaban escudos formados por una armadura circular forrada con cuero grueso de res, y acostumbraban rodearse las partes más vulnerables del cuerpo con cintas de cuero para defenderse sobre todo de las flechas de los indios.

los ecos del desfiladero. Eran unos 200 guerreros armados de arco y flechas bajo el mando del jefe Jatiñil, que se habían posesionado de una altura estratégica muy cerca de donde los alzados se habían fortificado. Para fortuna de la tropa de González, el capitán indígena, que se había acampado en valle de Guadalupe a más de 70 Km. al suroeste de donde se libraban las acciones, recibió información de corredores provenientes del noreste sobre el combate que se iba a librar en Jacumé, y siendo amigo fiel de Macedonio, reunió a sus hombres, viajó toda la noche atravesando Valle de Las Palmas, y llegó apenas a tiempo para salvar a la expedición de la emboscada tendida por los rebeldes[105].

Los indios de Jatñil hicieron que los hombres de Martín, Cartucho y Pedro Pablo, con todo y sus amigos del Colorado, retrocedieran un poco de sus posiciones ofensivas, lo que dio oportunidad a que Macedonio y su gente pudieran escapar de aquella trampa, aunque perdieron sus caballos, municiones y equipo, y resultaron unos 20 heridos de cierta consideración, además de que todos salieron golpeados por piedras[106]. Janssens escribió en su obra ya citada, *...Si no hubiera sido por esto, más de la mitad de nosotros hubiéramos caído como víctimas...Jatiñil el pagano, después de Dios, fue nuestra salvación...*[107]

Macedonio y sus fuerzas, incluyendo los indios de Jatiñil, se retiraron no sin cierta dificultad, y tras unas 10 horas de fatigosa marcha a pie, llegaron a la misión de Guadalupe, en donde consiguieron caballos para todos y *algunas monturas y fustecitos pelados*[108], según dijo después Francisco Castro, uno de los soldados de González, y así pudieron irse a San Vicente.

Los indios rebeldes Martín, Cartucho y Pedro Pablo siguieron posesionados de Jacumé por algún tiempo, pero por motivos desconocidos se hicieron la guerra con otras tribus del Colorado, bajo el mando de los jefes Charagüe, Chanate y otros, quienes les quitaron sus mujeres y se las llevaron a sus rancherías del desierto. Aun así, las tribus jacumeñas siguieron siendo, por más de 25 años, no sólo rebeldes e independientes, sino siempre materia dispuesta para lanzarse al ataque de los poblados y ranchos de La Frontera y el sur de California, algunas veces unidos a líderes mestizos que buscaban sólo el beneficio personal[109] y manipulaban las inconformidades y rebeldía natural de los indios. Las muchachas Leiva y la mujer que las acompañaba nunca pudieron ser rescatadas.

Poco después, Macedonio González fue aprehendido por órdenes del gobernador de Alta California y llevado a Sonoma, en donde permaneció preso por algún tiempo, acusado

---

[105] Las principales testimonios de este episodio lo dan Rojo y Hanssens, pero curiosamente tal vez el único que nunca le dio crédito alguno a Jatñil sin siguiera mencionarlo fue Macedonio González, quizá para no conceder crédito a un indio del que necesitó ayuda para salvar su vida y la de sus hombres.

[106] Es muy probable que algunos soldados o civiles de la fuerza de Macedonio González hayan muerto en la emboscada, tomando en cuenta que los alzados se encontraban en una posición que les permitía impunemente lanzar todo tipo de proyectiles contra ellos, que deben haber transcurrido horas antes de que fueran salvados por los hombres de Jatñil, y que perdieron todos sus caballos. Sin embargo, ningún relator de los hechos ha mencionado si acaso hubo muertos como resultado del combate.

[107] Janssens, op.cit., p. 67.

[108] Fuste: nombre de las dos piezas de madera con las que se forma la silla de montar; silla de montar. Los *fustecitos pelados* que mencionó Castro deben haber sido sillas sin cubierta de cuero ni sudadero.

[109] En 1861, Juan Mendoza, enemigo mortal del gobernador de La Frontera Feliciano Ruiz Esparza, inició el alzamiento de los indios de Jacumé y con su apoyo cometió innumerables crímenes. Véase Alric, Henry J. A., "Apuntes de un viaje por los dos océanos...", p. 120.

probablemente de haber sido partidario de los patriotas que no querían independizarse de México. El salvador de San Diego murió quizá en este puerto, en donde todavía fue visto en 1864, pasados los 70 años de edad[110], viejo, pobre y con su cuerpo lleno de cicatrices como testimonio de tantas batallas peleadas contra los indios que se alzaban para saquear misiones y ranchos; no dejó nada a sus hijos Francisco y Teresa González.

Ataques a la misión de Guadalupe.

En 1837 dos indios a quienes apodaban "Los Colorados" por ser originarios de la región del Colorado, por delitos diversos se encontraban cautivos con grilletes en el calabozo de la misión de San Miguel ubicada en el lugar que hoy se conoce como La Misión, en la carretera libre de Tijuana a Ensenada. De carácter decidido y rebeldes como los de su raza, planearon fugarse, lo cual lograron después de asesinar a golpes al cabo Ceseña con las cadenas que se habían quitado, y huyeron hacia su terruño no sin antes haber atacado a la mujer de Anselmo Tapia[111].

Las autoridades sospecharon que la madre de "Los Colorados" les había ayudado a escapar, y la metieron presa al mismo lugar donde habían estado sus hijos, lo que al ser conocido por éstos provocó su ira, fue entonces que visitaron todas las rancherías indígenas que

En la fotografía (Pvereil Meigs, 1934) se ven cabañas en el Valle de Guadalupe ocupadas por descendientes de Jatñil. Al pie de esta página, PCAS Quarterly, 37 (4), otoño 2001.



[110] Bancroft, Hubert Howe. The Works of Hubert Howe Bncroft, Vol. XXI, "History of California", en III, p. 760.
[111] Anselmo Tapia debe haber sido o un peón que trabajaba en la misión, o un soldado destacado en ella.

pudieron, convencieron a casi todos para rebelarse contra la gente de razón, y al poco tiempo tenían bajo su mando una fuerza de más de 400 guerreros, incluyendo muchos yumas[112].

Meses después, listos para vengarse por el agravio que habían hecho a su madre, "Los Colorados" y su gente se dirigieron a la misión de Guadalupe, ya que la mujer había sido trasladada hasta allá por la mayor seguridad que proporcionaban los soldados destacados en ese lugar. Los indios llegaron a las inmediaciones de Guadalupe por la tarde, a mediados del mes de diciembre, y se dispusieron a atacar al siguiente día; lo que fue una suerte para las familias que habitaban en la misión pues sólo se había quedado como hombre hábil para la defensa el mayordomo Guadalupe Marrón, en tanto que los soldados habían salido a San Rafael para campear algunos caballos que necesitaban y regresarían hasta el siguiente día, sin embargo, por casualidad llegaron a la misión antes de oscurecer 5 soldados de cuera, incluyendo al sargento Estanislao Armenta y el cabo Orantes.

Como era costumbre cuando arribaban visitas a los ranchos de la Baja California, los miembros de las familias que vivían en el lugar se entretuvieron hasta la madrugada, platicando sobre diversos temas con los recién llegados, mientras saboreaban el café acompañado con tortillas de harina, queso y miel. En eso estaban, cuando percibieron del exterior algunas palabras dichas quedamente hacia donde estaba el calabozo; uno de los soldados, conocedor de la lengua de los yumas, escuchó la voz de uno de Los Colorados que, palabras más palabras menos, le decía a su madre: *...sal de la misión como puedas, pues mañana le prenderemos fuego y mataremos a todos los de razón que encontremos*. Gracias a esto fue descubierta la presencia de los indios y sus intenciones, por lo que en lugar de dormir, todos en el interior de la misión se prepararon para que los hombres de armas se lanzaran temprano en un ataque de sorpresa contra los nativos, que sólo esperaban



La Misión de Guadalupe se ubicaba atrás de la nopalera que se ve al fondo. La corriente del manantial aún se observa. PCAS Quarterly, 37 (4), otoño 2001.

112 La frontera misional dominica en Baja California. Peveril Meigs, III, p. 210.

la luz del día para realizar su asalto.

Afortunadamente en la misión había armas y municiones suficientes, y en el corral caballos y monturas en buenas condiciones. Cuando al despuntar el sol uno de los hombres de Armenta avisó a todos que los indios se aproximaban, éste ordenó que abrieran el portón, y con sus cuatro soldados bien armados y montados, salió a la carrera disparando contra el grupo que se acercaba, después de la descarga los soldados emplearon lanzas y machetes, los Colorados y su gente trataron de huir, aunque no todos lo lograron, ya que perecieron muchos antes de que pudieran ganar el monte hacia el norte de la misión[113].

En octubre de1839 la misión de Guadalupe no corrió con tanta suerte y fue saqueada e incendiada[114], habiendo ocurrido los hechos de la siguiente forma, según el testimonio de don José Luciano Espinoza[115].

El cabo Orantes se hallaba despreocupadamente recargado en la puerta de la misión, cuando de un numeroso grupo de indios que habían llegado se desprendieron algunos, se dirigieron tranquilamente al soldado, y sin mediar palabra o amenaza alguna, aprovechándose de su descuido, le asestaron un golpe en la cabeza con un palo o mazo que lo hizo caer al suelo, para luego rematarlo a golpes y flechazos.

Don Luciano, habilitado por el padre Félix Caballero mantenía un grupo de cazadores de nutrias en la costa, y cada año entregaba al misionero las pieles que el religioso comercializaba con bastante provecho, dada la demanda del producto, que era muy solicitado por barcos de diversas banderas que acudían para su compra a puertos como San Quintín. Ahora acababa de entregarle al misionero una buena cantidad de pieles, y ya con el pago y equipo que necesitaba para continuar con la cacería del cotizado mamífero durante la próxima temporada, Luciano aparejaba sus bestias en el corral de la misión para iniciar su camino a la costa, cuando fue testigo de la llegada de Jatiñil y muchos indios armados.

De momento aquello no atemorizó a Espinoza, pues como todos, sabía que Jatiñil era uno de los apoyos más fuertes que había tenido el padre Félix Caballero para construir la misión y levantar cosechas, y Macedonio González para perseguir a los nativos que ocasionalmente se rebelaban contra la gente de razón. Esta vez sin embargo, el mercader de nutrias, sin ser visto, fue testigo de la muerte del cabo Orantes desde el corral, y comprendió que el cacique antes amigo de todos, esta vez venía a matar y saquear. Después se sabría que el jefe indio había tenido la frialdad de saludar de mano al teniente José Antonio Garraleta, apenas a unos cientos de metros antes de llegar a la misión, sin demostrar de alguna forma sus intenciones.

[113] No están claros los detalles de la defensa que hicieron los 4 ó 5 soldados de cuera contra cerca de 400 indígenas, pues resulta difícil explicarse cómo un número tan superior de guerreros nativos hayan sido dispersados por un puñado de soldados que, aunque bien armados y montados, podían haber sido fácilmente dominados por los rebeldes. Lo más probable es que el número de atacantes haya sido de unos 40 ó 50 hombres.

[114] Bancroft, "North Mexican States", II, p. 711. Clemente Rojo afirma que el ataque a la misión fue en febrero de 1840.

[115] José Luciano Espinosa era el jefe de un grupo de cazadores de nutrias, casi todos indios, y comercializaba las pieles con el padre Félix Caballero.

Don Luciano salió del corral sin que los indios lo vieran, y se dirigió hacia el oeste, rumbo a un llano distante unos dos kilómetros de la misión, en donde el teniente Garraleta, que había sustituido a Macedonio González en el mando de los soldados, entrenaba a sus 17 hombre en diversos ejercicios[116]. A pesar de sus precauciones, Espinosa fue descubierto por los indios que salieron en su persecución, pero afortunadamente para él, al penetrar a un terreno montoso, un cuervo espantado alzó el vuelo y según Luciano, los indios creyeron que en un acto de brujería, el fugitivo se había convertido en cuervo y había huido volando, por lo que desistieron de su persecución y el tratante de nutrias pudo seguir a Ensenada de Todos Santos, a donde llegó al siguiente día a las 10 de la mañana. La explicación de don Luciano sobre el motivo por el que los indios dejaron de perseguirlo es poco verosímil.

Historia de Janitín, según testimonio recogido por Manuel Clemente Rojo[117]

Yo y dos parientes míos bajamos de la sierra de Neji a la playa de Rosarito, a pezcar almejas para comer y llevar a la sierra como lo teniamos de costumbre todos los años; ningun daño hicimos a nadie en el camino y en la playa no pensabamos mas que en pezcar y sacar almejas para llevar á nuestra rancheria

Cuando esto hacíamos, vimos venir corriendo dos hombres á caballo en dirección adonde nosotros estabamos, mis parientes tuvieron desde luego miedo y echaron a huir á toda carrera, ocultandose en el sausal muy espeso que entonces existia en la cañada del Rancho del Rosarito. Luego que me vi solo, me dio tambien miedo de aquellos hombres y corrí al bosque para juntarme con mis compañeros, pero ya era tarde, por que al momento me alcanzaron y me lazaron y arrastraron un largo trecho, estropeandome mucho con la ramas sobre las cuales me arrastraron, jalandome lazado como estaba á carrera de sus caballos; despues de esto, me amarraron de los brazos para atras y me llevaron por delante a la Misión de San Miguel, haciéndome andar casi á la carrera para igualar el trote de sus caballos, y cuando paraba un poco para tomar aliento, me azotaban con las reatas que llevaban haciendome entender por señas que anduviera aprisa; despues de mucho andar de este modo, acortaron el paso y me azotaban para que mantuviese siempre el paso de sus caballos.

Cuando llegamos a la Misión, me encerraron en un cuarto por una semana, el Pd me hacia ir á su habitación y me hablaba por medio de un interprete, diciendome que, me hiciera cristiano, y me platicaba muchas cosas que yo no entendia, y Cuñur, asi se llamaba el interprete me aconsejaba que hiciera como el Pd me decia, porque ya no me iban a soltar, y me iria muy mal si no consentia en ello; me daban á tomar atole de mayz que no me gustaba por que no estaba acostumbrado a esa comida; pero que iba á hacer si no habia otra cosa.

[116] Juan Machado, testigo de los hechos, dijo después que posiblemente Garraleta se había puesto de acuerdo con Jatiñil para dejar desamparada la misión por las siguientes razones: nunca acostumbraba el oficial llevar a sus hombres a los ejercicios tan lejos de la misión, cerca de la cual había espacio suficiente para ello; y además, pudo haber perseguido y dado alcance con facilidad a Jatiñil, pero no lo hizo.
[117] Clemente Rojo, op. cit., p. 9.

Un dia me echaron agua en la cabeza y me dieron á comer sal, y con esto me dijo el interprete que ya era cristiano y que me llamaba Jesús: yo no sabia nada de esto, y por todo pasaba por que al fin era un pobre indio y no tenia mas remedio que conformarme y pasar por cuantas cosas hicieran conmigo.

Al día siguiente de mi bautismo, me sacaron á trabajar con los demas indios y me pusieron a limpiar una milpa de mayz; como no sabia manejar el azadon que me dieron a poco de andar azadoneando, me corte un pie y no quice seguir trabajando con él si no que me puse a arrancar las yerbas con la mano, y de este modo no acabé la tarea que me dieron. En la tarde me azotaron porque no acabe mi tequio, y al dia siguiente me sucedió lo mismo que al dia anterior, todos los dias me azotaban injustamente porque no cumplia lo que no sabia hacer, y asi estuve muchos dias hasta que me halle la manera de escaparme; pero me fueron siguiendo por el rastro y me alcanzaron en la Zorra, alli me agarraron a lazo como la primera vez y me llevaron a la Misión martirizándome en el camino; luego que llegamos estaba el padre paseandose en el corredor de la casa y mando que me amarraran a la Picota y me castigacen, me dieron de latigazos hasta que no supe de mi; ni se cuando me dezataron de la picota, ni lo que pasó en muchas horas despues. Estube varios dias sin poderme levantar del suelo adonde me acostaron, y todavia tengo en las espaldas las señales de los azotes que entonces me dieron.

Janitin, es un hombre muy viejo y nos mostro las cicatrices de las heridas que le hicieron los azotes, asegurandonos que nunca fue cristiano por su voluntad, y que no sabe mas del cristianismo que le enseñaron, sino la esclavitud a que lo tenían sujeto, por cuya razon volvió á huirse luego que pudo, y permanecio muchos años en la Sierra sin bajar á la costa hasta despues que se acabaron las misiones.

La escacez de los alimentos que les daban a los pobres catecumenos, los trabajos forzados á que los destinaban y la desnudez en que los tenian sin el auscilio del calor del fuego que ellos acostumbraban en su libertad salvage; hicieron de estos infelices unos seres debiles y enfermisos, que morian en mayor proporcion de los que nacian; y es por esto que se acabaron aquellos millares de indios, que vivian en la Costa del Pacifico, antes de los establecimientos misionales, mientras que todavia escisten muy numerosas las tribus Yuma y Cucapa, en la Banda Oriental de la Peninsula adonde no alcanzaron las Misiones...

Nota sobre el testimonio que aparece en el recuadro.

En el recuadro anterior se da el testimonio de un indio de la tribu de Jatñil, llamado Janitín, en el cual describe la forma cómo los soldados utilizaban los métodos más crueles para capturar a los desertores de la misión de Guadalupe, y los procedimientos inhumanos que el mismo padre Félix Caballero llegó a utilizar para convencer a los nativos de que recibieran el bautismo. Aunque podría ser que don Manuel Clemente Rojo, quien recogió el testimonio de Janitín, haya exagerado en alguna forma lo relativo al mal trato que se daba a los nativos, sobre todo por parte de los soldados, algo debe haber de verídico en el relato,

pues los mismos misioneros dominicos llegaron a aceptar que era necesario suavizar los procedimientos empleados. Según Rojo, Janitín le refirió su historia en presencia de varias personas, entre las que estaban Manuel Machado, su esposa Elisa Guilbert, Leandro Machado y Alejandro Bernardy, lo cual da mayor credibilidad a lo expresado por el historiador en sus "Apuntes históricos..."

Los indios conversos Francisco y José Antonio se encontraban en aquel tiempo en la misión de Guadalupe procedentes de San Miguel, con la intención de sembrar trigo y cebada en las extensas mesas que todavía se destinan para ese fin cerca de la actual Cuesta del Tigre, a un costado de la carretera entre Tijuana y Ensenada, y a la llegada de los hombres de Jatñil platicaban en el patio antes de salir a sus faenas, cuando cayeron sobre ellos los rebeldes y los asesinaron sin contemplaciones.

La india María Gracia se aprestaba a servirle el desayuno al padre Félix Caballero, que acababa de decir la misa, cuando escucharon los gritos de Francisco y José Antonio; al asomarse por la ventana del comedor y ver los cadáveres ensangrentados de Orantes y los nativos de San Miguel, el padre y la mujer se llenaron de pánico y en su intento por salvar la vida, pues ya se escuchaban los gritos de Jatñil que venía a matar al misionero, corrieron hacia el coro en donde, en forma desesperada, el padre Caballero le imploró a la india María que lo escondiera tras sus faldas recargándose sobre él, y que la recompensaría con

ENTREVISTA DE JATÑIL[118] CON M. CLEMENTE ROJO, EN SU RANCHERÍA "LOS ÁLAMOS", ABAJO DEL CAÑÓN DE NEJI.[119]

Me llamo Jatiñil, y soy el capitan de esta tribu, desde el año en que se fue de aquí para el Sur el teniente Ruiz (1822) mi padre fué, capitan antes de mi, y primero que mi padre, lo fue mi abuelo; de manera que el mando de nuestra tribu estuvo siempre á cargo de mi familia, y por eso es que lleva la tribu mi propio nombre. Mi padre me decia, que esta tierra seria de las gentes de razon y que no fuese yo contra ella así como no lo fueron él y mi abuelo; todos fuimos siempre amigos de los blancos, y así como ellos no nos gusta el robo ni que se mate á nadie sin razon. Yo, le ayudé al Padre Caballero, á levantar la Misión del Descanso , desde sus cimientos hasta el fin, no me acuerdo ya en que tiempo fué esto, (1830) poco despues sali en ... campaña con Macedonio Gonzalez contra los indios de Santa Catalina, los Quiliguas y Cucapa que entonces eran muchos, a mi me obedecian mil hombres de guerra y con toda mi gente estuve peleando a cada ratito contra aquéllas tribus que me mataron la mayor parte de mis mejores guerreros, nosotros tambien les matamos muchisimos; de los de Macedonio no morian porque andaban fajados con riatas toda la caja del cuerpo de modo que no entraban las jaras y ademas llevaban una rueda de cuero doble y triple muy dura para defenderse de la cara, y sabian capearse mucho manejando esa rueda con la mano izquerda, mientras que con la derecha ofendian con sus sables y sus lanzas; yo entraba a la guerra asi como me ves, por eso estoy todo herido de flechas, y afortunadamente no me acertaron ni una buena parte. Duramos peleando mas de un año, hasta que todas las tribus alzadas bajaron de paz y entonces vine á ayudarle al Padre Felix, a levantar la Misión de Guadalupe desde los cimientos hasta el fin, y tambien le ayudaba a sembrar todos los años y á levantar sus cosechas, y el Pe nos daba lo que queria, mayz, cebada y trigo, de eso mismo que le sembrabamos y cosechabamos nosotros; pero no contento con esto pretendió varias veces que nos bautizaramos

[118] Según Hayes, Jatñil significa *perro prieto;* Pioneer Notes from the Diaries of Judge Benjamin Hayes. 1849-1875. The McBride Printing Company; 1929, Los Angeles, California, p. 198.
[119] Rojo, op. cit., p. 28.

para tenernos encerrados en la Misión, y manejarnos como á los demas indios...despues que salvé a la Escolta que se metió con Macedonio González, en la Sierra de Jacume, cuando se alzaron Pedro Pablo, Martinez[120] *y Cartucho,* (se refiere a una batalla que se dio en 1836 entre los soldados al mando del alferéz Macedonio González, y los indios alzados que, después de incursionar sobre San Diego huyeron hacia Jacume. En esa ocasión los soldados que perseguían a los indios se metieron por el fondo de una barranca y fueron atacados por los nativos que estaban posesionados de las alturas; la situación era grave porque una mula se cayó en el estrecho paso por el que los soldados pretendían devolverse cabresteando sus cabalgaduras, lo que dificultaba el regreso, y quizá todos hubieran muerto si no hubiera llegado el jefe Jatñil en su auxilio.), *me retire de la Sierra á la Costa porque eran muchisimos los enemigos que alli podian atacarme, y vine á hacerme fuerte á un aguaje que hay en la mesa del Descanso muy aproposito para defendernos, porque parece una fortaleza el lugar donde está; el Pe Felix, pensó seguramente, que yo no podria volver á la Sierra, de miedo, y que me hallaba muy debil para hacer de mi y de mi gente lo que el quisiera; y entonces sin acordarse de mis servicios y (que) todos nuestros trabajos provenian de haber querido ayudar á los de razon, contra la voluntad de todos nosotros, comenzó á bautizar por la fuerza á la gente de mi tribu que iba a visitarlo como acostumbravamos hacerlo; esto me dio mucho coraje y por eso fui á buscarlo á Guadalupe con la intecion de matarlo; yo no queria matar ni ofender á nadié mas que á él pero la gente que llevaba se me adelantó mientras yo me detuve un ratito en el monte, fue la que mató sin mi orden al Cabo Orantes y a los indios Francisco y José Antonio. Despues que yo llegué ya no se hizo nada, y como no hallé al Pe Felix, me volví a salir de la Mision, y no tomamos nada de ella. Desde entonces, volví a esta Ranchería no he salido para ninguna parte. Mira, ya ni miro de viejo, la mayor parte de mi gente murio en la guerra, otra se alboroto y se fue para la Alta California, cuando los placeres, y no ha vuelto, ya lo ves, no me quedan mas que unas cuantas familias y todos vivimos trabajando sin robar a nadie.*

bienes suficientes de manera que nunca más tuviera que trabajar para vivir[121]. Así lo hizo María Gracia, a riesgo de perder su propia vida.

Según don Manuel Clemente Rojo, la sirvienta narró después lo siguiente:

...Me acuerdo de todo esto como si ahora mismo acabara de pasar; estaba sentada sobre el padre Caballero habiéndolo ocultado bien entre mi túnica, cuando sentí los pasos que subían la escalera del Coro en donde yo me hallaba en tal posición, y me quedé fría cuando fue llegando Jatiñil con el arco en una mano, y me dijo así: "Cómo te va, pariente", yo ni supe lo que le contesté y me puse a llorar suplicándole que no me hiciera daño. "No temas nada", me dijo, "Yo no he mandado matar a nadie, pero la gente que venía conmigo mató al cabo Orantes y también a Francisco y José Antonio; a quien yo busco es al padre, porque está bautizando a la fuerza a la gente de mi tribu, para esclavizarla en la misión así como estás tú, sin gozar de tu libertad, y viviendo como los caballos. ¿Dónde está el padre?". Para qué me preguntas, le contesté, cuando no sé ni cómo me hallo según es el miedo en que me has puesto de verte tan enfadado. "Pues yo me voy", me dijo, y se bajó sin decirme otra palabra; a poco ratito quedó todo muy silencio, y cobrando ánimo bajé hasta el patio y ya se habían ido todos los indios, y sólo distinguí la

[120] En el testimonio de Jatñil escrito por don Manuel Clemente Rojo dice *Martínez*, pero se refiere al indio *Martín*, como en otras partes llama el mismo autor al indio rebelde.
[121] Rojo, op.cit., 39.

polvadera [sic] *que hacían por la cañada norte frente a la misión, tomando la dirección de la sierra...”*[122]

Desaparecido momentáneamente el peligro de muerte en que se había encontrado, el padre Félix Caballero huyó de La Frontera hacia el sur, para no regresar jamás, ni siquiera porque dejaba 4 915 cabezas de ganado al cuidado de don Francisco Gastelo o Gastélum, y su ahijado Juan de Jesús Osio.

Los diversos testimonios que se dieron por gente que estuvo muy cerca de los hechos narrados, o participó en ellos, hacen pensar que el misionero había provocado inconformidad en su contra, no sólo entre los indios de la tribu de Jatiñil, sino aun entre los mismos soldados de la compañía, y después en muchos vecinos de la región, motivada no sólo por el trato que se daba a los nativos y la acumulación de bienes, sino porque el padre, desde San Ignacio y para proteger sus intereses, había nombrado juez a su propio ahijado Juan Jesús Osio[123], sin ser autoridad para hacerlo.

El 30 de agosto de 1840, en San Ignacio, el padre Félix Caballero tomó su jarrito de chocolate como lo hacía siempre después de decir misa. Casi de inmediato sintió muy fuertes dolores en el estómago, y a las pocas horas murió, tal parece que envenenado. Cabe mencionar que en San Ignacio, se encontraba el comandante de La Frontera José Antonio Garraleta[124] tratando asuntos legales a favor de su suegro, Gastelo, que afectaban los bienes de Caballero. El juez de San Ignacio don Ventura Arce no consideró que hubiera indicios para considerar algún delito en el misterioso fallecimiento del misionero.

El fin de Cartucho y Pedro Pablo

Ya se ha dicho que Martín, Cartucho y Pedro Pablo tuvieron dificultades con los jefes Charagüe y Chanate, del Colorado, pero su liderazgo en Jacumé siempre se mantuvo. Frustrado su intento por apoderarse de San Diego, buscando algún motivo para canalizar su constante rebeldía, decidieron vengarse del indio Lacuaca, quien los había entusiasmado para que hicieran la campaña contra San Diego y ranchos vecinos en 1837.

Sin embargo, cuando las tropas de Macedonio González empezaron a perseguirlos, Lacuaca abandonó a sus hermanos de raza y desapareció por muchos meses. Sin embargo, no faltó quien informara a los capitanes jacumeños que su antiguo compañero estaba en el rancho San Ysidro, de don José López. Fue por esto que en el mes de febrero de 1838[125] , Cartucho y Pedro Pablo, al frente de unos 200 hombres llegaron al rancho para matar a Lacuaca, que no se encontraba allí por haber salido para su ranchería de Guichapá. Don José era

[122] Ibíd., pp. 40,41.
[123] Este señor Osio se granjeó mala fama, según Rojo, porque en los encuentros que hubo con los nativos de Santa Catarina, se había robado unas indias y las había ido a vender a Los Ángeles como esclavas.
[124] Garraleta regresó a La Frontera y en 1844 murió asesinado en Ensenada, por las puñaladas que le propinó la hermana de su esposa, lo que podría ser indicador de su carácter.
[125] Rojo afirma que fue en 1837, pero todo parece indicar que el año fue 1838.

respetado por los indios de la sierra, con quienes hablaba en su propio lenguaje, les regalaba ocasionalmente una res para que la mataran, y les obsequiaba tabaco y semillas.

Esta vez, al conocer sus intenciones, trató de convencerlos para que regresaran a la sierra y olvidaran la venganza, o que denunciaran al indio ante las autoridades y ellos mismos se entregaran, como habían dicho que deseaban hacerlo, pero todo fue inútil, pues al saber que Lacuaca se había ido a su ranchería, muy cerca de allí, partieron de inmediato en su búsqueda. Don José López y su hijo Lino ensillaron sus caballos y salieron tras el grupo de indios, todavía con la esperanza de alcanzarlos antes de que mataran a alguien. Sin embargo, cuando llegaron a Guichapá, los jacumeños ya habían asesinado a Lacuaca, a su mujer, a sus hijos Vicente y Andrés, a la cocinera Pilar, y a Juan Higuera.

Satisfecho su deseo de venganza, Cartucho y Pedro Pablo se fueron a Ensenada de Todos Santos, para entregarse al comandante de La Frontera José Antonio Garraleta, sabiendo que se les pasaría por las armas. Garraleta los recibió aparentemente como amigos y les hizo algunos pequeños obsequios, con lo cual los indios, confiados, confesaron al comandante todo lo que habían hecho sin ocultar detalle. Antes de despedirlos, el militar les entregó una carta para que se la dieran al sargento Franco, que se hallaba entonces con algunos soldados en la misión de Guadalupe, diciéndoles que en ella le ordenaba al sargento que les hiciera entrega de dos reses para que se las llevaran a su ranchería.

Confiando en la palabra del comandante, Cartucho y Pedro Pablo llevaron la misiva a su

En la imagen se aprecia lo que queda de las cimentaciones de la misión de visita El Descanso, en el municipio Playas de Rosarito, la cual dependía de San Miguel, ésta última ubicada en donde hoy es La Misión, Baja California. El lugar fue refugio de algunos patriotas que se opusieron al movimiento independentista que se dio en los poblados del norte de la Alta California, que deseaban separar esa provincia del gobierno mexicano, antes de que fuera conquistada por los Estados Unidos.



destinatario, quien después de leerla, acatando las órdenes escritas, apresó a los indios de inmediato y a la mañana siguiente los mandó fusilar. Contaron después los soldados que, al llevar a los indios al paredón, Cartucho le dijo a Pedro Pablo, *Ya lo ves, porfiado. ¿No te decía en el camino que nos fuéramos derecho a nuestras rancherías, sin venir a entregar la carta de ese hombre que me pareció cobarde y nos agasajó de miedo?*, a lo que contestó con entereza Pedro Pablo, *No tengas cuidado, compañero, al cabo que yo voy a morir lo mismo que tú, muérete como los hombres, porque ya nos llegó la raya...*[126].

Así acabaron sus días aquellos indios que, seguidos siempre por los nativos de Jacumé, dedicaron sus vidas a pelear y destruir todo lo que tuviera que ver con la gente de razón que los esclavizaban hasta donde se podía, aunque llegaron a respetar a aquellos que los trataron humanamente.

Las historias relatadas muestran no sólo el rostro feroz de una raza indómita, sino también el racismo y soberbia de "la gente de razón", que se hacían evidentes con esa auto denominación que se daban. Pero en las dos partes hubo personalidades nobles, piadosas y valientes, como Janssens y Jatiñil, o como la india Cesárea y muchos misioneros dominicos, entre los que debe incluirse al mismo padre Félix Caballero[127]. Sin embargo, el problema es que para "los de razón" predominan las apologías y justificaciones de su conducta, porque ellos son los que han escrito las fuentes en que la historia se apoya, pero por los indios, salvo casos excepcionales como los testimonios recogidos por Clemente Rojo sobre Janitín y Jatñil, nadie dice nada porque la raza se extinguió, y cuando vivieron no sabían escribir, lo que ha impedido que sus versiones directas de los hechos se conozcan actualmente.



Casa y horno exterior en el rancho Tía Juana. Cort. Huntington Library, San Marino, Calif., Colec. Pierce, No. 7923.

¿Qué habrían escrito sobre sus rebeliones Martín, Cartucho y Pedro Pablo si hubieran sabido

[126]El fusilamiento también fue presenciado por don Juan Machado, caporal de las misiones Guadalupe, El Descanso y San Miguel o Misión Vieja. Rojo, op.cit., (23).

[127] A pesar de las controvertidas opiniones sobre la personalidad del padre dominico Félix Caballero, jamás se le podrán regatear su gran entrega a la tarea que le confió su orden. Fue un hombre culto, pero también un extraordinario administrador, nunca desdeñó el trabajo físico, como lo atestiguó Janssens en una visita que hizo al misionero y lo confundió con un peón por su atuendo y los quehaceres que hacía, y hasta llegó a realizar exploraciones hacia el este, buscando establecer una ruta a Sonora. Esto último lo hizo en 1823, cuando llegó hasta Tucsón, Arizona, en el mes de junio. Su intento se frustró porque una banda de indios atacó su pequeña comitiva, le robaron todas sus pertenencias, y se vio obligado a regresar a Baja California.

cómo hacerlo? En la página 67 de su libro, "La vida y aventuras en California de Agustín Janssens", el autor dice: *....Jatiñil el pagano, después de Dios, fue nuestra salvación...*; pero, ¿Quién se ha ocupado en registrar esos hechos, en las obras que se han escrito sobre la historia de Baja California?

Es pertinente al final de estos relatos reiterar que las fuentes en que se basan son numerosas, y los testimonios varían en ocasiones notablemente, habiéndose tomado como referencias básicas:

Los "Apuntes Históricos" de don Manuel Clemente Rojo,

"Times Gone By in Alta California: Recollections of Señora Doña Juana Machado de Redington",

"Recollections of Doña Felipa Osuna de Marrón, Native of San Diego Where She Currently Lives, with Various Original Documents from her Private Files of this Same Señora, who Gave Them to The Bancroft Library, 1878",

"Recollections of Doña Apolinaria Lorenzana, *The Pious Woman, an Old Woman About Seventy-Five Years of Age. Dictated by Her in Santa Bárbara in March 1878 to Tomás Savage, Bancroft Library, 1878";* y

"The Life and Adventures in California of don Agustin Janssens, 1834-1856, William Edison y Francis Price, editors.

Los testimonios de las tres mujeres fueron tomados personalmente por el empleado de la Biblioteca Bancroft Tomás Savage[128], en 1878, quien tradujo al inglés las experiencias que le narraron.



Agustín Hanssens

[128] Savage, hijo de un comerciante de Nueva Inglaterra, hablaba bien el español porque nació en 1823 en La Habana, Cuba, en donde pasó muchos años. Sin embargo, debe tenerse presente que la traducción misma fue uno más de los filtros por los que pasaron las versiones que hoy se conocen.

III

Taraval, el gran explorador cochimí, y la masacre de los yumas

Índice

Los primeros trabajadores migratorios en California

El 24 de junio de 1828 era un día especial en la misión de Santa Bárbara de la Alta California, ya que la monotonía cotidiana del poblado se rompía en esa fecha con la celebración que anualmente se hacía por la fiesta de San Juan Bautista. Todos los oficiales del presidio, así como cualquier visitante o forastero que se encontrara en la región, eran invitados a un banquete servido en la misión, en donde se aprovechaba la oportunidad para escuchar las novedades que alguien pudiera traer de Europa o de la ciudad de México.

El padre Antonio Ripoll[129] estuvo por años a cargo de la misión, pero, adelantándose a la aplicación del decreto del gobierno mexicano que ordenaba la expulsión de todos los españoles, abandonó el puesto y se fue con otro misionero en el barco norteamericano "Harbinger", en busca de mejores horizontes[130]. Ahora, el joven misionero mexicano que había substituido a Ripoll, organizó los festejos del santo y aprovechó las competencias deportivas que se hacían entre los indios chumash[131] para repartirles algunos regalos.



Indios Chumash, por Louis Choris.

Uno de los invitados especiales en estos actos fue el capitán francés August Bernard Duhaut-Cilly, cuyo barco "Le Héros", se encontraba anclado en el puerto, y a él se debe la descripción detallada de un episodio que poco se conoce, y menos se relata, sobre la participación de un indio cochimí en las competencias que se llevaron a cabo. Después de la corrida de toros[132], Duhaut-Cilly, fastidiado con el espectáculo sangriento que aun no concluía, se dirigió a la plaza en la que se llevaba a cabo el concurso del palo encebado[133] y que se continuaría con diversas carreras y saltos. Complaciente, el marino francés festejó con sus acompañantes los fallidos intentos que hicieron docenas de indios locales que, en vano, trataron de subir por el palo encebado para apoderarse de la ropa y alimentos que se habían colocado en una bolsa en la punta del

[129] En 1812 un temblor destruyó la misión de Santa Bárbara y tocó al padre Ripoll dirigir la construcción del nuevo templo. La obra se inició en 1815 y terminó en 1820.
[130] Duhaut-Cilly´s Account of California in the Years 1827-1828, California Historical Society Quarterly, invierno 1929, p. 328.
[131] Los indios chumash habitaban la región costera de California desde el norte de Los Ángeles hasta Punta Concepción.
[132] Antiguamente, en la Alta California las corridas de toros consistían en el enfrentamiento de un toro con un oso. Casi siempre uno o los dos animales sobrevivían.
[133] El palo encebado es todavía una competencia en la que el concursante tiene que intentar subir por un poste resbaladizo cubierto de cebo, ayudándose sólo de sus brazos y piernas, el premio se coloca en la parte superior del palo.

poste. Llamó vivamente su atención, sin embargo, la presencia de un competidor indígena cochimí de unos 22 años, proveniente de Baja California, que se destacaba entre los indios chumash locales por su presencia física de una perfecta proporción, además de que, a diferencia de sus rivales, no llevaba las plumas, peinados y atuendos llamativos que aquellos usaban, y sólo cubría su desnudez con dos pedazos de tela amarrados de su cintura.

Al tocarle su turno en la difícil competencia, hubo un silencio expectante entre los asistentes por ser el aborigen sureño el último en concursar. El californio se acercó lentamente al poste, tomó algo de tierra y ceniza del suelo, las arrojó contra el palo, y repentinamente, de un salto se asió del madero y trepó, ayudándose de brazos y piernas, hasta una altura de unos tres metros. Allí duró quizá un segundo inmóvil, todos los espectadores daban por seguro que el cochimí caería al suelo, pero para su sorpresa, después de la breve pausa, siguió subiendo aparentemente con facilidad hasta llegar al extremo. Desde lo alto, afianzado al palo con las piernas y un brazo, lanzó una mirada tranquila a la multitud, descolgó sin mucho esfuerzo la bolsa con los obsequios, y se deslizó rápidamente hasta el suelo, en donde recibió la felicitación del misionero, entre los gritos jubilosos de sus pocos simpatizantes, y la actitud indiferente de los indios chumash. Las siguientes competencias fueron de diversas carreras y saltos, y a pesar de los esfuerzos de los nativos locales, que se confabularon para hacer perder al indio californio, éste salió triunfante en todas[134]. Aquí es pertinente aclarar que varios misioneros jesuitas como Miguel del Barco, Jacobo Baegert y Juan de Ugarte, se ocuparon varias veces en mencionar las cualidades físicas de los indios de sus misiones, en quienes reconocieron siempre su estatura alta, capacidad extraordinaria en la carrera y el salto, y su afición al deporte de la lucha.

El capitán francés, el misionero y los oficiales del presidio aplaudieron al hombre de Baja California, pero aun en el momento de su triunfo, nadie pensó que valiera la pena consignar su nombre u origen, y nunca supieron que tal vez, estaban en presencia del último trabajador agrícola migratorio procedente de las antiguas misiones peninsulares.

Casi 60 años antes de los hechos narrados, el 28 de marzo de 1769 fray Junípero Serra salió de la Misión de Loreto hacia la Alta California, en donde fundaría misiones y poblados acatando las órdenes del visitador general José de Gálvez. Cabe recordar que después de la expulsión de los jesuitas de Baja California desde el 3 de febrero de 1768, los padres franciscanos llegaron al relevo y ocuparon las abandonadas y empobrecidas misiones a partir de abril[135], aunque pronto se dirigieron hacia el norte a lo que se llamaría la Nueva o Alta California. La expedición por mar y tierra, cuidadosamente planeada, tenía por objeto no sólo la evangelización de los gentiles, sino también la colonización de la última frontera al noroeste de la Nueva España; los ingleses y rusos no ocultaban sus ambiciones sobre el

---

[134] Duhaut-Cilly escribió poco después en su diario: ...*En repetidas veces* [el indio cochimí] *contendió por, y ganó, el premio en varias carreras, y fue en vano que los mejores corredores de la misión se confederaran contra él....Era un joven... perfectamente formado, aunque no parecía de constitución robusta, en cada parte de su cuerpo, no había nada que desear por simetría, proporción y belleza de forma...*Duhaut-Cilly, op.cit., p. 329.

[135] Aunque la expulsión en la Nueva España se llevó a cabo del 23 al 25 de junio de 1767, en California se hizo efectiva hasta en la fecha indicada de febrero de 1768. Al poco tiempo, los franciscanos cedieron las misiones peninsulares a los dominicos y se fueron hacia el norte a plantar sus propios establecimientos en la Nueva California.

lejano territorio, y las incursiones de estos últimos procedentes de Alaska eran cada vez más próximas y preocupantes.

Inteligente y enérgico, consciente de la importancia de su misión, Serra planeó con Gálvez hasta el mínimo detalle para asegurar el éxito del importante proyecto. Uno de los problemas cuya solución consideró de máxima prioridad, fue el relativo a la producción de alimentos en los mismos establecimientos religiosos que se fundarían, tomando en cuenta que la gran distancia a las fuentes de abastecimiento de la nueva provincia, como lo eran Loreto y el puerto de San Blas, hacía difícil su adquisición. El franciscano sabía que no había tiempo para enseñar a los nativos de la Alta California el castellano, la religión, y los secretos de la agricultura, la ganadería, la albañilería y demás oficios indispensables para el sostenimiento autónomo de la nueva colonia, por lo que, aplicando un elemental razonamiento, decidió traer peones indios de las misiones de Baja California que ya estaban cristianizados y hablaban el español, además de una o dos lenguas aborígenes.

Desde septiembre de 1768, el capitán de la compañía de cuera del presidio de Loreto, Fernando Javier de Rivera y Moncada, salió del Real de Santa Ana, cerca de La Paz, como vanguardia de la expedición terrestre cuya meta era San Diego, en donde se establecería la primera misión franciscana. El 9 de marzo de 1769 siguió el gobernador Gaspar de Portolá con el resto del contingente, y finalmente, el 28 del mismo mes el padre Junípero Serra, acompañado sólo por dos soldados y un mozo.

Rivera se llevó, según lo señalado por Francisco Palou, *...una cuadrilla de indios neófitos californios para gastadores, ayudantes de arrieros y demás quehaceres que se ofreciesen, armados todos de arco y flechas..*[136], pero es probable que en el resto de la expedición que viajó después también se hayan llevado peones nativos de la península. Lo cierto es que casi todos los autores, incluyendo a Palou y Bolton, mencionan 26 trabajadores cochimíes sobrevivientes en la Alta California, de 89 originales, lo que hace pensar que si todos llegaron a salvo a San Diego, como lo afirma Serra[137], poco después muchos desertarían o morirían.

En los primeros años después de iniciada su labor en la Alta California, los franciscanos pidieron al virrey Antonio María de Bucareli y Ursúa, desesperadamente y por diversos medios, que se autorizara la emigración de más indios neófitos provenientes de Baja California, y sólo basta citar la carta del 25 de diciembre de 1772 del padre Rafael Verger[138] al virrey, y la solicitud que Serra le hizo al mismo gobernante en marzo de 1773. El virrey accedió, estableciendo sólo la acostumbrada condición de que se diera buen trato a los indios, quienes deberían ser considerados como hijos por los misioneros, además de que no se les llevara a la fuerza. Aunque Serra estuvo de acuerdo y dictó las correspondientes disposiciones, éstas no siempre se cumplieron, de suerte que los latigazos y el encadenamiento siguieron aplicándose como castigo contra los nativos que cometieran algún delito.

---

[136] Palou, Francisco. Vida de Fray Junípero Serra, p. 53.
[137] Ibíd., p. 61 ...*Han llegado todos sanos y gordos*...[refiriéndose a los indios].
[138] Verger o Berger era el padre guardián del Colegio de San Fernando en la Ciudad de México, de los franciscanos.

Algunos visitantes europeos hicieron una descripción nada halagadora sobre la vida de los indios en las misiones, sobre todo de las condiciones de insalubridad y hacinamiento en que vivían, así como de los drásticos métodos disciplinarios[139] y la falta de alimentos. Esto último afectaba a muchas misiones, pero sobre todo a la de San Gabriel Arcángel, de donde llegó a desertarse un soldado porque le daban como ración para el día tres tortillas de maíz[140].

El origen de Sebastián Taraval

Uno de los indios cochimíes que formó parte de aquel flujo migratorio a la Alta California fue Sebastián Taraval[141], aunque no se conoce con precisión la fecha, o la expedición que lo llevó allá. Se sabe que sus padres se casaron en la misión de San Ignacio el 7 de noviembre de 1748, y cuando el padre jesuita Jorge Retz fundó la misión de Santa Gertrudis el 15 de julio de 1752, en el centro de la península de Baja California apenas al norte del paralelo 28, se llevó algunos indios de San Ignacio, entre los cuales es probable que hayan ido los padres de Sebastián.

En noviembre de 1764, probablemente el día 5, Sebastián se casó con Dolores Kinaján en ceremonia presidida por el padre Jorge Retz, el recién casado tendría unos 15 años de edad, y Dolores tal vez 13 ó 14. Todo parece indicar que el joven matrimonio permaneció en Santa Gertrudis cuando menos por 5 años, pues un registro del 20 de abril de 1769 menciona el bautizo de la niña llamada María Dolores, cuyos padrinos fueron Sebastián y Dolores, pero cuando el padre Serra pasó por la misión rumbo a San Diego el 26 de abril de 1769, Sebastián fue de los seleccionados para irse al norte con el misionero. Con una clara visión de los problemas que tendría que vencer al iniciar la colonización de la Alta o Nueva California, el padre franciscano trataba desde entonces contar con indios cristianos, con el dominio del español, y sobre todo, capaces de llevar a cabo un trabajo productivo en el campo.

Poco después, el indio cochimí se encontraba en Alta California, lo que está documentado en un registro de la Misión de Santa Gertrudis, Baja California, fechado el 17 de diciembre de 1769 en el cual se indica que María Dolores, la esposa de Sebastián, bautizó a una niña llamada Albina María, señalando el documento que Taraval estaba en Monterrey. Esto no era del todo cierto, pues el lugar que Vizcaíno llamó puerto de Monterrey aun no lo encontraba la expedición encabezada por el gobernador Portolá y el capitán Rivera, pero la esposa de Taraval debe haber creído que su marido estaba en aquel puerto, y así lo han de haber pensado todos en Santa Gertrudis, ya que ése eral el destino planeado desde que Serra se llevó a Sebastián para San Diego. El desarraigar a los indios de su terruño natal no

---

[139] Jean de la Perouse, al mando de los barcos franceses Boussole y Astrolabe, fue el primer visitante europeo que estuvo en la Alta California española, y consideró que la práctica de los latigazos y el cepo contra los indios que violaban alguna regla, los hacía parecer como esclavos.

[140] Coincide este dato con el registro hecho por Anza en su diario el miércoles 23 de marzo de 1774 donde dice: ....*los soldados de escolta no tienen mas racion diaria que tres tortillas de maiz, y las Yerbas Campestres que cada qual solicita para si*.... Montané Martí, Julio César. Juan Bautista de Anza: Diario del Primer Viaje a la California, 1774. Hermosillo, Sonora. Reprográfica, S.A., 1989.

[141] La mayor parte de los autores norteamericanos escriben Tarabal. Siguiendo una de las costumbres de la época, al bautizarlo se le asignó el nombre de algún misionero o misioneros de la región, en este caso, Segismundo Taraval y Sebastián Sistiaga, los dos llegaron a ser misioneros residentes en San Ignacio.

era práctica nueva o exclusiva de los fernandinos, pues por diversas causas, los jesuitas llegaron a movilizar a los indígenas de rancherías o misiones a otros lugares.



Antonio Ponce Aguilar

Arriba, el semidesierto de la región que rodea Santa Gertrudis, en donde Sebastián Taraval pasó su primera juventud. Abajo, edificio de cantera de la misión de Santa Gertrudis, terminada por los dominicos en 1796.



Antonio Ponce Aguilar

Cabe aclarar que Portolá y el capitán Rivera, en un primer viaje y después de soportar grandes penalidades, fracasaron, al no reconocer el puerto de Monterrey conforme a la descripción que había hecho Vizcaíno casi 168 años antes, pero en una segunda exploración, quienes viajaban por tierra llegaron al puerto anhelado el 24 de mayo de 1770, y el "San Antonio" por mar, el día 31 del mismo mes. Lo casi seguro es que Sebastián sí acompañó a los expedicionarios en uno o en los dos viajes a Monterrey, y posiblemente a Rivera y Moncada cuando, el 10 de febrero de 1770, el capitán fue por provisiones de San Diego a San Fernando Vellicatá, en Baja California, siendo lógico que tratara de acompañarse por indígenas que ya hubieran viajado por esa región y dominaran el lenguaje cochimí.

Sin embargo, de alguna forma y por razones que no se conocen, Taraval regresó por un tiempo a la misión de Santa Gertrudis, lo que se ha comprobado gracias a su gusto por apadrinar a recién nacidos, ya que según un registro del 1º de septiembre de 1771, participó en el bautizo de un niño llamado Juan Diego.

Los dominicos relevaron a los franciscanos en las misiones de Baja California con base en el concordato del 7 de abril de 1772[142], y el padre Francisco Palou, que fungía como presidente de las misiones peninsulares por encargo de Serra, les hizo entrega de los bienes inmuebles y de los indios de acuerdo con inventarios y relaciones detalladas. Palou se dirigió entonces a la Alta California acompañado por varios misioneros, y a su paso por Santa Gertrudis el 9 de junio de 1773, se llevó a algunos indios, entre ellos a Sebastián Taraval, su esposa y su hermano[143]. Debe mencionarse que los dominicos, representados por fray Vicente Mora, consideraron injusto que los franciscanos, apoyados por disposiciones de José de Gálvez y del propio virrey, les quitaran adornos eclesiásticos, ganado y hasta a los indios de sus misiones, para llevarse todo a las misiones de la Alta California con objeto de empezar su labor de inmediato, pero tuvieron que ceder a las órdenes recibidas. Al abandono de las humildes misiones peninsulares por el gobierno, se sumaba el agravio de quitarles lo poco que tenían en beneficio de la nueva provincia[144], que desde entonces parecía destinada a un mayor y rápido desarrollo tanto poblacional como productivo.

---

[142] Como resultado de las pláticas sostenidas por los padres Pedro Iriarte y Laurnaga por los dominicos y Rafael J. Verger por los franciscanos, el 7 de abril de 1772 se firmó un Concordato por el cual los fernandinos cedieron a los padres predicadores todas las misiones de la Península , mientras que ellos se quedaron con las de la Nueva (Alta) California. La misión dominica más septentrional se plantaría en el arroyo de San Juan Bautista, llamado después San Miguel, hoy conocido en su desembocadura como La Misión, y su territorio se extendería años después hasta la actual Punta El Descanso.

[143] Hay discrepancia entre algunos historiadores sobre quiénes acompañaron a Taraval, primero a la Alta California, y después en su fuga hacia el desierto. Bancroft dice que eran sus padres, Chapman señala que eran su esposa y su hermano, Hildgarde Hawthorne dice que escapó con dos nativos. El autor ha preferido la versión que da el capitán Juan Bautista Anza, quien en su diario señala que eran su esposa y su hermano de él. Posiblemente sea de más valor la estimación hecha por Anza debido a que convivió con el indio cochimí, que fue guía de su expedición primera a Alta California. Montané, Juan Bautista de Anza..., op.cit., registro del día 17 de febrero de 1774.

[144] Antes de regresar a España, José de Gálvez dejó orden y los medios económicos necesarios para que se fundaran cinco misiones entre San Fernando Vellicatá y San Diego, en Baja California, sin embargo, Francisco Palou nunca lo hizo aduciendo la razón de que faltaban soldados para resguardar los establecimientos que se fundaran; poco después, Palou y demás franciscanos se inconformaría seriamente con el capitán Fernando Javier de Rivera y Moncada, cuando éste no apoyó a los misioneros en la fundación de nuevas misiones en Alta California porque faltaban soldados para su protección. Los nombres que tendrían las nuevas misiones peninsulares eran: San Joaquín, Santa Ana, San Juan Capistrano, San Pascual Bailón y San Félix de Cantalicio. Vida de Fray Junípero Serra, F. Palou, p. 84.

Poco tiempo después, Taraval y su familia se hallaban en la misión de San Gabriel Arcángel, muy cerca de la actual ciudad de Los Ángeles, junto con otros peones indios traídos del sur para enseñar y ayudar en los trabajos agrícolas a 73 neófitos gabrieleños de filiación chumash[145]. Los principales trabajos eran hacer canales, construir represos, y plantar maíz, trigo y frijol, cerca de la aldea india de Yang Na[146], aprovechando el agua del río Los Ángeles.

Sin embargo, las condiciones de vida para los trabajadores peninsulares eran muy difíciles, al grado de que la comida estaba racionada y ellos prácticamente tenían que conseguírsela. Hubo un tiempo en que cada colono y soldado tenían derecho a tres tortillas diarias, como lo señaló el mismo capitán Juan Bautista Anza en su diario el 23 de marzo, cuando no aceptó de los misioneros un trato especial para él y sus hombres al llegar a la misión en 1774 y se sujetó a la misma regla que a todos se aplicaba. Esta miseria obligó a varios indios cochimíes a desertarse, aunque luego eran recapturados y castigados severamente, y lo mismo sucedió cuando menos a un soldado español que, por esa causa, escapó hasta San Fernando Vellicatá a donde llegó en muy malas condiciones de salud. Por otra parte, los indios locales y los californios del sur se entendían con mucha dificultad por las diferencias de sus lenguajes; aquellos hostigaban constantemente a los recién llegados; las chozas en que tenían que vivir eran miserables e insalubres, y los castigos aplicados a veces por causas baladíes eran muy frecuentes.

La situación difícil que se ha mencionado, sumada a la nostalgia natural que Sebastián debe haber sentido por su terruño, Santa Gertrudis, en donde la vida debe haberle sido más llevadera, lo impulsaron a planear su fuga de la misión acompañado por su esposa y su hermano.

La fuga de San Gabriel

En fecha no determinada, posiblemente unos dos o tres meses después de su llegada a San Gabriel en 1773, Taraval huyó de la misión acompañado de su familia, rumbo a las montañas del este[147]. Quizá el objetivo final de los fugitivos era su hogar, Santa Gertrudis, a casi 800 Km. de distancia hacia el sur, pero su propósito inmediato era quedar fuera del alcance de los soldados, que seguramente los buscarían para llevarlos de regreso a San Gabriel y aplicarles los latigazos acostumbrados. Sabiendo que los españoles prácticamente desconocían el terreno hacia el oriente, el cochimí decidió arriesgarse y viajar por ese rumbo, quizá con la esperanza de devolverse más adelante hacia el suroeste, ya que estuvieran lo suficientemente lejos de San Gabriel.

---

[145] Chumash es el nombre de la etnia que poblaba la región costera de California entre Malibú, cerca de Los Ángeles, y Paso Robles, un poco al norte de San Luis Obispo, así como las islas al norte del Canal de Santa Bárbara.

[146] Yang Na era el nombre que tenía una gran ranchería ubicada en lo que hoy es la calle Olvera, de los Ángeles. En 1542, el lugar fue llamado por Cabrillo "Bahía de los Fumos" porque de cada una de las cientos de cabañas que había en el lugar salía una columna de humo.

[147] Sin señalar la fuente, Bancroft dice en su "History of California", 1: 21, que la fuga fue en agosto, mientras que otros autores dan el mes de octubre como fecha de la escapatoria.

Debe recordarse que los misioneros y exploradores de la época casi no conocían las sierras y desiertos que se extendían al noreste de la península y al sureste de la Nueva California, aunque tal vez de oídas, el indio cochimí tendría alguna idea de lo que había por el desconocido territorio. Lo que sí sabía era que todos los soldados, comenzando con el capitán Rivera y Moncada, conocían bien la ruta a las misiones de Baja California, la más próxima, San Fernando Vellicatá, pero nunca se habían aventurado más allá de las montañas que se divisaban por donde nace el sol. Cuánto debe haber pensado el joven californio cuál era el mejor rumbo a seguir, hasta que finalmente prefirió tomar el riesgo de irse hacia las montañas del este en lugar de tomar una ruta conocida por los soldados, lo que seguramente hubiera facilitado su captura.

Desde tiempos remotos, por siglos, los nativos habían ido estableciendo una red muy amplia de rutas que unían sus rancherías; los campamentos provisionales de los que salían a cazar, a recolectar frutos, semillas y raíces comestibles; y lugares de las playas en donde podían recoges moluscos o adentrarse en el mar para la pesca. También esas veredas conectaban lugares estratégicos para su subsistencia, como los aguajes, sitios en que podían encontrar leña, y lugares en los que había yacimientos de obsidiana que requerían para elaborar sus puntas de flechas y cuchillos. Todos los días de toda su vida, la actividad esencial de los indios era buscar alimentos, pero concomitante a ella estaba el caminar y caminar por esas veredas que eran, como lo son ahora las carreteras para la sociedad actual, arterias indispensables para la vida de sus comunidades.

Al este de San Gabriel están las montañas de San Bernardino y San Jacinto, y más allá, al sureste, el gran desierto del Colorado que toma nombres locales como los valles de Coachella, Borrego, e Imperial, éste último que se relaciona hacia el sur, ya en territorio mexicano, con la Laguna Salada, el Valle de Mexicali y la Delta del Colorado. Al sur de Coachella y al este de Borrego está el Mar de Salton, depresión que en la época de este relato se hallaba seca, pero en 1905 una accidental descarga de agua del río, que ya se empleaba para riego, formó el depósito que hoy lleva el nombre mencionado. Esto fue posible debido a que la depresión Salton está bajo el nivel del mar, y por lo tanto, su altura es inferior al cauce del Colorado.

Mientras el pequeño grupo que formaban Taraval y su familia se mantuvo caminando por las faldas de las montañas rumbo al sureste, siempre manteniendo la salida del sol un poco a su izquierda, los alimentos y el agua no les faltaron, después de todo, el cochimí, aun siendo cristiano, sabía reconocer, como sus ancestros y los indios gentiles de entonces, los frutos, las raíces y semillas comestibles que pueden encontrarse en el monte; encender el fuego no le significaba problema, y la leña no les faltaba. Sin embargo, al ir descendiendo hacia la zona desértica las dificultades se tornaron más serias, ya no existían los grandes árboles que les proporcionaban sombra en el día y abrigo por la noche, era más difícil identificar las veredas, la vegetación de matorrales espinosos y cactáceas empezó a predominar, y los aguajes se fueron encontrando más y más distantes.

Muy pronto, los fugitivos se encontraron en medio del desierto; el problema de la comida no era tan grave, pues algunas raíces y frutos de cactus, huevecillos de aves, así como la carne de víbora y otros reptiles que mataban, les ayudaron a sobrevivir. Pero la escasez del agua sí era un problema, y a los pocos días de haberse adentrado en el desierto, murieron de

sed María Dolores y el hermano de Sebastián[148], aunque el fallecimiento de éste resulta dudoso, encontrándose muy probablemente al oeste del actual mar de Salton. La pérdida de sus acompañantes tuvo un efecto contradictorio en Sebastián: por una parte, el pesar por el fallecimiento de su pequeña familia, pero por otro, la posibilidad de avanzar con más rapidez en aquel desierto que parecía interminable.

Los californios ancestros del indio cochimí fueron, según testimonios de los misioneros y muchos exploradores, extraordinarios caminantes y corredores. Baegert, tan parco al referirse a las cualidades de los guaycuras del sur, señaló: *Los indios californios son excelentes corredores. Con gusto les hubiera regalado mis tres caballos para que se los comieran si yo hubiera podido caminar tan bien como ellos. Siempre que viajé, me cansé incomparablemente más de cabalgar que ellos de caminar. Hoy caminarán 20 horas y regresarán mañana al lugar del que comenzaron sin mostrar mucha fatiga..*[149]. Fue por esta gran capacidad para las caminatas por los senderos más hostiles, que Taraval pudo continuar su marcha, exprimiendo la pulpa de algunos cactus para obtener algo de agua, viajando en las madrugadas, o al atardecer y por la noche para evitar los efectos deshidratantes del sol; atrapando lagartijas y ratas del desierto, y asando quiotes de agaves para alimentarse. Pero aun así, su gran fortaleza física iba disminuyendo poco a poco.

Vestido sólo con un pantalón hecho jirones que le llegaba a las rodillas, semidesnudo el torso y apenas protegidos los pies con unas especies de sandalias de fibras de agave, Taraval siguió avanzando, arrastrando los pies, afianzándose a la vida que por momentos parecía dejarlo. Se encontraba entonces al oeste de una gran llanura blanquizca, salitrosa y estéril, en la que se veían sólo matorrales espinosos, aunque ocasionalmente, se erguían a lo lejos algunos mezquites, y unos árboles parecidos al "torote" de Baja California.

Sebastián, ahora, mantenía a sus espaldas la sierra que penetra de la península de Baja California hacia el norte de la frontera, y viajando al sureste, trataba de seguir los cauces secos de arroyos que, cuando estuvo muy cerca de las montañas, conservaban en algunos lugares restos de humedad o vegetación; en algunas partes aprovechó los escarbaderos que habían hecho los coyotes en busca de agua y a veces, profundizando un poco más el hoyo, sacaba pequeñas pero preciosas cantidades del líquido. Esta vez, desesperado por momentos, bajaba por el lecho seco de un arroyo que hoy se llama San Felipe, que desciende de las montañas en dirección sureste hasta la depresión Salton, cuando una mañana divisó a lo lejos unas siluetas humanas, tras las cuales se notaba una mancha gris verdosa indicadora de una vegetación más abundante.

Al principio el sol le impidió ver con claridad suficiente, pero poco a poco pudo percibir que algunos hombres se acercaban a él, por entre la mancha vegetal que formaban matorrales del desierto, verdes y frondosos; Taraval sintió que el suelo arenoso se tornaba húmedo, y en ese momento varios hombres desnudos, armados con arco y flechas, estuvieron en contacto con el cochimí y le tendieron los brazos para ayudarlo, hablando

---

[148] El 17 de febrero de 1774, el capitán Juan Bautista Anza escribió en su diario: ...*a causa de que el mencionado natural* [Sebastián Taraval] *salió perdido por inmensos medanales a las rancherías del capitán Palma, en las que padeció tal fatiga y falta de agua, que pereció, por uno y otro, su mujer, faltándole a él y a un hermano suyo muy poco para que les acaeciera lo mismo...*, lo que significa que Anza suponía que el hermano de Taraval no había perecido en el desierto.

[149] "Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien..."., Baegert, op.cit. p. 85.

entre ellos y al propio californio con un lenguaje que, aunque extraño, tenía ciertas coincidencias con el suyo.

Desde el principio en que se dio el contacto entre Taraval y aquellos indios, fue clara una actitud amistosa y de ayuda hacia el sediento y exhausto fugitivo. Dos jóvenes nativos, acatando la orden de quien parecía el capitán del grupo, tomaron de los brazos a Sebastián y lo ayudaron a seguir caminando por una vereda ascendente que salía del arroyo hasta llegar a una ranchería formada por varias enramadas con forma de domo, semejantes a las casas que hacían los californios.



Cort. US. Nat. Park Service

Ciénega de San Sebastián, cerca del Mar de Salton. Anza le dio ese nombre en honor al indio cochimí que condujo a la expedición de 1774 desde Santa Rosa de las Lajas hasta Monterrey.

Este campamento estaba en las márgenes de una depresión en la que había varias pozas con agua abundante, a la que llegaba otro arroyo proveniente del sur. Se trataba de lo que se conoce hoy como Ciénega de San Sebastián, nombre que, como se verá más adelante, le dio Juan Bautista Anza en 1774 en honor de su guía, el indio cochimí. El arroyo principal por el que descendió Sebastián era el San Felipe, y el que se le unía por el sur era el Carrizo. Los hombres llevaron al californio hasta una cabaña fabricada con ramas de la ciénega, descolgaron de un palo una bolsa membranosa, esférica por el agua que contenía, semejante

a la vejiga de los grandes mamíferos[150], y se la ofrecieron a Taraval; quien bebió hasta calmar la sed que tanto le había atormentado. Los hombres no dejaban de hablar y, aparentemente, de preguntar al californio la razón de su presencia en aquel paraje.

Después de recobrar algo de su energía, Sebastián, ayudándose con dibujos en el suelo, señas, y algunas palabras comunes a las dos lenguas, logró comunicar a sus salvadores la tremenda odisea por la que había pasado. La gente de la ranchería llegó hasta donde estaba el cochimí, sentado ahora bajo un mezquite, tratando de saber quién era y de dónde venía, pero sin hostigarlo. Dos o tres mujeres, cubiertas de la cintura hacia las rodillas con una especie de falda de cordoncillos vegetales, tatuadas de la cara, llegaron con una batea en la que había trozos de carne seca, dátiles cimarrones, vainas de mezquite tostadas y trozos de mezcal tatemado, todo lo cual fue devorado por el californio[151]. Al poco tiempo lo dejaron solo y Taraval se durmió profundamente hasta el día siguiente[152].

De la ciénega al Colorado

Después de varios días de descanso, habiendo aprendido algo de la lengua que empleaba aquel pueblo, el indio californio estuvo de acuerdo con sus anfitriones en que debía seguir su jornada hacia el este. Los aborígenes que tan amablemente lo trataban, pronto tendrían que dejar el campamento para dirigirse a las montañas del suroeste en busca del venado y borrego cimarrón, y por su parte, Sebastián sabía que no era conveniente quedarse allí, dada la posibilidad de que los soldados españoles de San Gabriel pudieran haber seguido su huella. Fue así como, con dibujos en la arena y palabras conocidas, el capitán de la ranchería le hizo saber al californio que hacia el este, a unos 6 ó 7 días de camino había un gran río, en cuyas márgenes vivía la nación de los yumas, gobernados por el jefe Olleyquotequiebe[153], quien se conocería después como Salvador Palma. Prácticamente, pues, el objetivo inmediato de Sebastián era pedir asilo a los yumas.

---

[150] En el viaje que hizo Francisco de Ulloa en 1539 por el Golfo de California, conoció el campamento de indios que vivían en el desierto de la península, al sur de San Felipe, y escribió en su diario que estos nativos conservaban el agua en vejigas de lobos marinos. Aunque la ciénega a la que llegó Sebastián estaba a más de 150 kilómetros de la costa oriental de Baja California, no hubiera sido remoto que, gracias al intercambio que hacían los indios del desierto, los de la sierra y los costeños, los nativos de aquella ranchería pudieran haber conocido las bolsas membranosas de vejiga de lobo marino como las que vio Ulloa. Por otra parte, también es probable que los indios que encontró Taraval, por su trato con los yumas del Colorado, hayan conocido las ollas de barro y en ellas conservaran el agua en aquella ranchería.

[151] "Adaptation of the Bajacalifornian to the Environment From Earliest Times to the Mid-Nineteenth Century". M. Mathes, The Journal of San Diego History, Summer 1981, Vol. 27, N. 3.

[152] Los datos de los párrafos anteriores en lo que se refiere a las palabras empleadas, actitudes, gestos y alimentos son hipotéticos, pero pudieran ser en parte coincidentes con la situación real que vivió Taraval en aquellos momentos. El autor se ha basado en las costumbres y usos de los indios del desierto, que sí se conocen por los relatos de misioneros y exploradores, así como por la vegetación y clima, que poco deben haber cambiado de entonces a esta fecha.

[153] *Olleyquotequiebe* significa "El que habla como murmurando" en lenguaje yumano. En realidad, lo más probable es que el nombre en castellano del jefe yuma se lo haya asignado el padre Francisco Garcés, aunque su bautizo se llevó a cabo en la Catedral de Santa María de la Asunción, de la ciudad de México el 26 de octubre de 1766, cuando el ahora Teniente Coronel Juan Bautista Anza, después de su segundo viaje a California, llevó al jefe indio, a su hermano y otros dos nativos a la ciudad de México, en donde conocieron al virrey, al que prometieron vasallaje. El recién bautizado como Salvador Carlos Antonio Palma, fue confirmado en Durango el 3 de abril de 1777 por el gobernador, todo lo que se explica porque los españoles querían tener como amigo al caudillo de la nación yuma, y así no tener problemas en el tránsito a California. Poco duraría aquella ruta y la amistad entre yumas y españoles.

La ruta indicada era, primero pasar por el Cerro de la Obsidiana[154], lugar de cruce de multitud de veredas o rutas, hechas por diversas etnias tanto de la sierra como del desierto, que acudían al lugar en busca del preciado mineral; y de allí, mantener el rumbo al sureste hasta que llegara al río Colorado. Taraval fue provisto con dos bolsas con agua, algunos alimentos, cuchillo de obsidiana, arco y flechas, y dos maderitos para encender fuego[155], todo en una red hecha con fibras retorcidas de agave. Además, fue provisto con una especie de calzado de cuero de venado que se ataba con cordones a los tobillos.

Corría el mes de noviembre, y el clima del desierto era de temperaturas templadas durante el día, pero muy frías en las noches. Aun así, Taraval caminó esta vez sin contratiempos, gracias a las orientaciones recibidas de sus amigos sobre un par de sitios en que podría encontrar algo de agua, en los lechos casi siempre secos de varios arroyos que venían del sur hasta la gran depresión; los ríos Nuevo y Álamo son los dos arroyos que Sebastián debe haber cruzado, quizá por cauces secos o cenagosos, pero con aguajes suficientes. Sebastián tuvo suerte, y en uno de los lugares indicados halló no sólo aguajes aislados, sino una ciénega con algunos pescados en las pozas que se formaban, lo que le permitió mejorar su alimentación. Después de varias horas de descanso en aquel lugar, y al sexto día de haber salido de la ranchería, desde lo alto de una colina pedregosa, Sebastián contempló por primera vez el río Colorado, deslizándose majestuoso hacia el sur, entre una mancha verde de vegetación que destacaba sobre las amarillentas arenas del desierto.

Al oscurecer, el californio siguió caminando manteniendo las constelaciones boreales hacia su espalda y a la izquierda, y sería de madrugada cuando se detuvo a dormir un poco en una zanja que hizo en la arena. Antes de salir el sol reanudó su camino, pronto vio a lo lejos mezquitales y bosquecillos de álamos a la orilla del río; cuando sorpresivamente, tras una desviación de la vereda se encontró con unos diez hombres desnudos, armados con arco y flechas, de pelo largo, que hablaban entre sí una lengua que, al principio, le pareció incomprensible.

Cuando los nativos vieron a Sebastián, empuñaron sus armas y se acercaron a él con cierta precaución, preguntándole algo que el californio no entendió. Finalmente, dos de ellos lo tomaron con brusquedad de los brazos, y siguiendo la vereda hacia el río, pasaron por una ranchería muy grande, en donde Taraval vio a algunos indios con el pelo hasta los hombros, ocupados en la elaboración de cestos, algunos estaban desnudos, pero la mayoría llevaba una alargada pieza textil rectangular por enfrente y otra por detrás, ambas pendientes de un cordón atado de la cintura. En otra parte, unos muchachos batían arcilla en una depresión del terreno, aparentemente para fabricar recipientes de cerámica, mientras que los niños jugaban y corrían entre las chozas del poblado.

Taraval observó que las mujeres se cubrían casi igual que las indias gentiles de Santa Gertrudis, con una especie de falda hecha de corteza de sauz y álamo, o hilos retorcidos de fibras vegetales, pendiente de un cordón amarrado en su cintura, llevaban el pelo largo y collares de conchas pequeñas; en algunas, el californio notó que se cubrían con pieles de

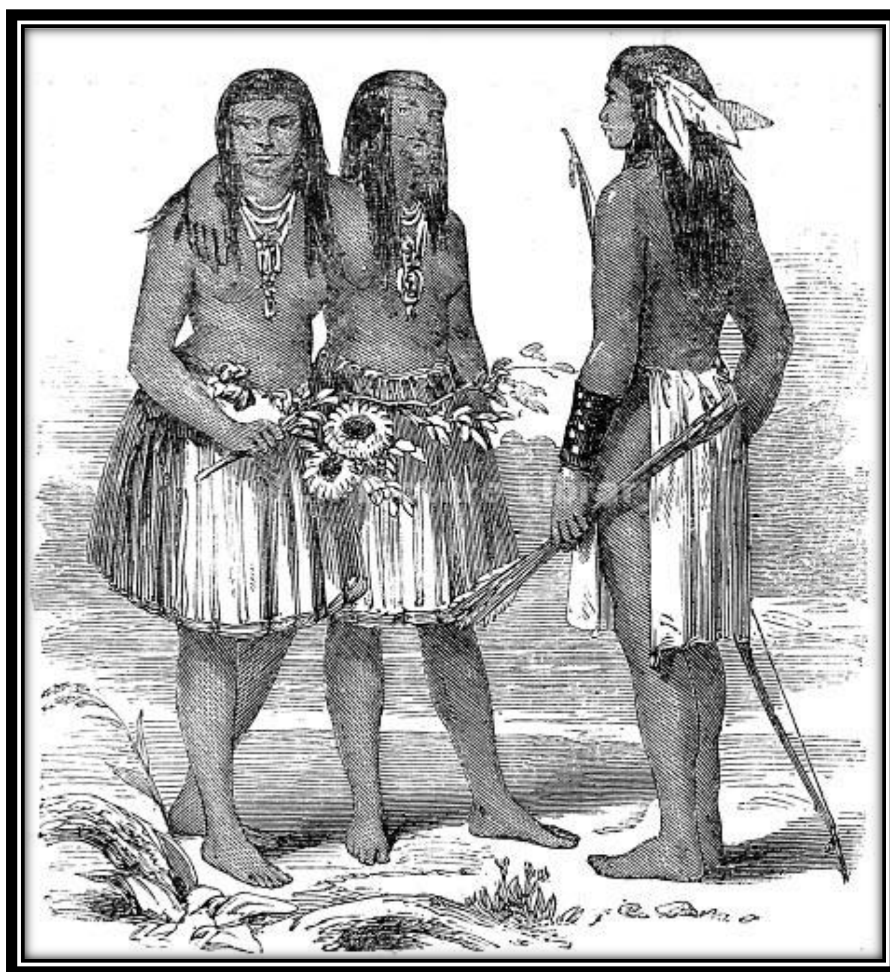
---

[154] "Obsidian Bute" es una elevación al este de la depresión Salton, en el que está uno de los yacimientos de obsidiana más abundante en el suroeste de los Estados Unidos.

[155] Como casi todos los pueblos prehistóricos, los indios californios encendían el fuego frotando una varita de madera dura sobre un madero relativamente blando.

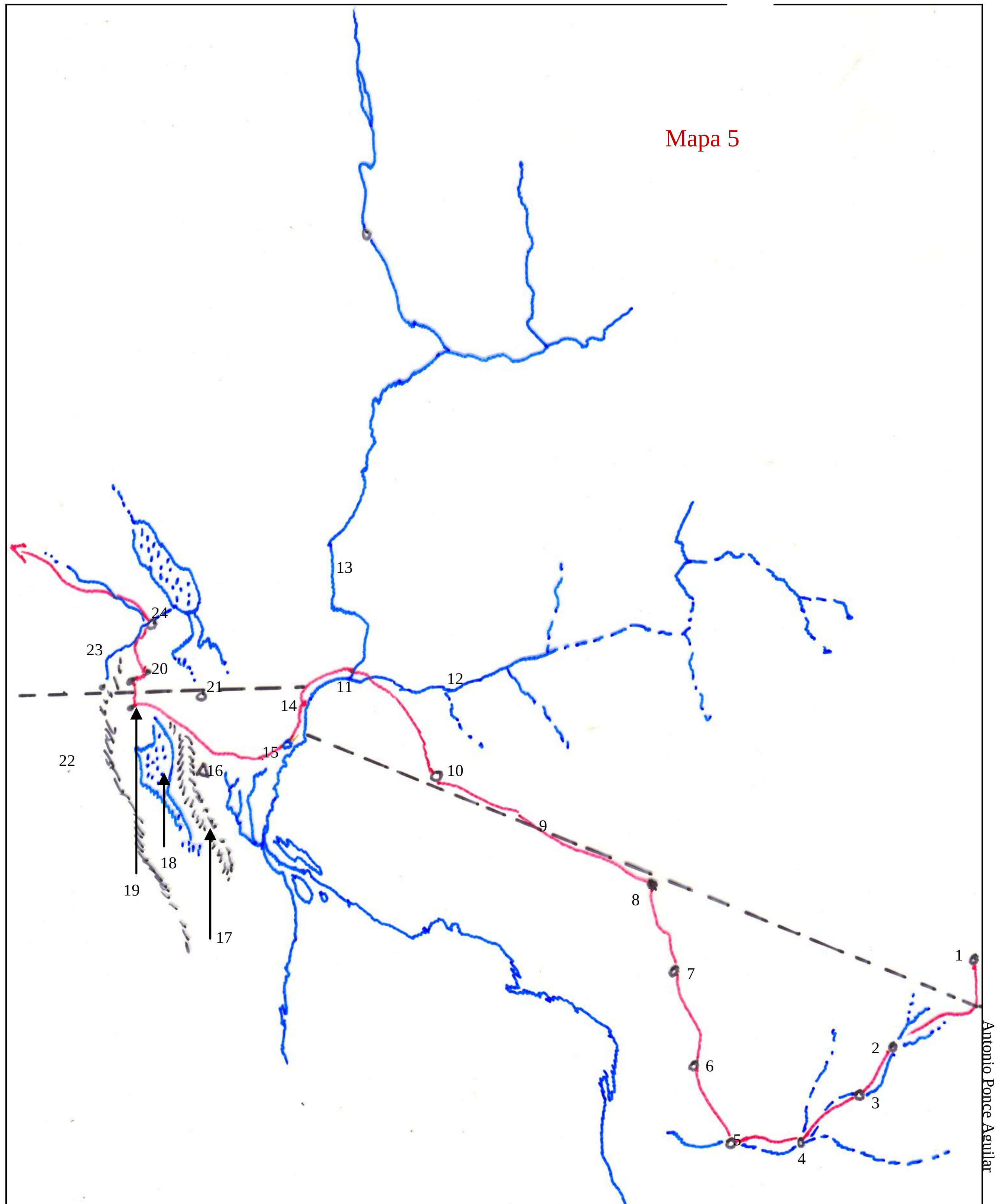
conejo, nutria o venado. Al igual que muchos de sus hermanos cochimíes, Sebastián vio que aquellos hombres se pintaban la cara de rojo y negro, y se hacían varios agujeros en las orejas para colgarse aretes. En varios de ellos observó que también se atravesaban la nariz con una varita o plumas.

Después de pasar por un sembradío de calabazas y maíz, que ya tenían sus frutos, el grupo llegó a la orilla del río, en donde había una balsa grande; subieron todos a ella y empezaron a bogar hacia una isleta del río en la que se veían varias casas de ramas, algunas revestidas de lodo. Después de desembarcar, los nativos llevaron a Sebastián a una casa grande, frente a la cual se hallaban sentados tres hombres, luego sabría el californio que se trataba del jefe yuma Olleyquotequiebe y sus dos hermanos. Después de cambiar algunas palabras, los yumas invitaron a Taraval a sentarse y adoptaron una actitud menos áspera. Utilizando el recurso de la mímica, haciendo los consabidos dibujos en el suelo, y empleando algunas palabras que tenían semejanza[156], pudieron comunicarse con cierta facilidad.



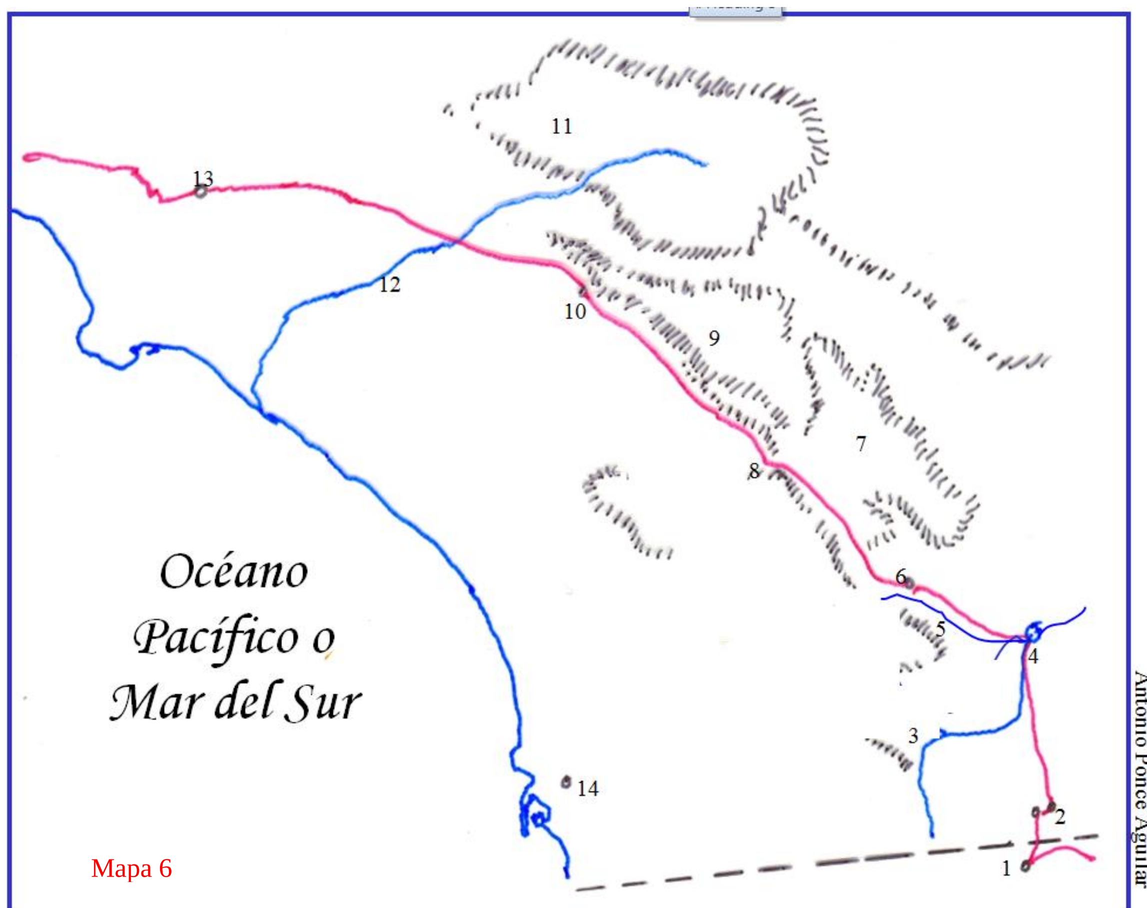
Dibujo de indios yumas del S. XIX.

[156] Taraval hablaba el lenguaje ignacieño, de filiación yumano-peninsular, pero en San Gabriel había aprendido un poco del yumano norteño que hablaban los indios chumash, con el cual tenía relación directa el idioma de los yumas.


Mapa 5
13
24
23
20
21
11
12
14
15
22
16
10
9
18
19
8
17
1
7
2
6
3
5
4
Antonio Ponce Aguilar

RELACIÓN DE NOMBRES, MAPA 5 (PÁGINA ATERIOR)

1. ***Tubac***
2. ***Saric***
3. ***Tubutama***
4. ***Altar***
5. ***Caborca***
6. ***El Coyote***
7. ***Quitovac***
8. ***Sonoytac o Sonoyta***
9. ***Camino del Diablo***
10. ***Tinajas Altas***
11. ***Paso del Colorado (Concepción)***
12. ***Río Gila***
13. ***Río Colorado***
14. ***San Pablo***
15. ***Laguna de Santa Olaya***
16. ***Cerro Prieto***
17. ***Sierra Cucapá (San Jerónimo)***
18. ***Laguna Salada o Mcuata***
19. ***Aguaje Santo Tomás***
20. ***Santa Rosa de las Lajas***
21. ***Mexicali***
22. ***Sierra de Juárez***
23. ***Arroyo Carrizo***
24. ***Ciénega de San Sebastián***
25. ***Arroyo San Felipe***
26. ***Mar (Depresión) Salton***
27. ***Rumbo a San Gabriel***
28. ***Needles***
29. ***Cruce Mohave (o Mojave)***



Ruta de la expedición de Anza, guiada en Alta California en 1774 por el indio cochimí Sebastián Taraval. La línea negra de guiones señala la frontera entre las dos Californias. **(NOMBRES EN SIG. PAG.)**
(Las escalas de los dos mapas son diferentes)

RELACIÓN DE NOMBRES, MAPA 6.

1. Aguaje De Santo Tomás
2. Santa Rosa de las Lajas
3. Arroyo Carrizo
4. Ciénega de San Sebastián
5. Arroyo San Felipe
6. San Gregorio
7. Montañas Santa Rosa
8. Paso Real de San Carlos
9. Montañas San Jacinto
10. San Antonio Bucareli
11. Montañas San Bernardino
12. Río Santa Ana
13. San Gabriel
14. San Diego

El jefe yuma se consideraba amigo del capitán español Juan Bautista Anza, que tenía a su cargo el presidio de Tubac, al norte de lo que hoy es Nogales. Este oficial, formado en la frontera norte de la Nueva España, había considerado desde tiempo atrás la posibilidad de establecer una ruta terrestre desde Sonora a las misiones de la Alta California, especialmente San Diego y San Gabriel. La inquietud de Anza aumentó cuando el misionero Francisco Garcés, al regreso de uno de sus viajes, narró al capitán que, desde el desierto que está al pie de la sierra de Baja California, mirando hacia el noroeste, había visto una abra o portezuelo que seguramente comunicaba hacia el Mar del Sur u Océano Pacífico, y, consecuentemente, a las misiones franciscanas que se acababan de establecer en la costa. Esto acabó de decidir al capitán a gestionar ante el virrey la autorización para llevar a cabo una exploración que abriera la ruta hacia aquella provincia. Antonio María de Bucareli y Ursúa, considerado en la historia como uno de los mejores virreyes de la Nueva España, concedió la autorización a Anza, y éste realizó todos los preparativos para llevar a cabo la expedición en 1774.

Hacía varios años que las etnias del desierto del Colorado, excepto los apaches, se encontraban en paz con los españoles gracias, sobre todo, a la penetración misionera que habían realizado con gran sacrificio y paciencia hombres como Eusebio Francisco Kino y Francisco Garcés. Éste realizó varias exploraciones por el desierto del Colorado y el norte de Sonora, casi siempre acompañado si acaso por un guía, o a veces solo; su buen trato hacia los indios le granjeó la simpatía de las tribus del desierto, casi siempre fue bien recibido en las rancherías que visitó, y preparó a muchos gentiles para recibir el bautismo. Por otra parte, siguiendo la estrategia española para lograr la conversión de los gentiles al cristianismo, Anza y Garcés les obsequiaban cuentecillas de vidrio y otras baratijas, a lo lejos algo de ropa, y en alguna ocasión la carne de una res. Muchos gentiles deben haberse convertido al cristianismo de buena fe, pero otros eran zalameros con los misioneros y los oficiales del ejército, como el capitán Anza, sólo con el interés de obtener algún beneficio.

El jefe de los yumas Salvador Palma, explicó a Taraval que sería llevado a Altar, Sonora, en donde sería entregado al capitán Juan Bautista Anza, del presidio de Tubac. El motivo real que tuvo el indio yuma para entregar al cochimí a los españoles no está claro, pero, dado el contexto en que se daban las relaciones entre indios, misioneros y militares que se mencionó en el párrafo anterior, no sería descabellado suponer que el jefe Palma, buscaba deshacerse de un hombre que era buscado por los soldados españoles de California, entregándolo a Anza, y a cambio recibir de éste alguna recompensa; o pudo ser

sencillamente que la aparente amistad incondicional de Salvador Palma hacia el oficial español lo llevaron a esa acción.

El historiador norteamericano Richard F. Pourade, en su magnífica obra "The Explorers", señala en el capítulo XII que de Yuma, Sebastián se fue a Tubac, llegando justo a tiempo para servir como guía. Sin embargo, en el diario que llevó el capitán Juan Bautista Anza sobre la expedición de 1774, en el registro hecho el 9 de enero dice: *....obligó a variar esta resolución* [el no salir directo de Tubac al este hacia California, sino bajar hasta el presidio de Altar, antes de dirigirse al noroeste]*...los motivos siguientes. El primero, ir como más seguro por el rumbo o terreno que trajo hasta la Pimería un natural de la California, que se huyó de la nueva misión de Sn. Gabriel, de lo que si se puede, giraré en derechura al último dicho Puerto ...,* lo que da a entender que se fue a Altar para llevarse a Sebastián en la expedición. El otro motivo era recoger caballada que le hacía falta, pues los apaches le habían robado en Tubac 130 animales. Por su parte., el padre Francisco Garcés, al hacer la relación de quiénes integraban la expedición dice en una parte de la introducción a su diario:: *....un Indio Californio que salió*[157] *el 26, de Diciembre, al Presidio de Altar,...*,lo cual robustece la hipótesis de que Taraval llegó a Altar y no a Tubac.

De Altar, Sonora, a San Gabriel, California

El sábado 8 de enero de 1774, a la una de la tarde, la expedición encabezada por el capitán Juan Bautista Anza, salió del presidio de Tubac con rumbo al de Altar, a donde llegó el lunes 17 del mismo mes después de haber pasado por los prósperos poblados de Saric y Tubutama. Al siguiente día, ya con Sebastián incorporado al grupo expedicionario, salieron todos rumbo a la confluencia de los ríos Colorado y Gila, yendo como guía el padre Francisco Garcés.

No se conocen los detalles de la inclusión del indio cochimí al grupo de viajeros, pero lo cierto es que Anza, sabiendo la trascendencia de la empresa que iniciaba, vio la llegada del californio como un apoyo importante para el éxito del viaje. Sebastián supo que su papel como guía de la expedición empezaría hasta que se llegara al último punto conocido por Garcés, que parece haber sido la Laguna Salada, a la que el misionero llamó río Amarillo, o laguna Amarilla, pero antes de ese lugar, el rumbo a seguir era responsabilidad del padre franciscano.

Los miembros de la expedición eran: los padres Juan Díaz y Francisco Garcés, veinte soldados, un "práctico" o conocedor de los caminos de California, un intérprete de la lengua pima, un indio carpintero, cinco arrieros, y dos sirvientes de Anza; además se arriaban 65 cabezas de ganado y una buena cantidad de caballos y mulas.

La expedición reanudó su viaje a partir de Altar hasta el miércoles 19 de enero con rumbo oeste noroeste, hacia el poblado de Caborca , lugar al que arribaron el jueves 20 de enero, después de pasar el pueblo de Pitic. En este lugar, Anza consiguió unas cuantas mulas flacas que el gobernador Urrea había ordenado que se le entregaran. De aquí siguieron los

[157] La expresión "salió" se entiende como que llegó a, o apareció en. Esta referencia a Taraval la hace Garcés en la introducción a su Diario.

viajeros su marcha hacia San Marcelo Sonoytac, hoy Sonoyta, el agua se hizo más escasa después del lugar conocido como Aribaipia, cuyos habitantes hablaban una lengua que Taraval casi no entendía[158]. El padre Garcés fijaba el rumbo a seguir, confirmado por los indios amigos de las diversas rancherías que tocaban, quienes ponían al tanto a los viajeros sobre la distancia a la que encontrarían el próximo aguaje en aquella zona cada vez más desértica.



Cort. de Tumacacori Nat. Park

Pintura de Cal Peters que muestra la segunda expedición de Juan Bautista Anza saliendo del Presidio de Tubac a la Alta California

Gracias a las experiencias tenidas en los semidesiertos peninsulares y en su viaje de San Gabriel al Colorado, el indio cochimí se sentía seguro al viajar por aquel medio que a los ojos de los españoles ya se presentaba como hostil y difícil. Después de todo, el padre Garcés conocía el camino hasta el Colorado y los habitantes de las rancherías se mostraban siempre amistosos, el pasto para las bestias escaseaba a veces, pero después se reponían al llegar a lugares menos secos.

El jueves 26 de enero, en la ranchería de Quitovac, Taraval siguió sorprendiéndose de la hospitalidad que mostraban los nativos a los expedicionarios, y la afabilidad y buen trato del capitán hacia ellos; en este caso, el gobernador del poblado salió a recibir a Anza, quien lo saludó mostrando afecto y respeto. Según Garcés, ya estaba muy cerca San Marcelo Sonoytac, la última misión fundada en 1694 por los jesuitas en la lejana frontera de la Nueva España; finalmente, llegaron allí el viernes 28 de enero de 1774.

El pasto, una ciénega y el río con bastante agua, fueron suficientes para alegrar a los ya fatigados expedicionarios, aunque el lugar estaba apenas poblado. Aquí, Taraval escuchó de unos compañeros que la misión se encontraba abandonada desde hacía tiempo, debido a una sublevación de los pimas y pápagos que mataron a sus misioneros.

---

[158] Esa zona estaba poblada por los indios pápagos, iguales que los pimas en lenguaje y costumbres, pero con la diferencia de que éstos eran más civilizados.

En la   imagen superior, el Camino del Diablo; abajo, paisaje de Las Tinajas Altas.
Tomadas de la galería de Paul Oberlin





Al seguir su camino, los viajeros empezaron a padecer más por la escasez de agua y la falta de pasto para las bestias, en un desierto amarillento sobre el que destacaban ocasionalmente cerros de color oscuro sin vegetación alguna. Para entonces, la expedición se adentraba por el Camino del Diablo, llamado así por el número de viajeros que habían perdido la vida al transitar por él. El lunes 31, al llegar la expedición a un pequeño aguaje que los españoles bautizaron como el Aguaje Empinado, el capitán determinó no abrevar en él a la caballada y el ganado que formaba la vanguardia, y dejarlo para que la recua de mulas cargadas, que venían detrás y estaban más urgidas del agua, pudieran aprovechar la poca que había. Sebastián y los demás indios, más acostumbrados que los españoles a soportar los rigores de la sed, no mostraron inconformidad alguna con tal determinación, pero algunos de los soldados se preocuparon al saber que tendrían que seguir sin descansar hasta el próximo aguaje.

Al siguiente día arribaron al sitio conocido como Las Tinajas, o Las Tinajas Altas, ya muy cerca del río Gila, en donde esperaron la llegada de la recua de mulas. Estas pozas situadas a distintos niveles tenían bastante agua, aquí todos descansaron a su gusto, y Sebastián pudo comprobar que había huellas dejadas por cazadores de borrego cimarrón, varias de cuyas cornamentas encontró en el lugar.

El sábado 5 de febrero acamparon en un lugar llamado Agua Escondida por los misioneros jesuitas, y aquí se encontraron con un indio pápago cristiano llamado Luis, quien junto con su familia venía de los ríos Gila y Colorado. El indio trajo de parte del jefe de los yumas, Salvador Palma, la advertencia de que los nativos al norte de la junta de los ríos tenían intención de atacar a los expedicionarios, matarlos a todos, y quedarse con sus caballos y ganado. Sin embargo, Palma concluía su aviso diciendo a Anza que, aun recomendándole que entrase a los ríos con la precaución necesaria, estaba seguro que no habría ningún acto que atentara contra la expedición, gracias a que él, Palma, y dos capitanes más, respaldados por todos los pueblos situados río abajo, habían advertido a los rebeldes que no intentaran nada porque serían fácilmente derrotados.

Ese sábado en la tarde, Sebastián vio cómo los soldados limpiaban y revisaban sus armas, y es que, a pesar de que Anza pareció no darle mucha importancia a la advertencia de Palma, tomó algunas providencias para, en caso necesario, poder rechazar cualquier asalto de los nativos del alto Colorado. Además, mandó al indio Luis de regreso a la junta de los ríos, en un caballo que le regaló, con el recado para Palma de que saliera a encontrarlo cuando la expedición hiciera su entrada de lleno en la nación yuma. El indio Luis salió al siguiente día a las ocho para cumplir su cometido, y ese mismo domingo, a las dos de la tarde, Taraval y demás miembros de la expedición reanudaron la marcha, pasando por unas serranías, hacia la junta del Colorado y el Gila, y hasta en la noche acamparon en un arroyo seco que tenía algún pasto.

El lunes 7 de febrero al salir el sol, la expedición reanudó la marcha, y a eso de las once de la mañana, Taraval y otros indios que acompañaban a Garcés al frente del grupo, vieron a lo lejos un grupo de jinetes que se aproximaba rápidamente. Muy pronto, llegaron hasta el grupo de viajeros, que habían hecho alto con algunas providencias defensivas, se trataba de nueve indios yumas, desnudos, con arco y flechas y montando en pelo buenas yeguas, según lo anotó Anza en su diario. Después de apearse, saludaron con muestras de afecto al

capitán español, y el "mandón" de los nativos, ayudado por el indio Luis que venía en el grupo, le informó que Palma no había podido venir por estar fuera de su ranchería, pero que fuesen sin pendiente, todo estaba bajo control, y serían bien recibidos por su pueblo.

El contingente siguió avanzando, y a eso de las tres de la tarde ya unos doscientos nativos que se habían adelantado a la recepción acompañaban a los viajeros, dando muestras de regocijo con risas y gritos, y aventando puños de tierra al aire. Ya muy cerca del Gila, Anza ordenó que se detuvieran en un terreno con pasto que mucho necesitaban las bestias, y hasta allí siguieron llegando más indios a ver a los expedicionarios.

Taraval, esta vez con más libertad y calma que cuando había pasado por este lugar en su penoso viaje a Altar, contempló el paisaje desértico, pero con manchas verdes de pasto cercanas al río, así como saguaros, nopales y algunos arbustos. También vio el cochimí que habitaban la región no sólo indios yumas, sino también pápagos y otros. Esa mezcla de etnias, aunque cercanamente emparentadas dificultaron a Sebastián la comprensión de su lenguaje, lo que registró el padre Garcés en su diario con cierto tono de reproche al californio[159] por no ser capaz de traducir aquellas lenguas. El franciscano no pensaba entonces que pocos días después sentiría agradecimiento y cierta admiración por el indio de Santa Gertrudis.

Sebastián fue testigo aquí de algo insólito, conforme a la experiencia de su vida con los españoles, tanto en Baja California como en San Gabriel. Le llamó grandemente la atención que el capitán Anza, frente a gran número de nativos yumas que se reunieron frente a su tienda, no sólo confirmó a Palma el título de jefe, sino que elogió su conducta, agradeció su amistad, y colgó de su cuello una cinta encarnada con una moneda que tenía la efigie del rey de España. Las palabras del capitán español emocionaron no sólo a los nativos locales, sino que fueron percibidas por Taraval como una señal de esperanza. Y es que les habló de Dios, de la hermandad entre todos los hombres, incluyendo a ellos, los indios...y del poder del rey de España, a quien habría que prestar vasallaje y obediencia. Después de abrazarse con Anza, Palma le pidió su bastón, lo levantó en alto y habló durante una hora a los nativos presentes, quienes frecuentemente, durante el discurso, se tapaban la boca en señal de admiración.

Nunca había cruzado por la mente del indio cochimí que un español, y menos que un oficial de alta graduación como Anza, hablara con tanto afecto a los nativos, y aunque personalmente había recibido un buen trato del capitán, nunca imaginó que sería testigo de un acto como el que acababa de presenciar. El jefe Palma terminó su discurso invitando a todos para que se fueran a sus casas, pero muchos se quedaron a dormir en el campamento, entre los soldados e indios. El californio sabía que no todos los españoles eran como Anza, pero aun así vislumbró, esperanzado, un futuro mejor para sus hermanos de raza. En aquel momento de entusiasmo, todos estaban muy lejos de imaginar que, apenas 7 años después, el pueblo nativo que ahora se complacía en expresar su amistad a los españoles, haría con

---

159 Garcés escribió al terminar el registro en su diario del 7 de febrero de 1774....*porque los Pimas rebueltos con los Yumas varían vastantemente la lengua, y no llevamos ningun Indio Castellano pensando que supiera* [supliera] *el Indio Sevastian Taravoya* [Taraval] *esta falta de Ynterprete; atribuio en parte los atrasos que hemos experimentado en el viaje.* Garcés, op.cit..

los misioneros, soldados y colonos de la región una de las masacres más crueles que registra la historia de la lejana frontera del Colorado.

El martes 8 de febrero de 1774, Taraval ya estaba de pie mucho antes de que saliera el sol, ayudando en lo que podía a sus hermanos de raza a cargar las mulas para cruzar el vado del Gila, sin embargo, casi todos los víveres y enseres tuvieron que ser descargados para que los pasaran los indios yumas sobre sus cabezas, lo cual se hizo por insistencia de Palma. A las tres de la tarde ya había cruzado el Gila todo el contingente, y allí acamparon en la isla que servía de residencia al jefe Palma. Taraval vio que unos 600 yumas de todas edades, incluyendo mujeres, visitaron el campamento en donde recibieron regalos consistentes sobre todo en tabaco y cuentas de vidrio. Al siguiente día, sin ningún contratiempo pasaron el río Colorado, y el paisaje se alegró con abundancia de sauces y álamos a la orilla de la corriente, la colina desde la cual se veía la confluencia de los dos ríos fue nombrada por Anza Puerto de la Concepción.

Los indios yumas que habían acompañado a la expedición, ayudando a conducir las mulas y a despejar el sendero, se fueron devolviendo a sus rancherías poco a poco, y los viajeros se fueron quedando solos, y así pareció a Taraval que la marcha río abajo se hacía más ligera y menos ruidosa. Pasada la junta de los ríos, el californio contempló, asombrado, extensos plantíos de maíz, trigo[160], frijol, melones y calabazas, cuya exuberancia se debía a la humedad que quedaba en las márgenes de la corriente y a la fertilidad de la tierra.

En Concepción terminaba el territorio yuma, y aunque río abajo seguían otros pueblos, como los cajuenches o cojat hacia el sur, y los cajuén al oeste[161], los viajeros encontraron a la gente igualmente amable que los yumas. El sábado 12 de febrero acamparon en una depresión lacustre que se llenaba de agua al desbordarse el Colorado, con pasto abundante, lugar que Anza bautizó como Santa Olaya, apenas al oeste de lo que hoy es San Luis, Río Colorado, este lugar sería poco después base de operaciones importante para los viajeros. En este lugar, un indio yuma se ofreció como guía hasta que Sebastián reconociera el terreno y se hiciera cargo del rumbo. El jefe Palma, que había acompañado a la expedición desde la junta de los ríos, se regresó desde aquí a su ranchería.

En los siguientes días se dirigieron primero al oeste noroeste, y luego al sur suroeste, como si los viajeros fueran casi en sentido contrario a su destino en la Alta California, pero es que la sierra de los Cucapá que estaba al oriente era la próxima meta, y los indios cojat les habían indicado que el camino a ella sería más fácil y corto desde el sur. Esto era cierto, sobre todo porque podían encontrar los indispensables aguajes en los cauces de la maraña de arroyos que formaban en esta zona parte de la delta del Colorado, aunque muchos estuvieran secos.

---

[160] Anza y otros viajeros hablan del trigo que sembraban los yumas cerca del Colorado, aunque pudiera ser que se tratara de algún zacate nativo semejante.

[161] En el registro que el padre Francisco Garcés hizo en su diario el sábado 12 de febrero de 1774, da a entender que los indios cojat habitaban de la confluencia de los ríos Gila y Colorado hacia el sur, lo que los haría coincidir con los cucapá; a los que vivían en la sierra, les nombraban "los de los zapatos de mezcal", aunque ellos se autodenominaban cajuén; sigue diciendo que habitaban toda la región hasta San Diego, lo que haría coincidir a estos cajuén con los kumiay; en lo anotado al siguiente día, y en otros más, los llamó cajuenches. Garcés, op.cit..

La expedición siguió con un rumbo general hacia el suroeste, por lugares con aguajes pequeños y de mala calidad, los guías nativos que acompañaban a los viajeros dieron las últimas indicaciones a Anza, y se regresaron, argumentando que más adelante era territorio enemigo, el padre Garcés no lograba reconocer el camino a la ranchería de San Jácome, que había visitado tiempo atrás, las mulas cargadas apenas podían seguir, y Sebastián aun no podía guiar al grupo porque su ruta de escape de San Gabriel había pasado bastante al norte de donde se encontraban; los viajeros se hallaban casi en el centro del actual Valle de Mexicali y la situación se tornaba desesperada. Los indios cojat habían dicho a Anza que pronto verían un cerro alto destacar sobre la planicie desértica, hacia el noroeste, que siguieran ese rumbo, y cerca de él hallarían, ya en la sierra, el siguiente aguaje importante antes de continuar hacia el norte. El punto de referencia era el actual Cerro del Centinela, al norte de la laguna Salada.

Garcés, acompañado quizá por Taraval y dos soldados, realizó dos salidas al sur para localizar una ranchería que anteriormente había visitado y a la que había puesto el nombre de San Jácome, pero no lo logró; las dunas no eran referencia segura para orientarse porque eran movidas constantemente por el viento; en un último intento, solo, volvió a salir y estuvo a punto de perder la vida en el desierto al regresar al campamento español después de la media noche sin haber encontrado la escurridiza ranchería. Todavía hoy sorprende el valor del misionero franciscano al atreverse a cabalgar en la oscuridad de la noche por el desconocido desierto en los alrededores de Cerro Prieto, tratando de orientarse sin una referencia segura en el casi invisible paisaje.

Ya Anza había ordenado que la recua de mulas cargadas se quedara atrás, para darles oportunidad de descansar, y también con el fin de que los pocos aguajes del camino repusieran su escaso caudal cuando llegaran los animales de la retaguardia.



Antonio Ponce Aguilar

Cerro del Centinela al norte de la Laguna Salada, que fue la referencia básica que los expedicionarios tuvieron , según indicaciones de los guías cojat, para llegar al aguaje que llamaron Santo Tomás, en la sierra de Jacumba, al norte de la Rumorosa



Antonio Ponce Aguilar

Arriba, panorama del Cerro Prieto en el Valle de Mexicali, en cuya cercanía se encontraba la ranchería de San Jácome, según el padre Francisco Garcés, pero que nunca pudo encontrarse en la expedición de 1774.

En tan grave situación Anza ordenó el regreso, y al clarear el día, el miércoles 16 de febrero la vanguardia de la expedición se devolvió a la laguna de Santa Olaya. En el viaje de regreso se encontraron con la recua que apenas venía, explicando el cabo conductor que había tenido que dejar en el aguaje anterior seis caballos y tres reses, ya que esos animales no podían continuar por la fatiga. A las pocas horas llegaron todos al pozo que llamaron de las Angustias, en donde bestias y animales se repusieron en algo del cansancio y la sed. Finalmente, el sábado 19 de febrero llegaron los de la vanguardia de regreso a Santa Olaya, una semana después de haber estado en ese lugar.

Tan pronto como le fue posible, Anza mandó recado al jefe Palma con un capitán local para que viniese con su intérprete pima, a fin de acordar lo necesario para la estancia de una parte de la expedición en sus dominios, mientras que con los animales más fuertes, él volvería en busca de la ruta a San Gabriel. El jueves 24 de febrero llegó Palma, saludó a todos con el afecto acostumbrado, y gustosamente aceptó que parte del contingente, bestias y carga se quedasen allí, mientras los demás intentarían llegar al destino fijado. Ese mismo día, el padre Garcés recibió autorización del capitán para llevar a cabo una pequeña exploración a las rancherías del sur con objeto de recabar informes, por lo que salió acompañado de Taraval y otros dos indios[162], el plazo para regresar era de cinco días. Para el martes 1º. de marzo, volvieron Garcés y los indios sin traer novedades importantes.

[162] En realidad, no es seguro pero sí probable que Sebastián haya acompañado a Garcés, quien menciona en su diario:....*El mismo día 24 a la una de la tarde salí acompañado de tres Yndios, con alguna porción de Abalorio y medio manojo de tavaco...*

A las dos de la tarde del miércoles 2 de marzo, la expedición volvió a salir de Santa Olaya, ahora más ligera por haber dejado buena parte de la carga y ganado. Los indios cojat de las rancherías cercanas reiteraron a los viajeros que les convenía irse un poco al sur para llegar con más facilidad a la sierra, que hoy se llama Cucapá. Taraval se admiraba de los rastrojales de maíz y frijol, y los extensos alamares que, en las márgenes de algunos brazos del Colorado, crecían gracias a la humedad del suelo que quedaba al desbordarse el río o sus afluentes. El indio cochimí comprobó en estas rancherías, que los cojat hablaban prácticamente el mismo idioma que los yumas.

Muy pronto, acatando las sugerencias de los indios cojat que los guiaban en su territorio, la expedición enderezó el rumbo hacia el oeste noroeste; los medanales eran más frecuentes y extensos, y aunque en aquel desierto encontraron los aguajes previstos por los guías, se pegaron más a la sierra Cucapá o de San Jerónimo, como la llamaba Garcés, en su extremo norte, con el fin de evitar los arenales mencionados; de cualquier forma, trataron de no perder de vista el cerro del Centinela, guiados por un indio cojat que aun permanecía con la expedición, sabiendo que al noroeste de él, hacia la sierra, encontrarían agua.

El sábado 5 de marzo, llegaron al norte de la sierra San Jerónimo, hoy Cucapá, y la cruzaron por un arroyo seco hacia el noroeste; se encontraban al norte de la región conocida hoy como laguna Salada, lugar que el padre Garcés había llamado en su viaje anterior laguna Amarilla; allí encontraron muchos peces muertos al haberse evaporado en gran parte el agua del mar. Al extremo norte de la laguna Salada, que en su mayor parte estaba seca en ese tiempo, hallaron un aguaje en el que parcialmente aplacaron la sed, ya que al poco tiempo el agua que fluía se tornó salada. El aguaje fue nombrado San Eusebio, y aquí Taraval trabajó mucho con las bestias que no alcanzaron agua dulce, ya que no quisieron beber la que empezó a fluir con gran salinidad, ya en la noche, lo que las inquietó sobremanera.



Antonio Ponce Aguilar

Los expedicionarios deben haber contemplado este paisaje cuando se encontraban en el extremo norte de la Laguna Salada. Así se ve la sierra antes de subir a La Rumorosa.



Serranías al pie de Jacumba, al norte de La Rumorosa. El aguaje de Santo Tomás debe haberse encontrado en un cañón semejante a éste.

Al amanecer del domingo, Sebastián se dio cuenta que el indio cojat que los guiaba se había ido por la noche, pero afortunadamente, antes les había informado sobre el rumbo a seguir para llegar a un aguaje en la sierra cercana; estaban entonces muy cerca del punto en el que actualmente se inicia por carretera el ascenso a La Rumorosa. Anza mandó a seis soldados y un cabo en búsqueda del aguaje, y a las dos de la tarde, viendo que no regresaban los exploradores, avanzó siguiendo sus huellas y subiendo hacia la serranía; al poco tiempo se encontró con dos de los soldados que le dieron la buena noticia de haber hallado el aguaje, de manera que al anochecer llegaron los viajeros al lugar, que fue nombrado Santo Tomás. Este sitio está cerca del llamado Cañón Pinto, en Jacumba, al norte de La Rumorosa, que desciende al desierto hacia el noreste. Aquí los viajeros encontraron a un indio mayor y su hijo, a quienes los españoles les dieron algunos obsequios antes de que se fueran. Se transcribe a continuación el registro que hizo el Capitán Anza sobre este hecho el domingo 7 de marzo de 1774:

Para mejor solicitud de Aguaje, que pretendemos hallar adelante, envié por la mañana la citada partida de exploradores con las órdenes correspondientes para este efecto, y otros, que convienen una expedición.

A las dos de la tarde, levantando nuestro tren me puse en marcha con rumbo al Nordeste por media legua sobre la huella de nuestros exploradores, y caminadas otras tres y media la vimos, hecho alto a nuestra mencionada partida, la que tuvimos a indicio favorable.

Llegamos a ella al meterse el sol, nos avisó que habiendo descubierto en aquel mismo sitio seis Gentiles los sorprendió de modo , que no pudieran escaparse, a quienes les pidió agua en ademán de que perecía por su falta, la que le dieron de la que llevaban para sí, con la noticia de que bien cerca la había en abundancia en Pozas que le enseñaron, después de lo cual le pidieron en recompensa los dejare ir libres porque entraron en mucho terror así que observaron la venida de más Gente que nunca habían visto. En esta atención, les otorgué su pedimento después de haberlos gratificado: aquí mismo me quedé a pasar la noche por haber abundancia de Pastos y tener agua segura para otro día.[163]

Esta zona está formada por serranías casi paralelas, con alturas descendentes entre las cuales quedan valles, lo que forma una escalera hacia el desierto; todavía en la actualidad, hay un pequeño oasis con palmeras en el cañón mencionado.

El lunes salieron hacia el noreste en busca del siguiente aguaje, y gracias a la orientación de unos indios que encontraron en su ruta, al siguiente día llegaron a unas pozas con agua abundante y pasto suficiente que Anza llamó Santa Rosa de las Lajas[164]. Cierto que de momento se encontraban todos a salvo, pero Anza y Garcés sabían que la situación no era para echar las campanas a vuelo, pues estaban inseguros sobre el rumbo a seguir, las provisiones se reducían cada vez más, y las bestias se fatigaban en exceso por la escasez del pasto. Si no hallaban pronto la ruta segura al paso de las montañas y de allí a San Gabriel, la expedición habría fracasado y tendrían que regresarse a Santa Olaya.

Encontrándose el capitán en tan deprimentes cavilaciones, vio que Sebastián, dejando el lugar en que todos descansaban, se paró y empezó a observar hacia las montañas, y luego al desierto, y al preguntarle qué miraba, el californio respondió, señalando al norte: “Por allá está el cañón que baja hasta una ciénega con agua y pasto, en donde me detuve en mi viaje al Colorado”, y luego agregó, apuntando al noroeste de la sierra, “Estoy seguro que aquel es el portezuelo que tendremos que alcanzar para cruzar las montañas al oeste”[165]. Al escuchar la seguridad con que se expresaba el indio cochimí, Anza no pudo contener su alegría, pues sabía que la expedición lograría su objetivo, todos se abrazaron, y la tranquilidad volvió a los viajeros. Ese día, Anza registró en su diario:*...ha reconocido el natural de California se hallaba cerca de Paraje donde él estuvo, con lo que nos prometemos no se frustre nuestra expedición.*[166]

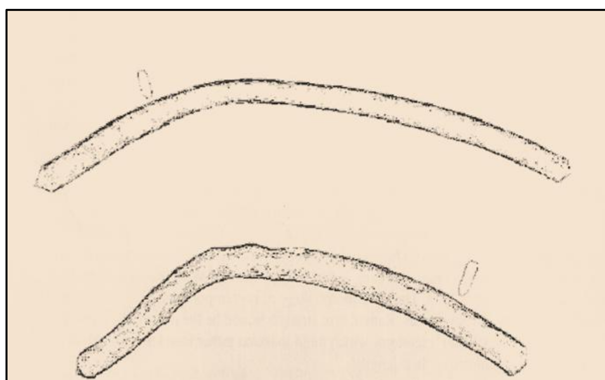
Siguiendo el rumbo que ahora fijaba Sebastián, la expedición reanudó la marcha el miércoles, y esa noche acamparon en un lugar con algo de pasto, tranquilos todos por la seguridad que les daba saber que pronto llegarían a la ciénega, y que el indio californio ya había reconocido la ruta. El jueves 10 de marzo de 1774, después de viajar cerca de 30 Km. desde Santa Rosa de las Lajas, llegaron a las pozas conocidas por Sebastián y que ya se han descrito antes.

[163] Montané Martí, J. C. (1989). Juan Bautista de Anza, Diario del primer viaje a la California, 1774. Sonora, México: Sociedad Sonorense de Historia, Hermosillo, Sonora.
[164] Las pozas de Santa Rosa de las Lajas estaban en un arroyo que va a dar al río Nuevo, que desemboca en el mar Salton.
[165] Aunque el diálogo anterior no está registrado históricamente, algo muy semejante deben haber hablado Sebastián y Anza, según lo anotado por el capitán español en su diario.
[166] Anza, op.cit., p. 56

Había en el lugar una ranchería cuyos miembros huyeron al ver a los españoles; Anza pidió a Sebastián que fuera tras ellos y trajera a alguien para mandar recado a los demás, así lo hizo el californio y a poco regresó con una mujer, quien después de recibir algunos regalos, salió en busca de los indios que habían huido. Poco después llegaron siete hombres, incluyendo el jefe de la ranchería, desnudos y con el pelo corto, quienes ante la sorpresa de los viajeros, mostraron gran alegría al reconocer a Taraval, lo abrazaron con efusión y recordaron cuando lo salvaron de una muerte segura al ampararlo en su campamento al cual el californio había llegado perdido y a punto de morir de sed. Estos indios serranos eran cajuenches, la palabra que usaban para saludar era *natajaguaque;* algunos llevaban guaraches de pita de mezcal y su lengua, aunque diferente a la yuma, les permitía comunicarse con ellos[167]. En un gesto de reconocimiento al indio cochimí que había salvado a la expedición, el capitán Anza bautizó la ciénega como "San Sebastián, Alias el Peregrino", y esta vez, el rostro siempre impasible del californio no pudo disimular su alegría por aquella distinción, que nunca imaginó que se le otorgara.

Taraval recibió la orientación de sus amigos de la ciénega para continuar el viaje por la ruta más conveniente. El viernes 11 salió la expedición encabezada por Sebastián, y siguiendo un rumbo general hacia el noroeste, por el cauce del actual arroyo San Felipe, y luego el del arroyo Coyote, ahora en dirección norte noroeste, fueron dejando atrás y a su derecha la gran depresión Salton y las dunas del desierto, en varias ocasiones encontraron gentiles que se comportaron amablemente con los viajeros, y Sebastián fue el intermediario para que aquellos naturales se acercaran al campamento español, lo cual servía para confirmar el rumbo a seguir. Algunos lugares en los que acamparon los viajeros recibieron entonces

A la derecha, en el poblado de La Huerta, Baja California, Eugenio Aldama con su bumerang, el cual se encuentra en el museo de la misión San Juan Capistrano, California. Abajo, dibujo del bumerang de no retorno, cuyo perfil era semejante al del ala de un avión. Tomado de Nonreturn Boomerangs in Baja California. Henry C. Koerper, Bruce Pinkston, y Michael Wilken, publicado en PCAS Quarterly, 34(3), Summer 1998.





[167] Anza expresó en su diario el día 10 de marzo de 1774:...*.su idioma tiene alguna conexión con el yuma, pues experimente que unos y otros se entienden alguna cosa*...Anza, op.cit..

nombres que aún se conservan, aunque ahora la mayoría tienen nombres en inglés.

Al seguir ascendiendo el paisaje mostraba más verdor, y en lugar de las cactáceas propias del desierto fueron siendo más frecuentes los sauzales y bosquecillos de alisos, y así como aumentaba la vegetación, también fueron más numerosos los grupos de gentiles que la expedición encontró a su paso. Anza siempre mostró interés en registrar los datos más significativos sobre los aspectos culturales de los indios que encontraban, y en ello Taraval tuvo un papel importante, pues era el que primero intentaba la comunicación con los naturales. Algo que llamó la atención al californio fue que en estos lugares, los aborígenes hablaban el idioma propio de la región de San Diego y de San Gabriel, y que todos iban provistos de un palo arqueado, un bumerang de no regreso, como el que usaban muchos de sus hermanos de raza en Baja California para cazar liebres y conejos[168]. En estas actividades de cacería, acostumbraban hacer "corrales" extensos de redes, palos y piedras, hacia donde espantaban los animales del monte para matarlos con más facilidad y en mayor abundancia[169]. Los hombres andaban desnudos, pero las mujeres se cubrían con la acostumbrada falda hasta las rodillas, empleando en ocasiones pieles de venado en la parte posterior.



Padre Francisco Garcés

En un sitio que llamaron Santa Catarina[170], en el que Taraval había estado en su fuga de San Gabriel, descubrieron huellas de mulas y caballos, claro indicio de que los soldados habían pasado por esos lugares, el californio sabía lo que podría implicar un encuentro con ellos, por lo que, inteligentemente, cambió de momento la ruta de la expedición. Esto lo hizo con conocimiento de Anza y Garcés, habiendo éste escrito en su diario del día 14:...*en este sitio havia estado el Indio Sebastián en su salida al Rio, quien fué de parecer que no siguieramos el rumbo que él trajo, y asi lo executamos*...Es seguro que los españoles, en agradecimiento al indio californio respaldaron su conducta para no arriesgar que cayera en manos de los soldados de San Gabriel.

Finalmente, el 15 de marzo de 1774, siguiendo arroyo arriba por estrecha cañada, llegaron a un paso de la sierra al que llamaron Puerto Real de

[168] Anza escribió en su diario, el día 14 de marzo de 1774: ....*Todos llevan un palo arqueado con alguna semejanza a un triángulo, que les sirve para cazar liebres y conejos, arrojándoselos de bien largo, de cuio golpe me informaron los soldados...no se les escapaba ninguno...*

[169] Todavía hasta hace algunos años, en comunidades indígenas como La Huerta, Baja California, los nativos conservaban la tradición y fabricaban el bumerang descrito, aunque la costumbre de su uso casi ha desaparecido al contar los hombres con armas de fuego.

[170] Santa Catarina debe haberse ubicado en el cañón del Coyote, al pie de las montañas Santa Rosa, poco antes de llegar al portezuelo por el que cruzarían la sierra y que Anza llamó Puerto Real de San Carlos.

San Carlos, desde donde pudieron contemplar un paisaje que les pareció paradisíaco: todavía a lo lejos, pero claramente discernibles, entre la sierra de cumbres nevadas cubierta de pinos y encinos, había llanuras verdes muy extensas, abundante pasto, arroyuelos y pequeñas lagunas.

Transcripción textual del registro hecho en su diario por Juan Bautista de Anza, el jueves 10 de marzo de 1774, en su viaje de Sonora a California, día en el que el indio cochimí Sebastián Taraval reconoció la ciénega que permitió a los expedicionarios proseguir su viaje con mayor seguridad

Dia 10 Juebes. De Tubac a la Cienega de San Sebastian 208 leguas. Al amanecer tomamos el propio rumbo al Norte. Y a las siete comenzamos a atravesar unas pequeñas puntas de Medanos, que tendran legua, y media, en cuio principio se desmontaron lo mas de los soldados con convenio que hicieron entre si de hacer las Jornadas sucesivas, lo mas de ellas a pie para que no les faltare, en que cargar sus sillas, y demas necesarios.

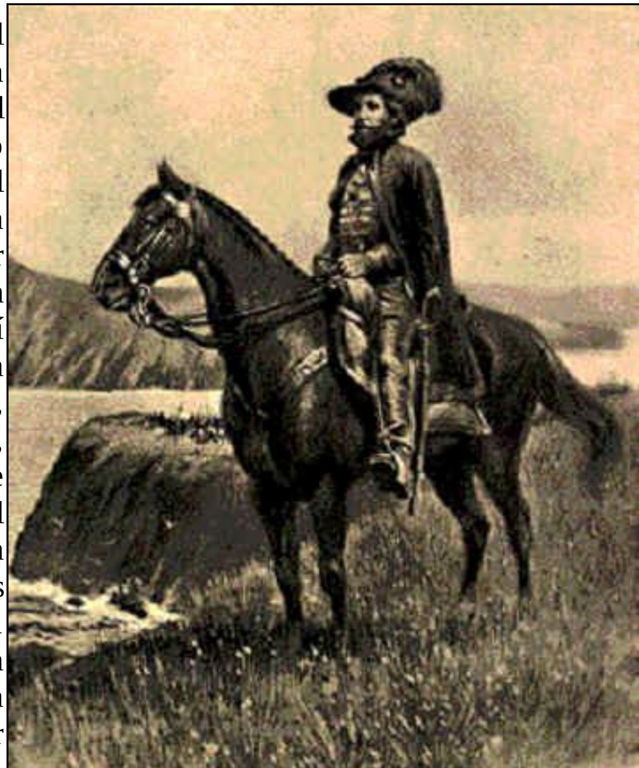
A la una de la tarde llegamos al Aguaje, despues de caminar siete leguas, al que le puse San Sebastian, alias, del Peregrino, por haber salido á el el ya mencionado Natural de California.

Dicho citio es una cienega bastante grande, de muchas aguas, y pastos, pero uno, y otro mui salados. Solo un venero tiene que es donde esta mas, bastantemente regular, y corriente.

Aqui hallamos una corta Rancheria de indios serranos, quienes se dieron a la fuga con abandono de todos sus trastezuelos á los que no permiti se les tocase, é hice que el Natural de California nuestro Guia de aqui para adelante fuese alcanzar á alguno, lo que executo, trajo una Muger á mi presencia, a la que regalé con abalorio, y tabaco, dandole a entender llamase á los suios, con el seguro de que no se les haria ningún daño, y les importaria el recibo de nuestros dones. Con esta diligencia vinieron a las tres de la tarde, aunque con mucha turbacion siete Hombres, a quienes regalé con lo acostumbrado entre ellos; vino el que manda esta Rancheria, que me dice el Natural de California, se compone de mas cuatrocientas personas, cuando están unidas, como el lo experimentó al hacer su travesia por esta parte donde también [fue] hospedado por el mencionado, que la mandaba que le dieremos [diremos] Capitan, quien celebró con especial demostraciones la vista del referido California. Entrada la noche concurrieron mas de estos Gentiles, á quienes hize abrazar con los Yumas, que voluntariamente me siguen, con cuia Nacion han tenido continuada Guerra, la que les hice saber cesaba desde este dia; de lo que quedaban impuestos las Naciones de atras, cuia noticia, celebraron muchisimo, y demostraron con quebrar las pocas flechas, que traigan a cuio tiempo me ofrecieron cumplieran mi precepto, no yendo mas de guerra al Rio Colorado, sino unicamente a pasearse, como que ya eran Amigos los dos anotados yumas, que antes de esto, y al solo ver rastros de los antecedentes nos hacian seña, de que les habian de cortar el Pezcuezo, con todo, que iban en nuestra compañia: se desimpresionaron tanto de su terror, que esta noche, fueron á dormir con sus ribales, y en ella se regalaron mutuamente las miserias, que acostumbran tener estas Gentes.

Estos indios Serranos los llaman los del Rio Colorado Jahueches, y tambien Caguenches, y Apagueches: dicen ser tantos como los Yumas: viven por lo comun en las Sierras manteniendose con el mescal, que abunda, y otras semillas con alguna caza de Venado. No tienen ninguna siembras ni proporcion para hacerlas por falta de agua, y tierras: Es Gente desnuda como la de atras, su talla es regular, y no de tanta robustez: en lo restante del cuerpo como la Gente del Rio Colorado aventajan a estos en la maior abundancia de arcos, y flechas, aunque de malisima calidad, y construccion; con lo que vienen a quedar iguales de animo; parecen mas apocados, que los Yumas: no poseen ninguna caballeria, a quienes temen tanto, que de solo el relincho se atemorizan: usan el pelo corto, sin ningún adorno: su color es bastante negro: de cara son feos: su idioma tiene alguna conexión con el Yuma, pues experimente, que unos, y otros se entienden alguna cosa: bien que el de estos, de quien hablamos es violentisimo, y tiene un golpeo fatal: se estienden sus abitaciones desde la Sierras, que despuntan en el desemboque del Rio Colorado al Golfo Californico que corren de Sur a Norte hasta mas arriba de donde estamos: sus mugeres llevan solamente, para cubrirse, de la cintura para avajo un traje igual a las Yumas con la diferencia: que el de estas son ilos semejantes al que se llama en el Reyno, de Arria, que sacan de las Pencas del Mezcal, quienes tienen la correspondiente fiereza á todos los mas de indios.

Manteniendo un rumbo promedio al noroeste, Sebastián siguió conduciendo la expedición hasta que, después de pasar el 18 de marzo por el Valle de San José, lleno de pasto y arboledas, se detuvieron el domingo 20 por haber llegado al río Santa Ana, y al no encontrar un vado para cruzar la corriente, tuvieron que improvisar un paso que se terminó al anochecer. Allí acamparon por esa noche, cerca de una ranchería formada por unos 60 gentiles, con los que como ya era costumbre, Taraval conversó ampliamente. Mucho se maravillaron los nativos cuando el californio les dijo que no venían de San Diego, sino del oriente, y que hacía tres lunas que caminaban. El lunes 21 reanudaron la marcha, manteniendo la Sierra Nevada a su derecha, y pasaron esa noche cerca de un arroyo, protegidos por un bosquecillo de álamos, sauces y alisos; el lugar fue bautizado como Arroyo de los Osos por algunos de estos animales que allí vieron.



Juan Butista de Anza. Dibujo de una pintura al oleo de Fray Orsi en 1774.
(Zoeth Skinner Eldredge, A History of California).



Dibujo teórico de la Misión de San Gabriel hecho por el arquitecto historiador Rexford Newcomb, ya que el edificio actual no es el original

El martes 22 de marzo de 1774, los expedicionarios tuvieron que evadir muchos arroyos que encontraban a su paso en la ruta seguida, cruzaron el río San Gabriel, que desciende hacia el oeste desde las montañas del mismo nombre, y al ponerse el sol hicieron su entrada a la misión de San Gabriel, en donde fueron recibidos con grandes muestras de júbilo por los cuatro misioneros locales, se hicieron repicar las campanas y se cantó el *Te Deum*, dando todos gracias por el feliz arribo de los viajeros. La única preocupación de los religiosos fue la pobreza en que se encontraba la misión, y que no pudieran ofrecer a los visitantes los alimentos y festejos que merecían, pero se supo de la llegada a San Diego de la fragata Nueva Galicia, con suficientes provisiones, por lo que días después, Garcés fue al puerto para traer alimentos a San Gabriel.

Otros viajes de Taraval y Garcés.

En el viaje de regreso al río Colorado de los padres Garcés y Juan Díaz junto con los soldados, Taraval fue nuevamente el guía, mientras que Anza se dirigió hacia el norte a arreglar importantes asuntos a Monterrey, y buscar después una ruta más directa entre este puerto y la junta de los ríos Gila y Colorado.

En 1776, a fin de que se pudiera ejercer un mandato más eficiente sobre las grandes extensiones del norte de la Colonia, a iniciativa del Visitador José de Gálvez Gallardo, el rey autorizó la creación de la Comandancia General de las Provincias Internas de la Nueva España, prácticamente como un poder separado de la autoridad virreinal. Aunque se dieron con los años reestructuraciones territoriales, su jurisdicción abarcó inicialmente Nuevo México, Tejas, Coahuila, Sinaloa, Sonora, y las dos Californias; con la Comandancia en Arizpe, Sonora.

El gobierno español a través de la Comandancia General de las Provincias Internas a cargo de don Teodoro de Croix, quiso asegurar la ruta establecida por el Capitán Juan Bautista de Anza en los viajes de 1774 y 1775-1776, fundando dos misiones próximas una de otra cerca del sitio donde se unen el Gila y el Colorado, cuyos nombres serían La Purísima Concepción de María Santísima, en donde hoy es Yuma, Arizona, y San Pedro y San Pablo

de Bicuñer[171]. El lugar era de gran importancia estratégica para la Comandancia General porque allí se encontraba el paso natural por el que se podía realizar la comunicación terrestre entre Sonora y California, pasando la confluencia de los ríos Gila y Colorado.

Pero para ese efecto, convenía tener más información sobre las etnias que habitaban la región, especialmente en la delta del Colorado, motivo por el cual, después de acompañar a la segunda expedición de Anza a California en 1775 hasta el territorio yuma, Garcés y Taraval se quedaron en el poblado de Concepción, como ya se llamaba a aquella zona donde se unen los dos ríos.

Sebastián Taraval, otros cinco hombres de la confianza de Anza, y el padre Tomás Eixarch[172] ayudaron al padre Garcés a levantar un jacal en el que se alojarían, todo con la autorización y apoyo del jefe Palma. Tan pronto como pudo, el misionero se fue río abajo acompañado del indio cochimí, mientras que el padre Eixarch se quedaba evangelizando a los yumas. Garcés visitó las rancherías de la delta, registró los datos que creyó pertinentes para que se tuviera un conocimiento general de la región y sus habitantes, y levantó un censo que arrojaba una hipotética población de aproximadamente 8 000 nativos. En este viaje, Taraval se desempeñó no sólo como guía, sino también como encargado del cuidado de las bestias y cocinero. Taraval se había convertido en el principal apoyo del padre Garcés no sólo en sus exploraciones, sino como un eficiente ayudante personal.

Garcés y sus acompañantes regresaron a Concepción el 3 de enero de 1776, y tiempo después ocurrió un hecho que muestra las relaciones que tenían los indios con la gente de razón y que enseguida se narra. En una ocasión en que se terminó el vino, el padre Eixarch le pidió al indio cochimí que fuera a Tubutama por una botella, a lo que éste accedió, fue al poblado mencionado y regresó con el vino el 6 de febrero. Lo anterior no tendría ninguna significación especial, pero Tubutama estaba a 480 Km. de distancia, lo que significa que el californio viajó 960 kilómetros por el desierto para traerle una botella de vino a los misioneros.

Pero el episodio no termina aquí. El 14 de febrero, Garcés y Taraval, acompañados por tres indios mojaves, iniciaron un viaje río arriba, con la intención de desviarse en determinado lugar hacia el oeste, tratando de localizar una ruta más directa a Monterrey. Poco después de iniciado el viaje, las mulas que usaban para hacer la exploración se escaparon hacia su querencia en Concepción, y Sebastián tuvo que regresar por ellas caminando varias leguas por el desierto hasta llegar al poblado. Muy cansado por la caminata, Sebastián pidió al padre Eixarch que, antes de iniciar el regreso con las mulas hasta donde lo esperaba Garcés, le diera algo para desayunar, y efectivamente se le proporcionó un poco de comida, pero el misionero expresó despectivamente que esto no era necesario porque, dijo el buen padre, "este indio es un sinvergüenza que no se puede regenerar". Tomando en cuenta el viaje de

[171] La Purísima Concepción de María Santísima se estableció muy cerca de lo que hoy es Yuma, Arizona, y San Pedro y San Pablo de Bicuñer a unas 6 u 8 leguas, aunque no hay un acuerdo entre los investigadores si fue plantada al norte de La Purísima, o al sur, sobre lo cual se abunda más posteriormente en esta obra. Lo que sí es aceptado por todos es que se encontraban cerca una de la otra, del lado de California, al oeste del Colorado.

[172] El padre Tomás Eixarch llegó en 1769 a la Nueva España, habiéndose desempeñado como misionero en Tejas y Sonora. En el segundo viaje del Capitán Anza a California, y tal parece que a petición del padre Francisco Garcés, recogió a los dos misioneros en Tumacácori para dejarlos en el río Colorado mientras él continuaba su viaje a California.

ida y vuelta que había hecho Taraval caminando casi 960 Km. para llevarle su botella de vino al misionero, puede percibirse que en éste, mostrar gratitud a un indio no era una de sus virtudes.

El pequeño grupo integrado por los mojaves, Taraval y Garcés, viajando río arriba, llegaron a lo que hoy es Needles, California, y el 1º. de marzo cambiaron el rumbo directo al oeste; sin graves problemas llegaron a las montañas de San Bernardino, el 17 de marzo el incansable Sebastián salió a buscar un paso y la ruta más conveniente para cruzar las montañas, volvió al día siguiente después de hallar el mejor camino, y los viajeros llegaron a San Gabriel el 24 de marzo de 1776. Es sorprendente la rapidez con la que Sebastián halló ésta y otras rutas, pero debe recordarse lo que se ha expresado en párrafos anteriores: había una red de veredas preestablecidas desde tiempos inmemoriales, que Sebastián podía identificar, a diferencia de Garcés, pero además, a esto se agrega el hecho de que el cochimí podía entenderse con los indios serranos, quienes le llegaron a proporcionar orientaciones valiosas sobre el camino más conveniente a seguir.

La inquietud de Garcés lo llevó a seguir viajando hacia el norte a principios de abril, llegaron hasta Tulare, y aquí, el 27 de abril tanto Taraval como los indios mojaves se rehusaron a seguir con el misionero, éste siguió solo pero muy pronto se regresó, la experiencia de Taraval como guía no la pudo compensar con su audacia, y se reunió otra vez con sus amigos indios el 10 de mayo. El 30 de mayo, después de cruzar las montañas Tehachapis llegaron el 30 de mayo al punto del Colorado cercano a Needles, de donde habían salido.

Todavía Garcés quiso viajar directo al este a Santa Fe con el propósito de establecer una ruta (ver mapa 5), lo cual ya otros habían intentado sin éxito, mientras que Taraval se regresaba al sur con los yumas. El franciscano salió a su destino el 4 de junio, y para el día 2 de julio arribó al poblado de Oraibe, sin embargo, aquí los indios hopis[173] no lo trataron con la acostumbrada hospitalidad, lo dejaron dormir a la intemperie, y cuando el religioso les ofreció los regalos usuales de tabaco y cuentas de vidrio, los indios los rechazaron; aun así, a pesar de su desdén al misionero, le advirtieron que le sería imposible cruzar el territorio apache al este, lo que obligó al religioso a iniciar su regreso el 4 de julio de 1776. El día 25 llegó al cruce Mohave del Colorado, apenas al norte de Needles[174]. En este lugar, el franciscano fue informado que indebidamente, Sebastián había regalado unas conchas y otras cosas de Garcés, y que sus dos mulas se habían muerto. Sobre este particular, si se toma en cuenta que el franciscano había estado ausente por seis semanas, y que al despedirse de Taraval le había expresado la posibilidad de que nunca se volverían a ver, era natural que el cochimí pensara deshacerse de las cosas de Garcés.

Para finalizar la historia del indio cochimí Sebastián Taraval, es necesario adelantar un poco los hechos. Se ha dicho antes que La Purísima Concepción de María Santísima y San Pedro y San Pablo de Bicuñer fueron las dos misiones que se establecieron cerca de lo que hoy es Yuma, y probablemente Los Algodones, respectivamente, aunque de la última no

[173] Los indios hopis pertenecen a los llamados Pueblo, del cual forman uno de los dos subgrupos en que se divide dicha tribu. Se ubicaban a más de 350 Km. al este del Colorado. Taylor, Colin F.. coordinador de la obra Los nativos americanos, el pueblo indígena de Norteamérica, LIBSA, Madrid 1994, p. 44.
[174] El Cruce Mohave (Mohave Crossing) está a los 114° 35’ 17’’ L.O., y a los 35° 20’ L.N., apenas al norte de Needles.



Fray Junípero Serra

hay seguridad sobre su ubicación exacta. Junto a las misiones se formaron poblados con colonos españoles y mestizos, quienes agraviaron a los nativos en diversas formas, lo que ocasionó que los días 18 y 19 de julio de 1781 los indios yumas del jefe Palma atacaran y destruyeran las dos misiones, mataran a casi todos sus ocupantes y se llevaran mujeres y niños colmo prisioneros. Entre los muertos estuvieron los cuatro misioneros que atendían las misiones, incluyendo a Francisco Hermenegildo Garcés[175], todo lo cual se detallará más adelante.

Poco antes de la tragedia narrada se desvanece la imagen histórica de Sebastián Taraval y no se sabe cuál haya sido su fin. Los pocos historiadores que se han interesado por el tema, han formulado varias hipótesis y también muchas preguntas sin contestar, acerca del destino final del gran explorador californio. Quizá se reunió nuevamente con Francisco Garcés, en Concepción, y murió en la masacre de los yumas, aunque los investigadores de este hecho no han encontrado indicios de que así haya sucedido[176]. Pudo haber fallecido de muerte natural, pues en sus últimos años se había quejado de dolores en el pecho; y también cabe la posibilidad de que haya regresado a Baja California, de lo cual no hay dato alguno.

Este relato es un mínimo homenaje a la memoria del indio californio nativo de Santa Gertrudis, y aunque en algunos de sus párrafos hay pinceladas de imaginación con que el autor ha querido vitalizar la narración, los hechos esenciales, los nombres de personas y lugares, las fechas, así como las descripciones de paisajes y costumbres de los nativos, son reales. El hecho es que el sueño de una comunicación terrestre de Sonora a California había terminado con la masacre de los yumas, de lo que enseguida se habla con más detalle.

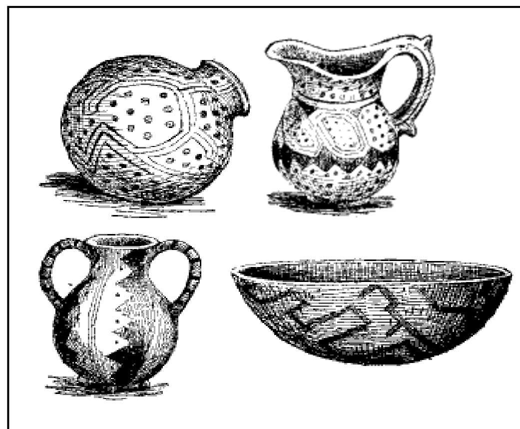
Los yumas y su medio geográfico. El Capitán Fernando Javier de Rivera y Moncada y los padres franciscanos .

El Desierto del Colorado es una extensión del gran Desierto de Sonora y los hechos que enseguida se narran sucedieron en la porción sureste de lo que hoy es el estado de California, de los Estados Unidos, en la confluencia de los ríos Colorado y su afluente el

[175] El padre Francisco Garcés nació en Morata del Conde, España, el 13 de abril de 1738. Ya en la Nueva España, se le destinó en 1768 a la misión de San Javier del Bac, en Sonora. Acompañó a Anza en sus expediciones a California, exploró las áreas del Gila y el Colorado hasta el Golfo de California, viajó a las aldeas hopis. Murió en la masacre de los yumas en 1781.

[176] Las investigaciones para identificar a quienes murieron en la masacre de los yumas, no han podido ser definitivas y claras, por razón del tiempo transcurrido, el que muchos perecieron calcinados, y sobre todo, que no se hizo una relación autorizada de los indios fallecidos.

Gila, y tal vez en el rincón más al noreste de la Península de Baja California, muy cerca del poblado Los Algodones, del municipio de Mexicali.



Las dos piezas de arriba y la izquierda de abajo son ejemplos de cerámica elaborada por tribus del bajo Colorado. El recipiente de abajo a la derecha era de varas de sauce. Aunque las imágenes se publicaron en 1889 en "The Overland Monthly", dan idea de la fina artesanía que practicaban aquellas las etnias.

Desde tiempo inmemorial, el área en que se juntan los dos grandes ríos estuvo habitada por la tribu de los Yumas[177], con lenguaje perteneciente a la familia yumana[178], quienes hace 2500 años ya usaban el agua del Colorado para irrigar sus sembradíos de melones, maíz, frijoles, algodón, tabaco y sandías, entre otras cosas. Los pueblos del bajo Colorado y cercanos a la boca del Gila, incluyendo los yumas, conocían la cerámica y tejían telas de algodón, lo cual comprobaron viajeros antiguos como el padre Wenceslao Linck cuando llevó a cabo su expedición al norte de la Península de Baja California, y conoció los productos de que se habla en manos de indios peninsulares, quienes seguramente hacían trueques con los nativos del Colorado. Según el padre Garcés el número de habitantes yumas de la región era de 3000 en 1776, mientras que el Capitán Anza estimaba unos 3500.

Los yumas tenían una cultura más avanzada que la de los indios peninsulares, en parte gracias a que habitaban un medio geográfico más apto para el desarrollo humano, y en las márgenes de la corriente del Colorado, pasando la unión de los ríos, se veían álamos, sauces, mezquitales, melones silvestres y gran cantidad de pastos. Por algo, Aldo Leopold llamó a la delta del Colorado

…Conjunto de verdes lagunas, región de leche y miel, en donde las garzas se juntan como prematura nevada…En el mapa la Delta era bisectada por el río, pero de hecho, el río no estaba en ninguna parte y en todas partes, porque no podía decidir cuál de cien verdes lagunas ofrecía la más placentera y menos vertiginosa ruta hacia el Golfo…[179]

Por supuesto que las rancherías de los yumas estaban lejos de ser una Utopía, sobre todo tomando en cuenta las frecuentes enemistades con pueblos vecinos que provocaban choques armados y la muerte de unos y otros. Sin embargo, el tener asegurada la alimentación les había permitido el desarrollo cultural de que se habla.

En la segunda mitad del siglo XVIII, la Comandancia de las Provincias Internas, con el objetivo de afianzar el estratégico paso del río Colorado que había permitido al Capitán Juan Bautista de Anza viajar de Sonora a California, determinó que la mejor forma de

[177] *Yuma* es una palabra que en el lenguaje de los indios tohono o´dham significa "gente del río". Los yumas se dan el nombre de *quechanos*, que significa "otro bajando", en referencia a su ancestral migración procedente del norte.
[178] La yumana es parte de la familia lingüística hokana.
[179] Leopold, Aldo, *A Sand County Almanac*, en donde describe al río Colorado como era en 1922.



Dibujo antiguo de la unión de los ríos Gila y Colorado viendo hacia el Gila.
Tomado de *The Journal of San Diego History*, Summer 1973, Vol. 19, N. 3. *Amiel Weeks Whipple and the Boundary Survey in Southern California.* Thomas L. Scharf.

lograr ese propósito era colonizar la región, y para eso se establecieron del lado de California, en la margen izquierda del río Colorado, las dos misiones mencionadas antes que servirían no sólo para evangelizar a los yumas sino como centros de población y escala útil en el camino que se empezaba a abrir.

Por otra parte, ya se sentía la amenaza que representaba el avance colonizador de los rusos rumbo al sur por la costa noroeste de América, a lo cual el gobierno español, por medio de su visitador general don José de Gálvez, había respondido con la penetración y reclamo de los territorios descubiertos en la Nueva o Alta California, mandando allá desde Baja California a los misioneros franciscanos a cargo de Fray Junípero Serra[180], quienes con éxito, aunque a costa de grandes esfuerzos y sacrificios habían plantado misiones y formado pueblos en la lejana provincia desde 1769.

Entre los hombres que más destacaron en el arduo trabajo de organizar la primera expedición terrestre desde Loreto hasta San Diego estaba el Capitán Fernando Javier de Rivera y Moncada[181], quien en la época de los misioneros jesuitas se había distinguido como responsable del presidio de Loreto cuya jurisdicción abarcaba toda la península. Don José de Gálvez, Visitador General del gobierno español y artífice de la expedición colonizadora hacia la Alta California, no dudó en designar a Rivera como encargado de ir a la vanguardia, abriendo la ruta inicial por la que seguirían después el gobernador Gaspar de Portolá, y luego el padre Fray Junípero Serra.

El contingente que formó el Capitán Rivera estaba formado por 25 soldados de Loreto y 40 indios neófitos de las misiones de Santa María de los Ángeles y San Francisco de Borja; por otra parte, además de las provisiones y equipo que el capitán recolectó en diversas misiones por las que fue pasando, reunió unas 200 cabezas de ganado así como buena cantidad de caballos y mulas. La expedición salió del Real de Santa Ana en septiembre de

---

[180] Fray Junípero Serra nació el 24 de noviembre de 1713, en la villa de Petra, isla de Mallorca, hijo de Don Antonio Serra y Margarita Ferrer, labradores. Aunque fue bautizado con el nombre de Miguel José, al profesar en el Convento de Jesús de Palma de Mallorca el 15 de septiembre de 1731, cambió su nombre por el de Junípero, *por la devoción que le tenía a aquel santo.* "Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California septentrional", Porrúa, 1990, p. 14.

[181] Don Fernando Javier de Rivera y Moncada nació cerca de Compostela, Nayarit, quizá en 1725. Cuando tenía 9 años de edad murió su padre, lo que debe haber influido para que desde que tenía 18 años ingresara al ejército para ayudar al mantenimiento de la familia de 11 hermanos, incluyéndolo a él. Sirvió seis años en la Escuadra del Sur del Presidio de Loreto, hasta que en 1751, por recomendación de los padres jesuitas, fue nombrado Capitán del Presidio de Loreto, y *de facto* Gobernador de California y juez en los asuntos civiles y militares. Acompañó a los padres Fernando Consag y Wenceslao Linck en sus exploraciones al norte de la Península en 1751 y 1765, respectivamente. Llegó a ser gobernador de la Nueva California, y después nuevamente de la Baja o Antigua California. Murió en 1781 en la masacre de los yumas.

1768, y antes del 20 de diciembre llegó al paraje que los nativos llamaban Vellicatá, descubierto por el padre jesuita Wenceslao Linck en 1766. Aquí Rivera estableció un campamento y base de operaciones a la que después llegarían el gobernador Portolá y el padre Serra. Finalmente, el 24 de marzo de 1769 salió el capitán al frente de la expedición rumbo a San Diego a donde arribó el 14 de mayo de 1769. Con sólo esta acción, el capitán Fernando Javier de Rivera y Moncada ingresó a la inmortalidad que confiere la historia por haber conducido con éxito la primera expedición terrestre a San Diego, incluyendo doscientas cabezas de ganado mayor[182], por un territorio que aun en la época moderna es un desafío para viajeros y exploradores.



Pintura del padre Ignacio Tirsch en la que se representa a Don Fernando Javier de Rivera y Moncada en el centro, y a la izquierda su esposa, Doña María Teresa Dávalos y Patrón. A la derecha un soldado de cuera.

El 12 de febrero de 1770, el Capitán Rivera fue enviado a Vellicatá, en Baja California, en procuración de provisiones que mucha falta hacían en San Diego, y estando en la Península, escribió una carta al Virrey de la Nueva España pidiéndole autorización para retirarse del servicio por motivo de su quebrantada salud y edad avanzada. El virrey accedió y Don Fernando pudo retirarse a Guadalajara con su familia[183], con la intención de establecer una granja. Sin embargo, Rivera disfrutó poco tiempo de aquel descanso ya que en 1773 tuvo que acceder a la petición del virrey para tomar el lugar del Gobernador de California don Pedro Fagés, quien tuvo serias dificultades con los misioneros franciscanos, especialmente con el padre Junípero Serra y fue removido del cargo. El padre franciscano propuso en substitución de Don Pedro al sargento José Francisco Ortega, pero esto no fue aceptado por el virrey debido a su baja graduación militar, de esa forma fue elegido Rivera para el delicado puesto.

[182] Actualmente, arriar un hato de reses en los desiertos y serranías de Baja California, aunque sea por unos cuantos kilómetros, resulta un trabajo complicado por la escasez de pastos y agua, y las dificultades que presentan los montes espinosos y el terreno quebrado.

[183] La esposa de Rivera era Doña María Teresa Dávalos y Patrón, sus hijos fueron Isabel, que había muerto muy joven, Juan Bautista, José Nicolás María, y Luis Gonzaga Francisco Javier María. El mayor, Juan Bautista, se ordenó sacerdote y se desempeñó como tal en el poblado de Magdalena, del actual estado de Jalisco.

En su viaje a Monterrey, el capitán viajó vía Guadalajara, Tepic y Sinaloa con el propósito de reclutar colonos que quisieran irse a California, desde el puerto de El Yaqui cruzó el Golfo a Loreto, y de aquí se dirigió a su destino final. El 23 de marzo de 1774 llegó a Monterrey para ocupar el cargo de Gobernador Militar de Alta California después de haber cabalgado casi 1900 kilómetros de Loreto a la capital de la provincia.

Rivera encontró desde su llegada a la Alta California muchos problemas que prácticamente no tenían pronta solución: los soldados recibían su pago muy atrasado, no se contaba con bestias suficientes para el transporte, los nativos se rebelaban con frecuencia, el número de soldados era muy reducido para atender la seguridad en una zona tan extensa, los barcos con provisiones no llegaban a tiempo, y los misioneros franciscanos mostraban la misma conducta de confrontación y desacuerdo que habían tenido con el anterior gobernador Pedro Fagés.

En los primeros años de su labor en la Alta California, los franciscanos no estuvieron exentos de peligros, sobre todo en el sur, por el carácter belicoso de las tribus que habitaban toda la región, desde la costa hasta el Río Colorado, ejemplo de lo cual es el ataque que se dio en 1775 a la misión de San Diego.

A diferencia de otras etnias de California, los kumiay nunca aceptaron pasivamente la imposición cultural y religiosa que les hacían los franciscanos, y reiteradamente fueron descritos por los españoles como rebeldes, orgullosos, rencorosos y devotos de las costumbres de sus padres, aunque hoy se podría decir que, sencillamente, estos nativos resistieron con toda su fuerza la amenaza que la presencia europea significaba para su religión y costumbres; Palou y los demás misioneros franciscanos echaban la culpa de la resistencia indígena a Satán, sin pensar que había causas más terrenales que provocaban el fuerte resentimiento de los aborígenes, como los castigos a latigazos, la prohibición a los neófitos de viajar libremente por su territorio, el abandono forzado de sus creencias religiosas, las violaciones a las mujeres indígenas que se llegaron a dar, y la cesión paulatina de sus territorios a la “gente de razón”.

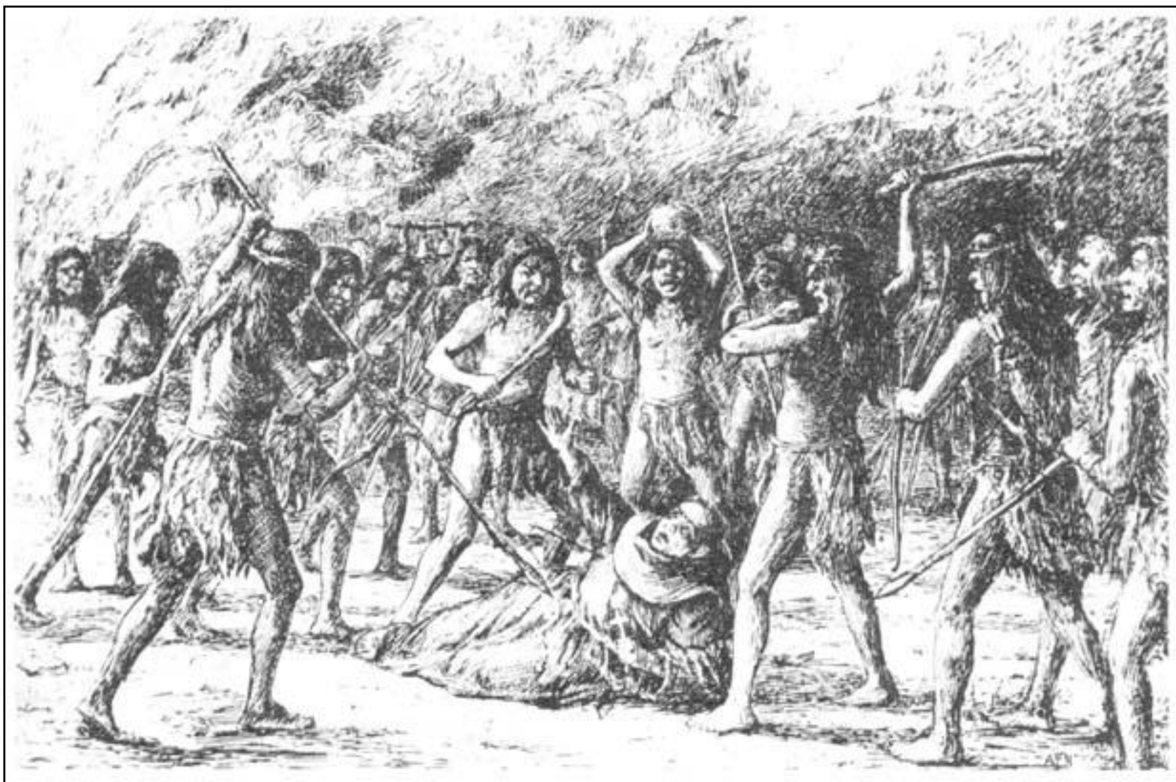
En octubre de ese año, dos neófitos se escaparon de San Diego y se dedicaron a instigar a los indígenas proponiendo la destrucción del presidio y la misión, dada la inconformidad que muchos sentían contra los españoles por las causas ya mencionadas, aunado esto a que en 1774, la reubicación de la misión unos nueve kilómetros al este del presidio y ya más cerca de algunas de las rancherías importantes de los nativos, había provocado en éstos gran temor. Los yumas del Río Colorado no se unieron a los rebeldes de la costa quizá por la relación amistosa que tenían con Juan Bautista de Anza y el padre Francisco Garcés, quienes habían convivido con ellos en diversas épocas.

Aun así y con la abstención de varias rancherías que no quisieron participar en la conjura, la noche del 4 de noviembre de 1775 según Palou, o madrugada del 5, entre 600 y 1000 gentiles y neófitos originarios de cuando menos 15 rancherías, cuatro de las cuales eran Melijó[184], Otay, La Punta y Cuyamaca, cayeron sobre San Diego divididos en dos grupos, unos se fueron contra el presidio y los otros a la misión, ambos situados a pocos kilómetros

[184] Melijó se confundía al este con el rancho Ti-Juan de don Santiago Argüello, en lo que hoy es la ciudad de Tijuana.

de distancia, pero por alguna razón, finalmente todos se sumaron en el ataque al centro religioso, encabezados por sus líderes Oroche, de la ranchería Macate, Francisco, de Cuyamaca, Rafael de Janat, e Ysquitil de Abusquel; entraron en las cabañas en que dormían los neófitos y los obligaron a permanecer en silencio, y aprovechando los tizones que quedaban en una fogata cercana al cuartel prendieron fuego a la misión que era de madera y a una casita en que dormían los soldados, al mismo tiempo que lanzando alaridos disparaban sus flechas y piedras contra los aposentos de los españoles.

El sargento Ortega y casi todos los soldados del presidio se habían ido al norte para ayudar en la construcción de la misión de San Juan Capistrano y sólo habían permanecido en San Diego unos cuantos hombres. El primero en darse cuenta del asalto fue el padre Luis Jayme, quien valerosamente **se** enfrentó a los asaltantes tratando de calmarlos, pero fue asesinado a flechazos y macanazos, en tanto que fray Vicente Fuster, al despertar por la gritería de los indígenas, salió de su cuarto y se fue con los pocos soldados que había a la casita que les servía de cuartel, en donde se defendieron por algún tiempo disparando contra los atacantes a quienes les causaron algunas muertes; sin embargo, el asedio se hizo más intenso y el fuego se propagó por todas partes, por lo que tuvieron que refugiarse en una pequeña casa de adobe, casi sin techo, en donde resistieron el ataque hasta el amanecer, cuando los rebeldes se retiraron después de recoger a sus muertos y heridos que, según los testimonios que se dieron, fueron numerosos, mientras que por los españoles sólo cuatro



Muerte del padre Luis Jayme

perdieron la vida. El 5 de noviembre, temprano, salieron de sus casas los neófitos que habían permanecido encerrados durante el ataque, ayudaron a apagar el fuego que aun ardía en la troje, y entre todos llevaron al presidio los cuerpos del padre Luis Jayme y del herrero José Romero, así como a los heridos para que se les atendiera de sus lesiones.

El capitán Rivera y Moncada, al enterarse de lo sucedido se trasladó de Monterrey a San Diego tratando de prevenir algún nuevo alzamiento[185]; por ese tiempo llegó un barco con ayuda a la bahía y por tierra arribaron 25 soldados de refuerzo, todo lo cual afianzó la posición de la colonia que no volvió a ser atacada en mucho tiempo por los indios, aunque el espíritu de aquel levantamiento nunca se extinguió totalmente.

En las acciones a seguir como respuesta a los sangrientos hechos, Serra y Rivera mantuvieron posiciones antagónicas, pues mientras el franciscano pensaba que sólo con paciencia, tolerancia y el perdón se podían civilizar aquellos salvajes, Don Fernando, como soldado y Gobernador Militar responsable de la seguridad y la paz en la región, consideraba que era necesario aplicar un castigo severo a los culpables para disuadirlos de cualquier futura sublevación.

Después de la revuelta, los soldados capturaban de vez en cuando a alguno de los cabecillas que habían atacado la misión, y eran castigados con cincuenta latigazos o ejecutados, pero uno de ellos llamado Carlos eludió a sus perseguidores durante varios meses, hasta que finalmente se entregó, buscó asilo en la misión[186] y fue amparado por el padre Vicente Fuster. Cuando el Capitán Rivera y Moncada se enteró en dónde se encontraba el fugitivo, en febrero de 1776, a pesar de la oposición del padre Fuster espada en mano lo sacó de su refugio para castigarlo, lo cual causó el descontento del religioso que excomulgó al capitán, hecho que lo afectó por el resto de su vida. Poco después Rivera devolvió el prisionero a los misioneros, y éstos a su vez lo entregaron formalmente a la autoridad militar.

Quizá fue un error de Rivera haber violado el derecho de asilo otorgado por Fuster al indio Carlos, más aun si, como parece, existían órdenes de perdonar a los líderes de las rebeliones, pero también debe pensarse en que la mayor responsabilidad del Capitán era la seguridad de los misioneros y mantener la paz en la región, lo que sin duda influyó en su decisión; lo cierto es que a partir de entonces se dieron muchas fricciones y desacuerdos, a veces ásperos, entre los misioneros y quienes tenían a su cargo el poder civil y militar en la Alta California.

La suerte final del indio Carlos se desconoce, aunque es probable que haya sido desterrado de las Californias o enviado a un presidio del interior de la Colonia. En lo que se refiere al Capitán Rivera, después de los hechos mencionados quizá presintió con razón que sus días como gobernador de la Alta California estaban contados al haberse atrevido a desafiar con o sin razón el poder de los fernandinos.

---

[185] El padre Font criticó duramente al Capitán Rivera y Moncada por lo sucedido en San Diego, prácticamente acusándolo de negligente al expresar: *...Mientras que el señor Rivera estaba en el presidio comiendo la poca comida que tenían los padres y agraviándolos con la falta de respeto con que los trataba...*(Pourade, Time of the Bells, cap. 3)

[186] No está claro si fue en un almacén que fungía como iglesia provisionalmente o en el presidio.

Fray Junípero Serra y sus misioneros deseaban plantar una misión y colonia en San Francisco, a lo que siempre se opuso Rivera por razones de falta de soldados que protegieran los establecimientos contra posibles ataques de los indios. Sin embargo, el presidio se fundó el 17 de septiembre y la misión el 9 de octubre de 1776, quedando al mando el Teniente José Joaquín Moraga. Cabe aclarar que Don Fernando viajó posteriormente de Monterrey a San Francisco, exploró la región y seleccionó el sitio para otra misión, Santa Clara, cuya fundación dirigió personalmente, lo que demuestra en cierta forma que sus acciones no estaban en contra del establecimiento de nuevas misiones, sino que trataba de hacerlo con cierta cautela y paulatinamente dadas las limitaciones de su personal y equipo militar.

Tales precauciones se justificaron por ese tiempo cuando, estando Rivera todavía en la región, fue informado que los indios habían atacado la misión de San Luis Obispo; salió violentamente hacia allá. y encontró la misión y otras dos edificaciones quemadas; poco después, el Capitán fue informado por Moraga que también se habían dado ataques de los indios en la misión y presidio de Monterrey. Dicho lo anterior, se tiene que admitir que el Capitán Rivera tenía razones válidas para irse despacio en la expansión hacia el norte de la Alta California.

Como quiera que sea, agriado su carácter por algunos padecimientos que sufría como fiebres y dolores en una pierna, siempre en desacuerdo con los misioneros y el mismo Juan Bautista de Anza, apremiado en lo económico porque el gobierno no le pagaba su sueldo desde hacía años y su familia se mantenía gracias a la caridad de su hermano Juan Bautista, el viejo soldado nayarita por órdenes del virrey entregó el gobierno a Felipe de Neve el 3 de febrero de 1777, los dos hombres intercambiaron informaciones sobre los territorios que habían gobernado, y Rivera salió hacia Loreto[187] en donde ocuparía el puesto de sub-gobernador, una escolta de 6 soldados lo acompañó hasta San Diego, desde continuó solo cabalgando rumbo al sur. A los agravios sufridos, se sumaba la soledad y los problemas del largo viaje que le esperaba.

Los franciscanos levantaron 19 misiones en menos de 30 años, y apenas 13 después de la llegada de Portolá ya habían construido los presidios de San Diego, Monterrey, San Francisco y Santa Bárbara. Lo que seguía era la verdadera colonización de la provincia.

La masacre de los yumas.

El padre franciscano Francisco Hermenegildo Garcés fue un misionero del siglo XVIII cuyo nombre registra la historia como uno de los grandes exploradores de California, Sonora, Nuevo México y Arizona, y ya se han mencionado algunos de sus viajes cuando fue acompañado del indio californio Sebastián Taraval. Cuando Garcés, sin ninguna escolta y casi siempre solo llegaba a una ranchería sobre todo en el desierto del Colorado, intercambiaba modestos obsequios con sus anfitriones, se sentaba a comer en el suelo con ellos, y establecía una verdadera relación amistosa, resultado de lo cual nunca fue amenazado o mal tratado.

[187] Loreto había sido siempre capital de Las Californias y sede del gobernador, y Felipe de Neve fue el primer gobernador de la Alta California.

En sus recorridos por la región del Gila y el Colorado Garcés conoció al jefe Palma, quien al poco tiempo mostró interés en cristianizar a su pueblo, comenzando con él mismo. Garcés informó a sus superiores la aparente disposición de los yumas para adoptar la religión católica y consecuentemente la colonización de los españoles, pero advirtió que si algún día ésta se llevaba a cabo debería ser con asentamientos reducidos, tomando en cuenta que, a diferencia de los californios de la península, los yumas conocían la agricultura y valoraban altamente la posesión de sus tierras.

Desde su primer viaje a California en 1774, el capitán Juan Bautista de Anza conoció al jefe de los yumas de nombre Olleyquotequiebe en su lengua, que significa *resuello encontrado*[188], o "el que habla jadeando", y le puso por nombre Salvador Palma. Con base en las experiencias de Garcés y las que él mismo tuvo con los yumas, el capitán Anza llevó al jefe indio a la ciudad de México, motivado no sólo por su estimación personal hacia el caudillo y su pueblo, sino sobre todo porque le convenía tener una buena relación con ellos, aunque los registros oficiales de la época señalan que esto sucedió porque Salvador Palma quería ser bautizado y pedía al gobierno español que se levantaran misiones en su territorio.

Dos de los documentos que se refieren a estos hechos son, uno, la petición formal de Palma al virrey para que se le bautice a él y a sus hermanos de raza; y el otro, el cuestionario que se le presentó al jefe indio y las respuestas dadas en relación al viaje planeado a la ciudad de México. Se transcriben a continuación porciones de los manuscritos que fueron entregados personalmente al virrey en octubre de 1776, aunque debe tomarse en cuenta que Palma no sabía escribir y que la petición fue dictada a un escriba de Anza:

…No sería extraño que animado de la piadosa generosidad con que vuestra excelencia me ha recibido y de lo mucho que me puede prometer de índole tan noble, exponga con sencillez y confianza, el objeto de mi pretensión y las vivas ansias que me arrancaron del seno de mi familia, y me traen de más de 700 leguas de distancia a implorar la protección de V. E. [Vuestra Excelencia] *y persuadido que el único embarazo que puede retardar el cumplimiento de mis deseos es una injusta sospecha contra mi constancia, me parece necesario dar antes una noticia breve de mí mismo; acaso bastaría ella sola a persuadir mi buena fe y la sinceridad con que pretendo el santo bautismo, para mí, para mis hijos, hermanos, parientes y súbditos.*

Mi nación se llama yuma y se compone de varias poblaciones regulares colocadas en la situación más ventajosa al confluente de los ríos Gila y Colorado. Por esta inmediación gozamos de cosechas abundantes, que nos ponen en estado de no tener necesidad de socorros extranjeros…[189]

El escrito sigue expresando diversos temas de los cuales destacan los referentes a que en principio, su gente se opuso a recibir amistosamente a los españoles y debieron ser

[188] Cuestionario presentado al capitán Palma que ha pedido el bautismo, y respuestas dadas. 1776. Archivo Franciscano, ficha 327, Biblioteca Nacional de México, (4/81.4, f. 11-13), h. 1.
[189] Representación que el capitán Salvador Palma hace al virrey pidiéndole autorice el bautismo para él y los suyos: México, 12 noviembre 1776. Colecciones mexicanas, ficha 326; Biblioteca Nacional de México; Colección Archivo Franciscano (4/81.3, f-610v.); h. 1.

convencidos por Palma con cierta dificultad; luego señala que fue Anza quien lo introdujo a los principios fundamentales del cristianismo y de la obediencia que todos deben al rey[190]; sigue diciendo que fue cuando los españoles cruzaron el río con la valiosa ayuda de los yumas, le pusieron el nombre de Salvador Palma, ocasión en que también dejó el título de *conemy, expresivo del supremo dominio*[191], para quedar sólo en "capitán".

Según el mismo manuscrito, al saber Palma que Anza iría a la ciudad de México le pidió que a nombre suyo y el de su pueblo, le solicitara al rey el establecimiento de la religión católica en su país, a lo que Anza accedió prometiendo a jefe indio que esto se lograría a más tardar en un año. Al pasar el tiempo y ver que no se cumplía la promesa del capitán español, Palma viajó corriendo riesgos hasta el Real Presidio de San Miguel Horcasitas, y aunque Anza estaba ausente, fue atendido bien por el gobernador militar quien le aseguró que lo prometido se cumpliría. A los diez meses de estos hechos, sigue narrando Palma, pasó Anza por su ranchería cuando se dirigía a California a fundar San Francisco, y entonces le prometió que después seguramente lo llevaría a la ciudad de México a pedirle al rey el cumplimiento de sus deseos.

Finalmente, al regresar Anza en su viaje procedente de Monterrey[192] y llegar a territorio yuma, el jefe Palma se le presentó con doscientos guerreros para manifestarle su deseo de ir a México[193], con lo cual todos estaban de acuerdo. El caudillo indio expresó que el acto fue con el fin de que Anza se convenciera que su pueblo lo apoyaba en su decisión de ir a la ciudad de México a solicitar la presencia española por medio de un presidio y misiones, aunque no podría descartarse la posible intención del líder indígena de ejercer una presión intimidatoria sobre el capitán español con el acompañamiento de tantos hombres.

Interior de la Catedral de México.



Anza llevó a cabo investigaciones para saber si se había operado algún cambio en la población de los yumas, acordes con las enseñanzas cristianas que el padre Garcés y él mismo habían impartido al jefe yuma, y comprobó que efectivamente el pueblo estaba abandonando sus tradiciones de gentiles, como la de la poligamia, aunque en parte esto era resultado del castigo que Palma aplicaba a quienes siguieran teniendo varias mujeres. Lo cierto es que el capitán español si tenía un afecto real hacia Palma, le obsequió una imagen del rey y un bastón de

[190] Es reconocido el hecho de que la conversión de los yumas fue iniciada por el padre Francisco Hermenegildo Garcés, pero aquí el jefe Palma tal vez se refiere a que Anza desde que se conocieron, le trató temas del cristianismo que eran contrarios a algunas tradiciones de los nativos, como la práctica de la poligamia.

[191] Palma, Salvador. Representación que el jefe Salvador Palma hace al virrey…Archivo Franciscano, ficha 326 h. 4.

[192] Anza había salido de Monterrey el 14 de abril de 1776.

[193] Representación… op.cit., h. 6.

mando, así como alguna ropa, y decidió llevar al jefe yuma, a su hermano Ygnacio y a otros dos indios a la Ciudad de México, en donde tendría que informar al virrey sobre su segunda expedición a California.

El 26 de octubre de 1776 Anza compareció ante el virrey, acompañado por sus invitados indígenas, y el 13 de febrero de 1777, el jefe yuma fue bautizado con el nombre de Salvador[194] Carlos Antonio "conocido por el sobrenombre de Palma", de lo cual quedó el registro correspondiente[195]; Carlos en honor al rey Carlos III, y Antonio por el virrey Antonio María de Bucareli, quienes prometieron cumplir los deseos del líder indio. Tal vez, en un momento de ensueño, Salvador Palma imaginó una edificación parecida a la catedral en que había recibido las aguas del bautismo, levantándose allá en su lejano terruño, próximas al río Colorado, pletórica con sus hermanos de raza ya cristianizados.

El virrey Bucareli agasajó y obsequió a Palma como si hubiera sido un alto dignatario extranjero[196], y después de cuatro meses de permanecer en la ciudad de México, los indígenas y Anza iniciaron el regreso, aquellos a sus rancherías y el oficial español, ya con el grado de Teniente Coronel, iría después a Nuevo México como gobernador de esa provincia. Las acciones, los documentos firmados como compromisos, y la voluntad de quienes participaron en los hechos narrados presagiaban una etapa de desarrollo en la lejana frontera del imperio español, y ni el más pesimista hubiera imaginado entonces la tragedia que se avecinaba.



Teodoro de Croix, primer Comandante General de las Provincias Internas por nombramiento de Carlos III. Nativo De Francia, después de servir 30 años en el ejército español, llegó a la Nueva España en 1776 como capitán de la guardia de su tío el virrey. Fue nombrado caballero de la Orden Teutónica.

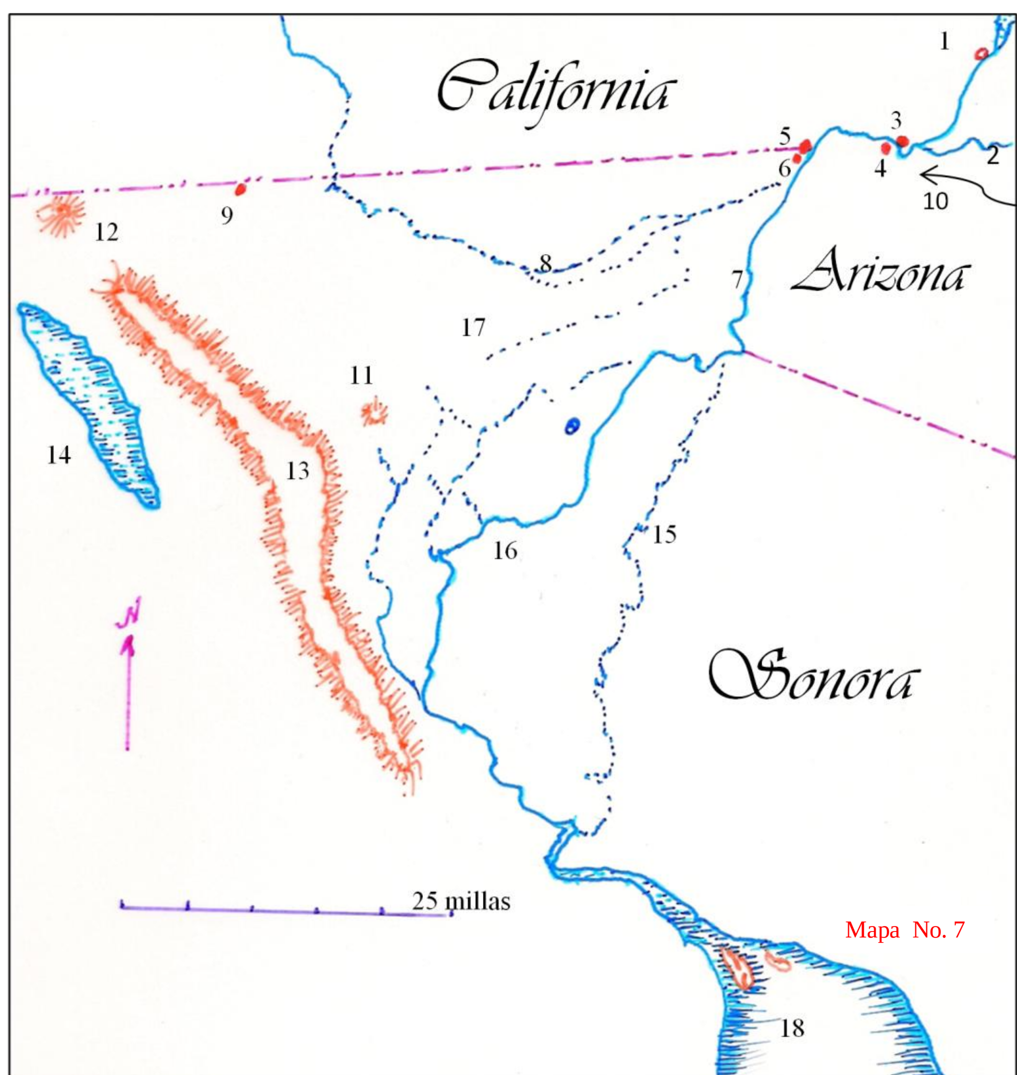
En una acción que se consideró vital para afianzar la posición del imperio español en la despoblada frontera noroeste de la Colonia, en el mes de diciembre de 1779 y por orden del Comandante de las Provincias Internas Teodoro de Croix, el Gobernador de Alta California Felipe de Neve comunicó a Rivera, residente en Loreto a cargo del gobierno de la Antigua o Baja California, que debería reclutar colonos en la costa noroccidental de la Nueva España con el fin de llevarlos a la nueva provincia para fundar la población de Los Ángeles. Para dar cumplimiento a los deseos del Comandante General, Rivera se trasladó a Arispe, vía Guaymas, Sonora, para acordar con Croix en detalle las acciones a seguir.

---

194 Existe la opinión entre varios autores de que el nombre Salvador le fue asignado a Palma por el indio californio de Santa Gertrudis cuando, huyendo de la misión de San Gabriel, llegó casi muriendo de sed al río Colorado y el entonces jefe Olleyquotequiebe le ayudó a salvar su vida.

195 La orientación en la nueva religión le fue proporcionada a Salvador Palma por el padre Juan Campa.

196 Uno de los obsequios del virrey a Palma fue un uniforme tipo militar con predominio del color azul, escarlata y oro.



Las misiones del Colorado y sus relaciones geográficas.
1 Ubicación de la Misión San Pedro y San Pablo de Bicuñer, según opinión de algunos autores, al sur de "Laguna Dam". 2 Río Gila. 3 Misión La Purísima Concepción de María Santísima. 4 Yuma. 5 Misión de San Pedro y San Pablo de Bicuñer, según la opinión de la mayor parte de los investigadores, casi en la frontera actual entre las dos Californias. 6 Los Algodones. 7 Río Colorado. 8 Río Álamo. 9 Mexicali. 10. Ruta proveniente de Sonora a California. 11. Cerro Prieto. 12 Cerro del Centinela. 13 Sierra de los Cucapá. 14 Laguna Salada o Macuata. 15. Antiguo curso del Colorado. 16. Curso del Colorado desde 1922. 17 Valle de Mexicali en donde se ubicaban numerosas derivaciones del Colorado, (en temporadas cauces secos). 18 Golfo de California.

Con el fin de estimular a los colonos, el Capitán Rivera fue autorizado por Croix para ofrecerles un salario mensual de diez pesos y una ración diaria de comida valuada en dos

reales durante tres años; en el caso de encontrarse en zonas desérticas en donde el dinero no pudiera aplicarse para la compra de alimentos, éstos serían proporcionados gratuitamente[197]. Para noviembre de 1780, en Los Álamos, Sonora, Rivera había podido reunir 59 soldados y 14 colonos en los poblados de Horcasitas, Sonora; y Villa de Sinaloa, Culiacán y El Rosario, del actual estado de Sinaloa. Estando en Los Álamos, poblado con un buen movimiento comercial, Rivera consiguió no sólo las mulas y caballada que necesitaba, sino también casi todas las provisiones y equipo para el viaje.

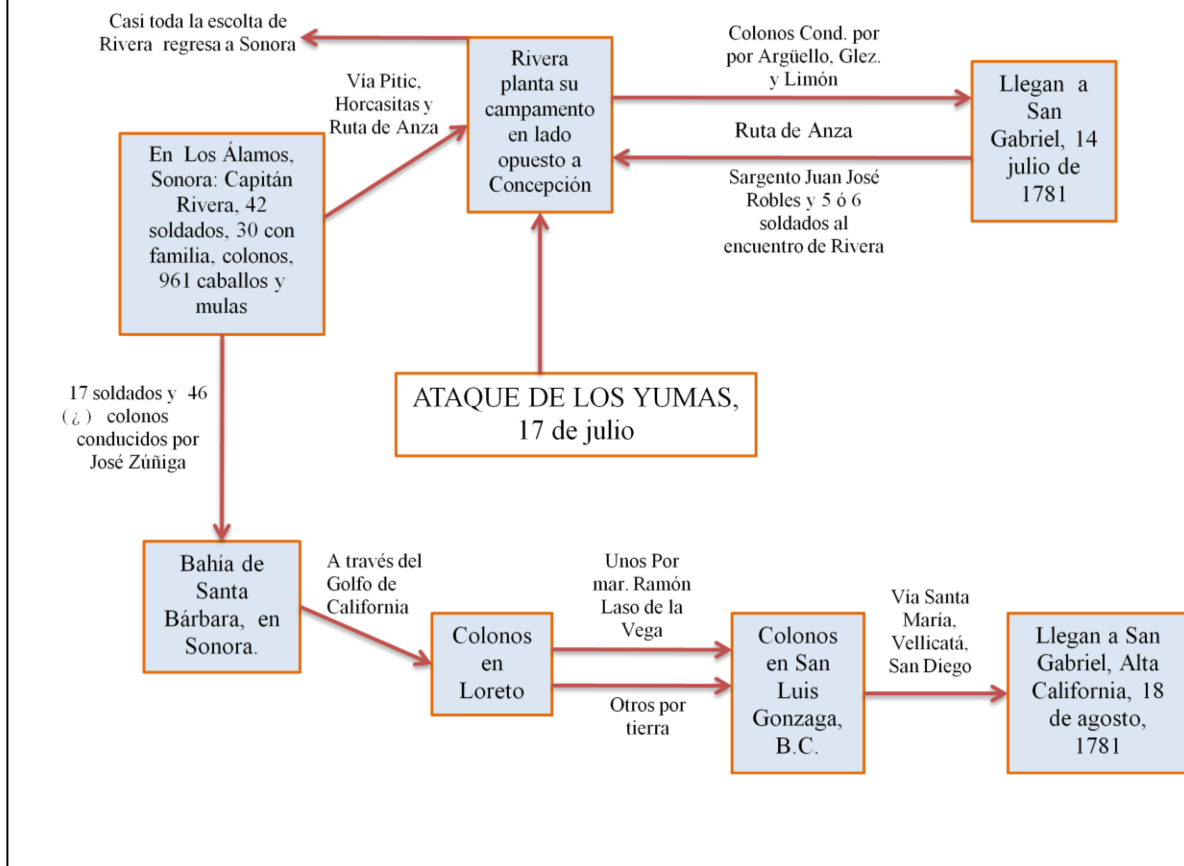
Es sorprendente la organización que Croix y Rivera fueron capaces de darle al complejo movimiento migratorio de personas y traslado de bestias y equipo reunidos en Sonora, movilizándose a través de miles de kilómetros por zonas desérticas y poco exploradas para llegar a la misión de San Gabriel, en la Alta California, y la decisión de llevar exitosamente a su fin la complicada empresa para lo cual fue fundamental que los participantes en el evento se ajustaran a una absoluta disciplina y obediencia en el cumplimiento de las órdenes recibidas, y se planearan sincronizadamente diversas acciones encaminadas al logro del objetivo final que era llevar colonos para la fundación del poblado de Los Ángeles a la distante frontera; de esa forma, si fracasaba uno de los intentos los demás podrían tener éxito.

Para el viaje a San Gabriel, el contingente se dividió en dos partes principales, una de las cuales se iría por Baja California y la otra por la ruta abierta por Juan Bautista de Anza. Los colonos que siguieron el camino de Baja California salieron en lanchas de la Bahía de Santa Bárbara, cerca de la boca del río Mayo directamente a Loreto, en Baja California, y de aquí se dirigieron a la Bahía de San Luis Gonzaga divididos en dos grupos: uno por mar bajo la conducción y mando del alférez Ramón Lasso de la Vega, y el otro por tierra al frente del cual iba el teniente José Zúñiga. Los colonos llegaron todos a salvo a San Diego, y de este puerto siguieron a San Gabriel, a donde arribaron prácticamente sin novedad el 18 de agosto de 1781.

El Capitán Rivera, acompañado de 42 soldados de cuera[198] entre los que se incluían 30 con sus familias, salió de Los Álamos en abril de 1781 arriando 961 caballos y mulas, y enfiló a la misión de La Purísima Concepción, muy cerca de la confluencia de los ríos Gila y Colorado siguiendo la ruta que había abierto el capitán Juan Bautista de Anza. En Tucson se le unieron por breve tiempo algunos soldados bajo el mando del teniente Andrés Arias Caballero, quienes poco después, al llegar a la boca del Gila regresaron a su base. Ya estando en el paso del río, después de un corto descanso, un grupo de 30 familias, 35 soldados y algunos hombres de la escolta de Sonora fueron enviados a San Gabriel, llevándose los animales más fuertes y en aptitud de continuar el viaje; esta avanzada iba bajo la conducción de el teniente Diego González, el alférez Cayetano Limón y José Darío Argüello, quienes llegaron a su destino el 14 de julio de 1781, un poco más de un mes antes que la gente que iba por Baja California.

---

197 Beilharz, Edwin A., *Felipe de Neve, first Governor of California.* San Francisco Historical Society, 1971, pp. 46-47.
198 Los soldados de cuera recibieron ese nombre porque se protegían las partes vulnerables del cuerpo contra las flechas de los indios con cuero curtido de res.



Rivera se acampó con los pocos soldados que se habían quedado cerca del paso del río en el lado oriental de la corriente, en un punto opuesto a Concepción, ocupándose en el cuidado de casi la mitad de los animales que no habían podido seguir la marcha y necesitarían tal vez semanas para recuperarse. El llamado Puerto de la Concepción con su misión de La Purísima, se encontraba apenas abajo de la boca del Gila, en el paso en donde el Colorado tenía una estrechez de 100 varas, equivalente a unos 85 ó 90 metros; también permanecieron con el capitán cinco o seis hombres que habían sido enviados de California bajo el mando del sargento Robles para encontrarlo en el cruce de los ríos.

Del lado occidental de las corrientes se había levantado en octubre de 1780 la misión de La Purísima Concepción de María Santísima, hecha de madera, casi en el cruce del Colorado y muy cerca de lo que después fue Fuerte Yuma, y el 7 de enero de 1781, a unos dieciocho o diecinueve kilómetros también de lado oeste del Colorado, la misión de San Pedro y San Pablo de Bicuñer construida del mismo material. Sobre la ubicación de ésta mucho se ha debatido por diversos historiadores si se encontraba al norte o al sur de La Purísima, sobre

lo cual debe considerarse lo siguiente[199]. Si se toma en cuenta que la ruta transitada por Anza fue siguiendo la corriente del río Colorado hacia abajo, y no subiendo por ella rumbo al norte, podría pensarse que San Pedro y San Pablo de Bicuñer, a cuatro leguas de La Purísima, se ubicaba después del paso del Colorado cuando ya el río que viene del este tuerce hacia el sur, precisamente sobre la ruta que se deseaba proteger, y no hacia el norte, por donde no pasaría el camino a California.

Si así fue, y es lo más probable, ésta misión habría quedado casi en la actual frontera de los Estados Unidos con México, muy próxima al actual poblado de Los Algodones, al este de Mexicali. Fue precisamente poco antes pero muy cerca de este lugar cuando la corriente del Colorado cambia de dirección hacia el sur, en donde Anza, después de viajar cuatro leguas corriente abajo a partir de la confluencia de los ríos, bautizó una elevación como Cerro de San Pablo[200], que se ubica muy próximo al punto llamado "Pilot Knob". En aquella ocasión Anza siguió un poco más río abajo y acampó en una ranchería yuma que también se llamaba San Pablo, nombres que tal vez tuvieron relación con el que años después se asignó a la nueva misión ubicada posiblemente muy próxima a este lugar; aquí Anza registró el 11 de febrero de 1774 que la tierra era muy buena, pero mejor río abajo que hacia arriba, lo que pudo haber sido factor para que se prefiriera establecer San Pedro y San Pablo al sur de la junta de los ríos. Sin embargo, a pesar de todo lo señalado no debe excluirse la posibilidad de que la citada misión se hubiera plantado al norte de La Purísima Concepción, cerca de lo que hoy es Imperial Dam, como algunos investigadores lo afirman.

Los misioneros que tuvieron a su cargo los establecimientos del Colorado fueron los padres franciscanos Francisco Hermenegildo Garcés y Juan Antonio Barreneche en la misión de La Purísima Concepción de María Santísima, y Matías Moreno y Juan Díaz en la de San Pedro y San Pablo de Bicuñer, ambas del lado oeste del río. Los misioneros provenían del prestigiado Colegio de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro, cuyos integrantes buscaban con sus obras renovar y acrecentar el espíritu misionero en la Colonia, siendo el padre Garcés el que destacaba en el grupo por tener algo más de experiencia en el trato con los yumas, en cuyas rancherías fue siempre bien recibido en sus expediciones, siempre viajando sólo o acompañado por uno o dos guías.

Las misiones fundadas, saliéndose de la costumbre seguida desde tiempos de los jesuitas, no tenían cerca un presidio formal o un destacamento de soldados con capacidad suficiente para defender las misiones de posibles alzamientos de los indios; los colonos formaban un poblado de gente dedicada sobre todo a actividades productivas del campo, para lo cual habían despojado de sus mejores tierras a los yumas nativos, y éstos empezaban a mostrar su desencanto al no recibir los obsequios que esperaban de los españoles.

La conducta de los colonos que superficialmente podría calificarse como abusiva y violatoria de las disposiciones reales en relación con el trato que debería brindarse a los

---

[199] Jack D. Forbes, en su obra *Warriors of the Colorado; the Yumas of the Quechan Nation and their Neighbors,* pp. 144-148, opina que San Pedro y San Pablo de Bicuñer estaba al sur de La Purísima Concepción.

[200] Registro del jueves 10 de febrero de 1774 e n el diario del capitán Juan Bautista de Anza, p. 33. Dice parte del registro: *…Caminadas como cuatro leguas a dicho rumbo se paró a la falda de un cerro que llamamos San Pablo, y de él, tomando al oeste por otra legua, se hizo alto para pasar la noche a orillas del río, en donde habrá algún pasto y muchas habitaciones de yumas…*

nativos, no se diferenciaba mucho de la que se observó siempre en cualquier parte de la Colonia, y por otra parte, debe entenderse que los escasos recursos con que contaban los "de razón" prácticamente los obligaba a buscar el camino fácil para empezar a producir alimentos rápidamente en aquellas tierras, y era seguro que con ese proceder se seguirían viendo afectados los yumas al ser despojados de los mejores terrenos cercanos al río.

Los habitantes de los dos poblados eran en La Concepción, un cabo, nueve soldados, diez colonos con sus familias y seis peones o trabajadores; en San Pedro y San Pablo, un cabo, ocho soldados, diez colonos con sus familias y seis peones; como se ha mencionado, los indios vivían en sus rancherías de donde ocasionalmente acudían a la misión para su atención espiritual. Esto último dificultaba su conversión al cristianismo, ya que se mantenían generalmente alejados de los poblados a los que sólo iban algunos a la celebración de las misas dominicales, y para intercambiar sus productos como frijol, maíz, calabazas y sandías por algo que necesitaran y pudieran obtener de los colonos.

No puede decirse que el gobierno español hubiera faltado a lo medular de sus promesas, pues se levantaron las dos misiones de que se ha hablado, aunque en edificaciones muy modestas casi en su totalidad de madera, pero las dádivas que traerían consigo los misioneros y colonos conforme al entendimiento de los indios jamás llegaron, y las narraciones que el jefe Salvador Palma había hecho a su pueblo sobre la magnificencia de todo lo que contempló durante su estancia de cuatro meses en la ciudad de México, no correspondía en nada a la pobreza de los misioneros y demás integrantes de los dos poblados, cuyo aspecto debe haber sido harapiento.

Pero aparte del desencanto que empezaron a sentir los yumas, debe agregarse el mal trato que recibieron de soldados y colonos, pues los azotes de castigo por causas baladíes se dieron con frecuencia. Anza había recomendado que los colonos que formarían los dos poblados fueran seleccionados entre gente honrada que reuniera en sus personas lo que hoy se llamaría un perfil humanista y genuinamente cristiano, pero por razones de tiempo y sobre todo por falta de candidatos no fue así, de manera que los malos tratos a los indios fueron cosa cotidiana, sobre todo la invasión y pisoteo de sus sembradíos. A pesar del descontento general de la mayoría de los yumas, se verá más adelante que hubo unos cuantos que sentían un real afecto por los misioneros, eran buenos cristianos y tenían la esperanza de que con suficiente tiempo, paulatinamente las cosas cambiarían para bien de todos.

Estas eran las condiciones que existían en los dos pueblos del Colorado cuando el Capitán Fernando Javier de Rivera y Moncada llegó con parte de los colonos que irían a San Gabriel para fundar luego el pueblo de Los Ángeles, lo cual se ha referido en páginas anteriores, y se acampó en la margen derecha del río opuesto a Concepción. Es difícil saber si hubo una razón especial para que el capitán determinara que el real se estableciera al lado oriental de la corriente, pero podría pensarse que, tomando en cuenta que la zona más fértil y cultivada se encontraba del lado oeste, pudo considerar que en ese lugar podría manejar con más facilidad los cientos de caballos, mulas, burros y reses que aún le quedaban, ya que una parte de los animales, los más fuertes, se los había llevado a San Gabriel la avanzada conducida por Gonzáles, Limón y Argüello. Hay que comprender las dificultades que los pocos vaqueros del Capitán deben haber enfrentado para controlar la hambrienta caballada

y el enflaquecido hato de ganado vacuno en improvisados corrales. Los hombres que se camparon con Rivera eran once o doce, incluyendo el sargento Robles y cinco o seis soldados que venían de los presidios de California para acompañarlo.

Para desgracia de los españoles, el ganado y la caballada pisotearon los sembradíos de los yumas, se comieron las vainas de algunos mezquitales y ramonearon de sus ramas tiernas, lo que provocó el furor de los nativos, y para colmo se debe agregar el castigo con azotes que el teniente Andrés Arias Caballero y el alférez José Darío Argüello aplicaron por aquellos días a un indio que había cometido un pequeño hurto. Los yumas llegaron al límite de su paciencia, no quisieron soportar más ofensas y se rebelaron en contra de la gente de razón.

La noche del 17 de julio de 1781 o el amanecer del 18, los yumas atacaron simultáneamente los dos poblados, y al día siguiente el campamento del capitán Rivera, quemaron y destruyeron las misiones, mataron a todos los soldados y colonos, incluyendo a Rivera y Moncada, y a los padres Francisco Tomás Hermenegildo Garcés, Juan Díaz, Matías Moreno y Juan Barreneche o Barraneche. Al final, más de cien hombres entre colonos y soldados murieron en el asalto, y unas setenta mujeres y niños se mantuvieron cautivos por los yumas como rehenes, hasta que el gobierno español les pagó rescate. Por aquellos días, en respuesta a las peticiones que habían hecho los misioneros del Colorado a San Gabriel, el cabo de nombre Pascual Bailón, al frente de 9 soldados y dos colonos llegaron a Concepción y también fueron asesinados. En la carta de la señora María Ana Montielo que se transcribe más adelante, se menciona al referido cabo como el primero en morir a manos de los yumas, lo que confirmaría que el grupo de soldados que se menciona llegó a Colorado poco antes de los trágicos sucesos.

El jefe Salvador Palma, la mejor carta de los españoles en la frontera yuma, según su propio decir, no pudo hacer nada por impedir la matanza, aunque aparentemente lo intentó[201]. Cabe señalar que Palma no "gobernaba" a los tres mil o tres mil quinientos yumas que formaban aquel pueblo, sino sólo una pequeña fracción de ellos. La ruta que con tanto esfuerzo se había establecido entre Sonora y California quedó cerrada por muchos años. María Ana Montielo, esposa de Santiago Yslas, quien se ha mencionado en el párrafo anterior, escribió una carta cuatro años después de la masacre al padre Francisco Antonio Barbastro, superior de las misiones franciscanas en Sonora, dando testimonio relacionado con la muerte de los padres Garcés y Barraneche, y del ataque a la misión de La Purísima Concepción.

En la misiva, la señora Montielo refiere que los padres mencionados fueron asesinados tres días después de iniciarse la masacre, el 21 de julio de 1781, cuando fueron descubiertos por los yumas rebeldes en una cabaña de un nativo amigo, tomando chocolate. El guerrero yuma que llevaba el mando gritó a los religiosos: *Dejen de tomar eso y salgan, porque los vamos a matar*, a lo que Garcés replicó, *Nos gustaría terminar primero nuestro chocolate.* El capitán yuma no quiso esperar y ordenó: *Déjenlo allí*. Obedientemente, los padres dejaron

[201] Debe entenderse que Salvador Palma no era el único jefe entre los yumas, pues había varios, y algunos no estaban de acuerdo con él. Por otra parte, debe admitirse que el mismo Palma pudo haber autorizado la matanza.

la bebida y salieron de la cabaña, para ser derribados y asesinados a golpes.

Se reproduce a continuación la carta de la señora Montielo, según "Desert Documentary", de Kieran McCarty, pp. 35-39, Arizona Historical Society, 1976.[202]

AL PADRE FRANCISCO ANTONIO BARBASTRO.

En su muy apreciada carta, Su Reverencia me pidió que comentara sobre, como usted lo dice, "los eventos que rodearon la muerte de los misioneros en el Río Colorado".

El Padre Juan Barreneche celebró la primea misa esa mañana [¿17 de julio de 1781?], *a la que yo misma asistí. El padre Francisco Garcés tuvo la segunda misa. Su ayudante fue el alférez Santiago Islas, mi finado esposo. Mientras que mi esposo estaba moviendo el misal de un lado del altar al otro, para el Evangelio de la misa, comenzaron los alaridos de guerra de los indios.*

El cabo Pascual Baylón fue el primero en caer en sus manos. Mientras lo mataban con sus mazos de guerra, el padre Juan Barreneche corrió para afuera apenas a tiempo de abrirse paso entre los indios que gritaban, y atestiguar el último acto de vida del cabo al apretar la mano del buen padre. Aunque golpeado por mazos de guerra, el padre Barreneche pudo regresar al santuario de la iglesia. Mi esposo había observado unos pocos indios armados llegando al poblado antes de irse para el servicio. Como comandante de los asentamientos del Colorado, tomó la precaución de poner a Baylón en guardia temporal, sin soñar nunca que una completa rebelión de la nación yuma estaba a punto de iniciarse. Aunque la misa ya había comenzado, el padre Garcés la acortó cuando comenzó la batalla.

Dándome cuenta que toda la nación yuma se había levantado contra nosotros, reuní a las mujeres y huimos por nuestras vidas a la iglesia. Allí encontramos a más españoles refugiados discutiendo con el padre Garcés acerca de quién debía ser culpado por el alzamiento. "Olvidemos por ahora de quién es la culpa", replicó el Padre Garcés, "y simplemente considérenlo castigo por nuestros pecados." Su voz era compasiva, aunque su cara estaba de un gris ceniza.

Esa noche los yumas comenzaron a quemar nuestras casas y pertenencias y a matar a todos los nuestros que podían. Esa fue la noche que se rompió mi corazón, cuando mi amado esposo fue asesinado a golpes de mazos ante mis propios ojos.

Al romper el alba del 18 de julio, el Padre Barreneche animó a aquellos de nosotros que aún estábamos vivos con las palabras: "El diablo está del lado del enemigo, pero Dios está del nuestro. Cantemos un himno a María Santísima [para] *que nos favorezca con su ayuda, y alabemos a Dios por mandarnos estas pruebas." Con gran fervor de espíritu entonó el himno "Levantaos, levantaos". Durante toda la noche él y el Padre Garcés se*

[202] La carta fue traducida del original en dos folios, en folder 40 de caja 202, Colección Civezza, de la Biblioteca Antonianum, Roma, Italia, y publicada en Desert Documentary, Kieran McCarty, pp. 35-39. La publicación es en idioma inglés.

habían movido sigilosamente por el poblado, administrando los sacramentos a los heridos y moribundos, consolándolos en la hora de su muerte.

Cuando se terminó el himno, el padre Barreneche ofreció la misa por todos nosotros, mientras esperábamos la muerte en cualquier momento, se ocupó en sacar flechas y lanzas de las paredes de la iglesia y las casas y en subir a los techos para revisar los movimientos del enemigo.

Como a las tres de la tarde, cuando los indios habían terminado de matar al capitán Rivera y su grupo al otro lado del río, llegó el padre Barreneche tras consolar al último de los moribundos y nos dijo que cada uno de nosotros debería de tratar de escapar lo mejor que pudiera. Recogió su breviario y crucifijo y, junto con el padre Garcés, las mujeres, y el resto de la gente, empezaron a salir del asentamiento, dejando atrás, para siempre la nueva misión de La Purísima Concepción y su propiedad y posesiones. Le preguntó al padre Garcés si deberían quizá tratar de llegar al otro poblado nuestro. El padre Garcés le aseguró que estaba completamente destruido y sus habitantes asesinados.

El Padre Barreneche iba siguiendo el rastro de sangre de un hombre herido llamado Pedro Burgues, que había mandado por él para que viniera y oyera su confesión. El rastro conducía a través de una laguna aparentemente baja. El padre se abrió paso en el agua, armado con crucifijo y breviario, Antes de que se diera cuenta, estaba metido hasta la cabeza. Aunque no sabía nadar, manoteó como pudo hasta que fue capaz de agarrar un tronco y varias raíces. Jalándose de las raíces, pudo alcanzar la otra orilla. Aunque milagrosamente escapó de ahogarse, perdió su breviario y crucifijo.

A partir de aquí, los dos padres siguieron solos. Las mujeres nos quedamos a un lado de la laguna. El Padre Garcés nos advirtió: "Permanezcan juntas, no se resistan a la captura, y los yumas no les harán daño". Con esto, se zambulló en la laguna para unirse con el padre Barreneche en el otro lado. Esto fue lo último que vimos de los dos padres, mientras permanecíamos acurrucadas juntas esperando la muerte a cada momento.

Por medio de otra española cautiva [de los yumas] *que no estaba con mi grupo, supe después que los padres Garcés y Barreneche no fueron asesinados hasta tres días después* [¿el 20 de julio de 1781?]. *Después de salir de la laguna, los padres fueron descubiertos por un yuma amigo cuya esposa era una ferviente cristiana.* [El yuma] *Llevó apresuradamente a los padres a su propia ranchería, en donde estaba esperando su esposa.*

El enemigo cayó sobre ellos mientras estaban sentados en la cabaña del yuma, tomando chocolate. El líder rebelde gritó: "Dejen de beber eso y salgan. Vamos a matarlos". "Nos gustaría terminar nuestro chocolate primero", replicó el padre Garcés. "Sólo déjenlo", gritó el capitán. Los dos padres obedientemente se pararon y lo siguieron.

Los indios cuentan la historia que al primer ataque de los verdugos, el Padre Garcés desapareció de su vista, y se quedaron golpeando el aire. Se había extendido la idea entre la nación yuma que él era más poderoso que sus propios doctores-brujos. Una y otra vez escuché que muchos de los yumas no querían ver asesinados a los padres. Sin embargo, su

sangre fue derramada , y la mujer que me contó esto estaba lo suficientemente cerca para escuchar sus lastimeras quejas mientras yacían muriendo. El esposo de la piadosa mujer recobró sus cuerpos sin vida y los sepultó.

La mujer que me contó esto fue Gertrudis Cantud, esposa del hombre herido que el padre Barraneche iba siguiendo para oír su confesión cuando los padres cruzaron la laguna.

Esto es todo lo que puedo recordar para contarlo a Su Reverencia concerniente al malhadado asentamiento del Río Colorado, Misión La Purísima Concepción, y el resto del territorio que viajamos hasta que los padres nos dejaron al lado de la laguna.

MARÍA ANA MONTIELO

Esta carta es el único documento escrito por un testigo de los hechos, y una de las inferencias que de él pueden hacerse es que los indios yumas sorprendieron a la gente de razón de los dos poblados, quienes no esperaban el ataque; además, tal parece que no hubo una resistencia organizada para defenderse y los indios se desplazaron por los poblados sin mayores dificultades. Tal vez el Capitán Rivera y Moncada y los pocos hombres que lo acompañaban improvisaron alguna defensa y alcanzaron a combatir a los alzados por muy breve tiempo y matar a un número considerable, pero su gran cantidad acabó por imponerse y todos los españoles sucumbieron a los flechazos y golpes de mazos de los atacantes. Todo hace suponer que los indios atacaron simultáneamente las dos poblaciones y el campamento del Capitán Rivera, y que probablemente penetraron a éste como amigos, lo que les permitió realizar el asalto con todas las ventajas ya que los soldados aparentemente estaban dispersos[203], lo que fue causa de que las acciones preparatorias para la defensa fueran mínimas e improvisadas. El número de muertos del lado de los españoles llegó aproximadamente a ciento cuatro.

Se ha criticado duramente al Comandante de las Provincias Internas Teodoro de Croix porque a pesar de las ominosas señales que se dieron entre los indios, y aunque momentáneamente se pospusieron algunas acciones relacionadas con la fundación de las misiones, se siguió adelante con el plan general. Díaz llegó a la confluencia de los grandes ríos en donde lo esperaba Garcés el dos de octubre y se prepararon a cumplir con sus órdenes. Nadie se atrevió a dar marcha atrás, y las misiones se establecieron tal como se ha narrado, con las consecuencias mencionadas.

El alférez Cayetano Limón había acompañado a la avanzada de colonos que desde el paso del Colorado se había adelantado a San Gabriel, y después de llegar sin novedad a su destino, se regresó a la confluencia de los ríos con 9 soldados. Antes de arribar al cruce, Limón fue informado por algunos indios que encontró en su camino sobre la matanza que había ocurrido; todavía dudando un poco sobre la veracidad de la información, Limón dejó dos hombres al cuidado de las bestias que llevaban y se lanzó hacia el paso del río con los demás soldados, entre los que se incluía su hijo. Al llegar a Concepción, los hombres

[203] Savage, Thomas., Provincial Records., pp. 363, 364.

contemplaron sólo ruinas humeantes y cadáveres por doquier. Casi de inmediato inició el regreso y fue atacado por los yumas rebeldes, quienes lo hirieron a él y a su hijo. En este encuentro los españoles se dieron cuenta que uno de los atacantes que por varios días los persiguieron traía el uniforme del Capitán Rivera. Cuando llegaron al sitio donde esperarían los dos hombres que cuidaban las bestias, los encontraron asesinados, por lo que espolearon sus cabalgaduras sin piedad y a la mayor velocidad que pudieron regresaron a San Gabriel[204].

Limón pidió al gobernador Felipe de Neve que le permitiera regresar al Colorado con 20 soldados para castigar a los yumas, a lo que no accedió el gobernador por considerar con toda razón muy temeraria la idea, y mandó a Limón a Sonora vía Loreto, para comunicar las noticias de la tragedia al Comandante de las Provincias Internas don Teodoro de Croix. Cuando Limón llegó a su destino, ya el Comandante General sabía lo ocurrido. Y es que al saber de la matanza, los indios pápagos[205] y pimas transmitieron la noticia de ranchería en ranchería hasta que la información llegó al presidio de Tucsón el 5 de agosto de 1781. El padre Valderrain, conociendo la lengua del informante pima que llevaba la noticia, después de escucharlo pensó que era dudosa la veracidad de su dicho, y propuso al capitán Bonilla posponer cualquier comunicación al respecto dirigida al Comandante General de las Provincias Internas don Teodoro de Croix, en tanto no se comprobaran los informes, pero el capitán de cualquier forma ordenó que un jinete se fuera violentamente a Arizpe ese mismo día para comunicar lo sucedido a Croix, y así se hizo[206].

Por orden de Croix, con el propósito de castigar a los yumas y para rescatar a los rehenes, en los años de 1781, 1782 y 1783 se llevaron a cabo algunas expediciones punitivas[207] conducidas por Pedro Fagés, José Antonio Romeu y Felipe de Neve; esto se logró pero sólo después que los españoles pagaron rescate a los indios y sin poder derrotarlos en una batalla formal, pues huían río abajo, hacia el sur, y se refugiaban en lugares montosos en donde la caballería de los españoles no era efectiva. Después de pagar a los yumas el rescate exigido con ropa y tabaco, entre otras cosas, unos setenta y cuatro rehenes fueron liberados, todos mujeres y niños, aunque la actitud desafiante de los nativos no terminó, por lo se tuvieron que hacer otras campañas resultado de las cuales murieron cientos de yumas, sobre todo cuando el mando de la tropa española recayó en José Antonio Romeu, quien sería gobernador de las Californias de 1791 a 1792. Aún así, el paso del Colorado nunca fue recuperado por el gobierno español y la zona siguió siendo de grave peligro para cualquier gente de razón que se atreviera a transitarla.

Cuando la expedición de Fagés llegó a la zona de la masacre ordenó que se buscaran los cuerpos de los misioneros; el 7 de diciembre de 1781 los restos de los padres Díaz y Moreno fueron encontrados en San Pedro y San Pablo, según lo dicho en buen estado de

---

[204] Hittell, Theodore H.. A History of California, Vol I, p. 430.

[205] Siendo aliados de los pimas, los pápagos sabían del alzamiento.

[206] Según Palou, fue un soldado que sobrevivió a la batalla quien se dirigió a caballo al primer presidio de Sonora para comunicar lo sucedido, de donde se informó al Comandante General. De acuerdo con esta versión, el soldado fue arrestado en tanto se aclaraban los hechos. *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra.* Edit. Porrúa, S.A., México, 1990, p. 171.

[207] Las expediciones punitivas en contra de los yumas se llevaron a cabo: en Sept.-Oct. De 1781 a cargo de Pedro Fagés; en Nov-Dic. De 1781 a cargo de Pedro Fagés; en Ag.-Oct. De 1782 a cargo de Pedro Fagés; en 1782 otra a cargo de José Antonio Romeu; en 1783 a cargo de Felipe de Neve.

conservación a pesar de haber transcurrido 5 meses después de su asesinato, aunque la cabeza de Moreno había sido cercenada[208]; los deseos juveniles de este misionero de alcanzar el martirio se habían cumplido.

Los entierros de Garcés y Barreneche no se encontraron fácilmente, por lo que Fagés concibió falsamente esperanzas de que aún estuvieran vivos, pero al poco tiempo se encontraron sus cadáveres, enterrados bajo una cruz que los neófitos fieles a los padres habían colocado en la improvisada tumba. Los restos de los misioneros fueron provisionalmente introducidos en unos cestos de varas que se hallaron en San Pedro y San Pablo de Bicuñer, y a lomo de mula fueron transportados a Tubutama, se colocaron en un féretro y sepultados con el honor que merecían. El 19 de julio de 1794, los restos de los cuatro mártires se exhumaron para volver a sepultarse en el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro.

Fagés comprendió que no podría sacar a los yumas de sus escondrijos para enfrentarlos en una batalla decisiva, por lo que decidió regresar a Sonora llevando los restos de los misioneros y rendir las declaraciones de todo lo sucedido. El Comandante Croix dispuso que el Teniente Coronel Fagés regresara al Colorado, allí dividiera su tropa en dos partes, la mayor de las cuales quedaría con el Capitán que iba como segundo comandante, que él siguiera con el resto de los hombres a San Gabriel para que, después de acordar con el gobernador, saliera una fuerza militar al Colorado con el fin de reforzar la que allá estaba, y juntos castigar con la severidad debida a los yumas y sus cabecillas. Pero aparentemente aquí se empezó a diluir un poco la ira y deseo de venganza que inicialmente todos manifestaron, pues al reunirse Fagés con el Gobernador, ambos acordaron posponer la expedición hasta septiembre, cuando el Colorado podría vadearse más fácilmente. Fagés regresó al río y ordenó que el capitán que allí esperaba regresara a Sonora, así se hizo y en septiembre volvieron los españoles en busca de los yumas, pero nuevamente les fue imposible causarles una derrota definitiva, aunque sí muchas muertes[209].

Aunque las campañas de castigo a los yumas comenzaron en 1781 y terminaron hasta 1783, los españoles nunca pudieron someterlos por completo, a pesar de que cuando menos en las expediciones iniciales, participaron lo que hoy se llamarían fuerzas de élite, como soldados de la Compañía Franca de Voluntarios de Cataluña.

Verdad es que los misioneros y el propio gobierno español tuvieron claros indicios de la inconformidad de los yumas desde 1779, cuando el padre Garcés, acompañado de dos soldados en su última entrada por lo que hoy es Arizona, notó descontento entre los indios lo que consideró digno de tomarse en cuenta, por lo que el 3 de septiembre mandó a los soldados a Sonoyta en donde se encontraba el padre Juan Díaz, para informarle de la situación de inseguridad que podría poner en peligro el proyecto de colonizar el bajo Colorado, lo cual, según el misionero, sólo tendría éxito si se integraba a un plan a largo plazo que incluyera una cadena de varias misiones a lo largo de los dos ríos, las cuales, supuestamente deberían tener un presidio bien dotado encargado de proteger la región.

[208] Bancroft, Hubert H. Bancroft; *History of The Pacific States of North America*; p. 367. A.L. Bancroft & Company, Publishers, San Francisco, 1884.
[209] Palou, op.cit., p. 172.

Tiempo después, un indio de la etnia de los pápagos que se identificaban como aliados de los yumas, dio el informe que parte de su pueblo se había rebelado y se tenía el plan de atacar a los expedicionarios que conduciría el Capitán Rivera hacia la boca del Gila.

A pesar de las ominosas señales que se dieron entre los indios, y aunque momentáneamente se pospusieron algunas acciones relacionadas con la fundación de las misiones, se siguió adelante con el plan general por órdenes del Comandante de las Provincias Internas Teodoro de Croix. El dos de octubre Díaz llegó a la confluencia de los grandes ríos en donde lo esperaba Garcés y se prepararon a cumplir con sus órdenes. Nadie se atrevió a dar marcha atrás, y las misiones se establecieron tal como se ha narrado, con las terribles consecuencias que se tuvieron.

Sería injusto señalar un culpable de la tragedia ocurrida en las misiones del Colorado, porque casi todos los protagonistas directos fueron asesinados y no quedaron registros o testimonios escritos de aquella matanza, salvo la carta de María Ana Montielo; pero si se toman en cuenta las advertencias de Garcés, la denuncia del indio pápago, el abuso que la Comandancia General y el mismo rey cometía con el Capitán Rivera al no concederle el descanso que merecía después de tantos años de servicio, la ambición de la Corona de extender su última frontera sin hacer la erogación indispensable, el sobreestimar la supuesta fidelidad de un cacique indio al que se le había hecho pensar que la gente de razón llevaría a su pueblo beneficios que no se concretaron[210], y el cambio del Teniente Coronel Juan Bautista de Anza a Nuevo México con el puesto de Gobernador, siendo él uno de los pocos que conocía al pueblo yuma, se entiende que las acciones equivocadas y los responsables de ellas fueron todos los funcionarios de alto nivel, y tal vez los propios misioneros que no se percataron de la verdadera naturaleza de los nativos y el grave error que se cometía al despojarlos de sus tierras[211].

Respecto a las acciones de don Teodoro de Croix, quien en buena parte obedecía órdenes del visitador José de Gálvez, deben incluirse en la red de conductas equivocadas al no haber pedido y escuchado el consejo se personas con la experiencia necesaria como Anza y Garcés[212], conocedores de la región del bajo Colorado y sus habitantes nativos, contrario a lo cual prácticamente culpó a ambos de la tragedia, en lugar de asumir su propia responsabilidad por los hechos acaecidos. Croix fue promovido a Virrey de Perú, aparentemente cuando en Madrid se dieron cuenta que su capacidad no correspondía a la gran responsabilidad como Comandante General de las Provincias Internas, y su lugar lo ocupó Don Felipe de Neve.

El nuevo Comandante General tampoco veía con simpatía a Anza, y tal vez por eso en 1783, le ordenó que en su hoja anual de servicios no siguiera ostentándose como el descubridor de la nueva ruta a California, ya que este honor le correspondía al indio californio Sebastián Taraval. Aquí cabe mencionar que Neve murió en 1784, los norteamericanos cambiaron el nombre de Ciénega de San Sebastián, que justamente había dado Anza a las pozas del desierto, por el de “Harper´s Well”, y las proezas del cochimí

[210] Charles Chapman, 1930; *p. 338.*
[211] Chapman, Charles. *The Northwestward Expansion of New Spain, 1687-1783* . p. 410.
[212] Chapman, Ibíd., p. 413. Garcés había insistido repetidamente que se estableciera un presidio en la región de la confluencia de los ríos.

apenas si han merecido registrarse en algún ensayo histórico[213], o alguna nota de pie de página en los libros que narran el origen de la Alta California.

Notas finales

Los misioneros franciscanos nunca perdonaron al Comandante Teodoro de Croix lo sucedido en las misiones del Colorado, y por mucho tiempo insistieron en que el territorio de la Pimería Alta en Sonora regresara a la jurisdicción del virrey, pero su petición jamás fue resuelta favorablemente.

La viuda del capitán Rivera Doña María Teresa Dávalos y Patrón, nunca pudo cobrar un solo peso de los 11 877 más siete reales que el gobierno español le adeudaba por los últimos cinco años de servicio a su fallecido esposo[214], y sostuvo la familia gracias a la caridad del hermano de don Fernando, el padre Juan Bautista. En su reporte de 1781, Croix pidió a José de Gálvez que interviniera ante el rey para que se le otorgaran al Capitán Rivera los honores y el retiro que merecía por los extraordinarios servicios prestados en su larga carrera militar, refiriendo la edad del capitán como 70 años. Sin embargo, esto no concuerda con informes que le asignan su cumpleaños 27 en 1751, cuando fue nombrado capitán del Presidio de Loreto, lo que daría en su fallecimiento una edad de 57 años.

Don Teodoro de Croix dejó la Comandancia General de las Provincias Internas a Felipe de Neve y fue nombrado virrey del Perú en 1783. Dejó el cargo en 1790 y murió en 1792 en Madrid, como coronel en la guardia del rey.

Pedro Fagés, quien fuera gobernador de la Nueva California de 1770 a 1774, y de las dos Californias de 1782 a 1791, murió en la Ciudad de México probablemente en 1794, doce años después de haber conducido expediciones punitivas en contra de los yumas, que nunca fueron realmente exitosas.

Don José Antonio Romeu, tal vez oficial español que con mayor éxito hizo campaña contra los yumas en el mes de octubre, murió en abril de 1792 después de un breve desempeño como gobernador de Alta California.

El Teniente Coronel Juan Bautista de Anza, quien estableciera la ruta de Sonora a California en sus dos expediciones, después de 1781 ocupó el cargo de gobernador de Nuevo México hasta 1787, en 1788 fue nombrado comandante del presidio de Tucsón pero murió antes de asumir el nuevo cargo. Fue sepultado en el templo de Nuestra Señora de la Asunción, en Arizpe, Sonora, y en 1963 sus restos fueron exhumados y sepultados de nuevo en un mausoleo de mármol.

---

[213] El norteamericano Walt Wheelock fue uno de los pocos historiadores que llevó a cabo investigaciones sobre la vida de Sebastián Taraval.
[214] Burrus, Ernes J., *Rivera y Moncada, , Military Commander of Both Californias, in the Light of his Diary and Other Contemporary Documents,* p. 688.

Santiago Argüello, quien fuera de los hombres que condujeron la avanzada de colonos enviada por el Capitán Rivera y Moncada a San Gabriel, llegó a ocupar diversos cargos de importancia, incluyendo el de gobernador de Alta California, y después de Baja California, y su hijo Santiago se estableció en la ranchería kumiay llamada Ti-Juan, que después sería la ciudad de Tijuana, Baja California. Murió en Guadalajara, Jalisco, en 1828

Del jefe Salvador Palma se desconoce su final.

El rechazo a Garcés por los indios Hopis cuando el explorador se dirigía a Santa Fe, y la masacre de los yumas que se ha narrado, no son más que dos eslabones en una cadena de acontecimientos que se empezaba a formar, como antecedente de la irreversible decadencia que afectaría a las colonias españolas en América, la cual culminaría a finales del siglo XVIII y principios del XIX con los movimientos revolucionarios que terminaron con la hegemonía de España en el Nuevo Continente.

Aunque por muchos años la llamada puerta de Sonora a California permaneció cerrada para todos los viajeros, poco después de terminada la guerra de independencia de México, en 1823, el capitán José Romero del Presidio de Tucsón, recibió la orden de establecer una ruta postal desde su residencia hasta California, siguiendo el camino del Gila hasta el Colorado y de allí a su destino final. La expedición se organizó y llegó sin novedad al cruce del río; aquí unos amistosos nativos yumas les ayudaron a construir balsas para cruzar la corriente, los de razón se quitaron parte de la ropa y con el auxilio de los indios iniciaron la travesía, a mitad de la corriente, fueron abandonados por los nativos que regresaron a la orilla, mientras que los viajeros fueron llevados por la corriente al lado de California sin mayores problemas, pero desde allá vieron impotentes como los yumas se repartieron todo lo que supuestamente llevarían en una segunda travesía, comenzando con los caballos, provisiones y la ropa. Los viajeros, después de pasar enormes trabajos, ascendieron la sierra y llegaron a la misión de Santa Catarina, y después de breve descanso pudieron arribar a la Alta California[215]. La ruta postal nunca se reinició[216].

Después de la guerra de los Estados Unidos con México, los yumas continuaron en sus rancherías cercanas al Gila y el Colorado, en cuyo pase empezaron a operar un servicio de transborde a través del río para muchos viajeros que venían a California procedentes del este. Durante la llamada "fiebre del oro", unos 12 aventureros de la gente de razón les ganaron el productivo negocio y los indios fraguaron una forma de recuperarlo: una noche que los norteamericanos estaban ebrios en su campamento todos fueron asesinados por los nativos, excepto tres que lograron escapar, y la empresa volvió a manos de los indígenas.

En noviembre de 1850 el ejército de los Estados Unidos mandó al Mayor Samuel P. Heintzelman para que estableciera cerca de la confluencia de los ríos el llamado "Fort Yuma", con un buen destacamento de soldados. Las dificultados logísticas para tener bien provisto el fuerte con provisiones y equipo que eran traídos desde San Diego a más de 250

---

[215] Sonnichsen, C. L., *Tucson, The Life and Times of an American City.* University of Oklahoma Press, 1987, p. 30-31.
[216] Romero intentó establecer la ruta regresando de San Gabriel a Sonora, pero la falta de agua y forraje para las bestias le impidieron completar el viaje.

Km. de distancia, obligaron al cierre temporal del fuerte que se reabrió en 1852, cuando se le empezó a proveer haciendo el transporte por el Golfo de California y el río Colorado.

Los conceptos de indios y gente de razón como entidades sociales desaparecieron, pero muchas de las características en sus interrelaciones subsistieron hasta principios del siglo XX, para después irse desvaneciendo paulatinamente.

Vocabulario

1. Alzados. Los que se han rebelado.

2. Anián, Estrecho de. Estrecho legendario que supuestamente comunicaba el Golfo de California con el Mar del Sur (Océano Pacífico), o con el Atlántico.

3. Aparejar las bestias. Poner el aparejo, arreo necesario para montar o cargar las bestias

4. Bestias. Cuando se refiere a animales domésticos, significa caballos, mulas o asnos.

5. Cabrestear, cabestear. Conducir un animal llevándolo del cabresto, a pie. El cabresto es un cordel que se ata a la cabeza o cuello del caballo para llevarlo.

6. Campear. Recorrer el campo en busca de los animales para enterarse de su estado, recogerlos, atenderlos, etc..

7. Cochimíes. Integrantes de una etnia de los primitivos californios que habitaban la península desde poco antes de los 27° hasta su extremo norte.

8. Compañía. Palabra usada para designar a la Compañía de Jesús. También se le llama Sociedad de Jesús o simplemente la Sociedad.

9. Coro. Lugar de las iglesias destinado a los eclesiásticos que tienen a su cargo el canto litúrgico, y a los cantores y músicos en general.

10. Diegueños. Indios de filiación kumiay que habitaban cerca de San Diego.

11. Espiarse. Americanismo que significa desgastarse las pezuñas de los caballos o yeguas. Cuando las bestias no están herradas y tienen que caminar por terrenos duros o pedregosos, con carga, se desgastan los cascos al grado de "destaparse" las patas. Los caballos que se han espiado sufren dolor al caminar, lo cual hacen

lentamente buscando el terreno menos duro para apoyarse; en caso extremo, tienen que ser sacrificados.

12. Frontera, La. Nombre dado antiguamente a la región comprendida en la zona costera noroeste de la Baja California. Incluía el territorio desde El Rosario hasta Tijuana por la costa, y por el este hasta la sierra.

13. Fuste. La pieza de madera que forma parte de la silla de montar.

14. Gente de razón. Los que no eran indios.

15. Gentiles. Nombre que se daba a los indios paganos, hasta antes de ser evangelizados.

16. Guama. Brujos o doctores de los cochimíes. Estos personajes entre los pericúes recibían el nombre de Niparajá o Tuparán; y entre los guaycuras el de dicuinocho. Supuestamente adivinaban el futuro, curaban a los enfermos y enseñaban sus dogmas a los niños.

17. Legua. Medida itineraria que en España equivale a 5 572.7 m., pero que varía de unas regiones a otras entre 3 861 m. y 6 687 m.. En México se le asignan 4 190 m..

18. Mandón. Antiguamente, nombre dado por los españoles a los jefes indios.

19. Mataduras. Llagas o heridas que se hacen a las bestias caballares con las monturas.

20. Neófitos. Nativos que ya habían sido bautizados, convertidos al cristianismo.

21. Ordeña. Lugar en el que se ordeñan las vacas.

22. Pelo, en o a. Montar el caballo sin la montura o silla.

23. Portezuelo. El lugar más adecuado para cruzar una serranía, de menor altura que las áreas que se encuentran a sus lados.

24. Presidio. Antiguamente, cuartel o centro militar establecido para resguardo de una zona determinada.

25. Querencia. Sitio al que algunos animales tienden a volver, generalmente donde se criaron u obtuvieron alimentos.

26. Quiote. El tallo central de los agaves, que sostiene las flores.

27. Reducción. Sinónimo de “misión”.

28. Visita. Establecimiento misional sin misionero responsable de planta.

Bibliografía general

1. ALRIC, Henry J. A.. Apuntes de un viaje por los dos océanos, el interior de América y de una guerra civil en el norte de la Baja California. SEP, UABC, 1995.

2. AMERICAN Geographical Society. Mapa de la delta del Colorado y la región noreste de la península, elaborado en 1936 por la American Geographical Society para la Carnegie Institution of Washington.

3. ANZA, Juan Bautista. Diario de su viaje de 1774, ver Montané Martí, Julio César en esta relación.

4. AUTOMOBILE Club of Southern California. Mapa de la porción norte de Baja California, Los Ángeles, 1998.

5. BAEGERT, Juan Jacobo. Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien, Mannheim, 1772. Traducido del alemán al inglés por M. M. Brandenburg y Carl L. Baumann, The University of California Press, 2002.

6. BAEGERT, Juan Jacobo. Nachrichten von der Amerikanischen Halbirtsel Californien..Traducido del alemán al inglés por M. M. Brandenburg y Carl L. Baumann. Edit. Por The University of California Press.

7. BANCROFT, The Works of Huber Howe Bancroft. History of California, Vol. XXI; y History of the North Mexican States, Vol XV. The History Company Publisher, 1885. Bancroft, Hubert H. Bancroft; *History of The Pacific States of North America*; p. 367. A.L. Bancroft & Company, Publishers, San Francisco, 1884.

8. BANCROFT, Hubert H.. History of The Pacific States of North America; A.L. Bancroft & Company, Publishers, San Francisco, 1884.

9. BARCO, Miguel del. Historia natural y crónica de la Antigua California. UNAM, IIH, México, 1988.

10. BEEBE, Rose Marie. Ver Senkewicz.

11. BEILHARZ, Edwin A.. Felipe de Neve, first Governor of California. San Francisco Historical Society, 1971

12. BOLTON, Herbert E.. Anza´s California Expeditions. Vol. 1-5. Berkeley, California; University of California Press, 1930.

13. BURRUS, Ernest J.. Rivera y Moncada, Explorer and Military Commander of Both Californias, in the Light of his Diary and Other Contemporary Documents. The Hispanic American Historical Review, Nov. 1970, 682-692.

14. CARR, Edward H.. ¿Qué es la historia? Offset Libra, S.A., México, 1999.

15. CHAPMAN, Charles E.. The Founding of Spanish California: The Northwestward Expansion of New Spain. New York: Macmillan, 1916

16. CLAVIJERO, Francisco Xavier. Historia de la Antigua o Baja California, Editorial Porrúa, S.A., México, 1990.

17. CORNFORD, Daniel, editor. Working People of California. Berkeley: University of California Press, 1995.

18. DAVIS, William Heat. Seventy-five years in California. San Francisco; J. Howell, 1929.

19. DERBY, Geo. H.. Report to the Senate of the Secretary of War, June 19th., 1852.

20. DUHAUT-CILLY, Auguste Bernard. Duhaut-Cilly´s Account of California in the Years 1827-1828. Quarterly of the California Historical Society, Volume 8, (Junio-diciembre de 1929), pp. 131-166, 214-250, 306-336. Charles Franklin Carter traductor.

21. FORBES, Jack D. Warriors of the Colorado; the Yumas of the Quechan Nation and their Neighbors. University of Oklahoma Press, 1965.

22. GARCÉS, Francisco. A Record of Travels in Arizona and California, 1775-1776. Editado por John Galvin, John Howell, San Francisco, 1967.

23. GARCÉS, Francisco. Diario del padre Francisco Hermenegildo Garcés, del 8 de enero al 26 de abril de 1774. Bolton, Herbert. "Anza´s California Expedition", Vol. I-V, Berkeley, Univ. Of Calif. Press, 1930.

24. GIFFORD, Edward W. y Lowie, Robert H.. Vol. 23, p. 343, de University of California Publications in American Archaeology and Etnology, 1928.

25. GONZÁLEZ LÓPEZ, José Luis; y Paredes Acevedo, Berta. Revista Noticia de la California, No. 5, septiembre-noviembre 1995, Museo de Historia de Ensenada. Historia de un pueblo misional, Santo Tomás.

26. HAYES, Benjamín. "Pioneer Notes from the Diaries of Judge Benjamin Hayes. 1849-1875". The McBride Printing Conmpany, 1929, Los Angeles, California.

27. HITTELL, Theodore H.. A History of California. Stone & Co., 1897.

28. JANSSENS, Victor Eugene August. The Life and Adventures in California of don Agustín Janssens, 1834-1856. Editado por William H. Ellison y Franciis Price. Huntington Library, 1953.

29. JORDAN, Fernando. El otro México. UABC, 1997.

30. KOERPER, Henry C.; Pinkston, Bruce; y Wilken, Michael. Nonreturn Boomerangs in Baja California Norte. “Pacific Coast Archaeological Society Quarterly”, Vol. 34, Number 3, Summer 1998, pp. 64-82.

31. La PÉROUSE, Jean-Francois de Galoup Comte de. Voyage Round the World. Wisconsin Historical Society, 2003. Doc. AJ-131.

32. LEOPOLD, Aldo, A Sand County Almanac, Ballantine Books, 1970..

33. LINCK, Wenceslao. Diario del Viaje que se hizo en la Provincia de California al Norte de esta Península en el Febrero de este año de 1766. Traducido al inglés y editado por Ernest J. Burrus S.J.; “Dawson Book Shop, Los Angeles”, 1966.

34. LINCK, Wenceslao. Nachrichten von der schiedenen Landern des Spanischen America...Editado por Ernest J. Burrus, S.J., con el título de The Reports of Linck´s Expeditions. “Dawson Book Shop, 1967, Los Angeles”.

35. LORENZANA, Apolinaria. Memorias de Doña Apolinaria Lorenzana. Manuscrito en la Biblioteca Bancroft, Berkeley, Dict. a Thomas Savage, 1870.

36. LOWIE, Robert H., ver Gifford, Edward W. en esta relación.

37. MACHADO Alipaz de Ridington, Juana. Los Tiempos Pasados de Alta California. Manuscrito en la Biblioteca Bancroft, Berkeley, California, Dict. a Thomas Savage, 1870.

38. MARRÓN, Felipa Osuna de. Recuerdos de Doña Felipa Osuna de Marrón. Manuscrito en la Biblioteca Bancroft, Berkeley, Dict. a Thomas Savage, 1870.

39. MARTÍNEZ, Pablo L. Historia de la Alta California, 1542-1945. Editorial Baja California; México D.F., 1970.

40. MATHES, W. Michael. Adaptation of the Bajacalifornian to the Environment From Earliest Times to the Mid-Nineteenth Century. The Journal of San Diego History, Summer 1981, Vol. 27, N. 3.

41. McCARTHY, Kieran. The Colorado Massacre of 1781: María Montielo´s Report. Journal of Arizona History 16, 1975 (221-225).

42. MEIGS III, Peveril. La frontera misional dominica en Baja California. UABC,1994.

43. MONTANÉ Martí, Julio César. Juan Bautista de Anza: Diario del Primer Viaje a la California, 1774. Hermosillo, Sonora. Reprográfica, S.A., 1989.

44. MORIARTY, James R.. The Discovery and Earliest Explorations of the Gulf of California, "The Journal of San Diego History" enero de 1965, Vol. II, No. 4.

45. NASATIR, Dr. A. P.. Pueblo Postscript. San Diego During the Mexican Period, 1825-1840. The Journal of San Diego History. Jan. 1967, Vol. 13, No. 1.

46. NIESER, Albert Bertrand. Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822. UABC, 1998.

47. NORTH, Arthur W.. The native tribes of Lower California, American Anthropologist, 1908.

48. PADILLA Corona, Antonio. Inicios urbanos del Norte de Baja California. Influencias e ideas, 1821-1906. UABC, 1998.

49. PALMA, Salvador. Cuestionario presentado al capitán Palma que ha pedido el bautismo, y respuestas dadas. 1776., Archivo Franciscano, ficha 327, Biblioteca Nacional de México, (4/81.4, f. 11-13).

50. PALMA, Salvador. Representación que el capitán Salvador Palma hace al virrey pidiéndole autorice el bautismo para él y los suyos, 12 de noviembre 1776. Archivo Franciscano, ficha 326, Biblioteca Nacional de México, (4/81.3, f. 6-10v.)

51. PALOU, Francisco. Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra. Prefacio e Introducción por Miguel León Portilla. Editorial Porrúa, S.A., México, 1990.

52. PINKSTON, Bruce. Ver: Koerper, Henry en esta relación.

53. PIÑERA RAMÍREZ, David. Panorama histórico de Baja California. Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC. 1983.

54. PIÑERA RAMÍREZ, David (Coordinador). Visión histórica de la frontera norte de México. Tomo II, De los aborígenes al septentrión novohispano. UABC, 1994.

55. POURADE, Richard F.. The History of San Diego, The Explorers. San Diego: Union-Tribune Publishing Company.

56. ROJO, Manuel Clemente. Apuntes históricos de la Baja California con algunos relativos a la Alta California, 1879. Manuscrito en la Bancroft Library, Clasif. HHB (M-M295).

57. ROMERO, Vicente. Notes of the Past. Registradas por Benjamin Hayes, Bancroft Library, 1872.

58. SAVAGE, Thomas. Provincial Records, tomos I y II, Bancroft Library.

59. SENKEWICZ, Robert M.; Rose Marie Beebe. "Testimonios", Heyday Books, 2006.

60. SMYTHE, William E. History of San Diego, 1542-1908. San Diego Historical Society.

61. SONNICHSEN, C. L.. Tucson, The Life and Times of an American City. University of Oklahoma Press, 1987.

62. STREET, Richard Steven. First Farmworkers, First Braceros. Baja California Field Hands and the Origins of Farm Labor Importation in California Agriculture, 1769-1770. California History 75, Winter 1996-97, 306-321.

63. TAYLOR, Colin F.. Coordinador de la obra Los nativos americanos, el pueblo indígena de Norteamérica, LIBSA, Madrid 1994.

64. TESTIMONIOS de de Santo Tomás: La Muerte del Padre Eudaldo Surroca, 1803, X Simpósium de Historia regional, Bicentenario de Santo Tomás, 1791-1991, UABC, p. 17.

65. TRIPLE, Eugene J..The Yuma Indians. The Overland Monthly, June 1889, No. 78 y July, 1889, No. 79, pp. 661-584 y 1-11, respectivamente.

66. ULLOA, Francisco de. Diario de su viaje de 1539, ver Wagner, Henry Raup en esta relación.

67. WAGNER, Henry Raup (editor). Spanish Voyages to the Northwest Coast of America in the Sisteenth Century. The Voyage of Francisco de Ulloa, 1539.California Historical Society 1929; pp. 11-50. Wisconsin Historical Society, 2003.

68. WHEELOCK, Walt. Sebastián Taraval, El Peregrino. Indian Guide and Route Finder in Early California. Sin publicar.

69. WILKEN, Michael. Ver: Koerper, Henry en esta relación.

70. WILSON, B.D.. The Indians of Southern California in 1852. Univ. of Nebraska Press. 1996.

71. WOOD, Raymond E,. Francisco Garcés, Explorer of Southern California, Southern California Quarterly, 51. 1969 (189, 193-107).